

narrativas DEL OLIVO AZUL

Juan Soto Ivars  
**SIBERIA**



el olivo azul



Para que usted pueda leer este libro ha sido necesario el trabajo de un escritor, un editor, una correctora, un técnico en digitalización, una diseñadora web, un webmaster y un productor. Si lo piratea, ya sabe a quién roba.

... Sigueleyendo 

Título original: Siberia.

© Juan Soto Ivars 2012

© Sigueleyendo 2012

Imagen de cubierta cedida por la editorial El Olivo Azul

[www.sigueleyendo.es](http://www.sigueleyendo.es)

Diseño: Alejandro Crimi

Maquetación: Óscar Sáenz

ISBN ebook:

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra



Nacido en 1985 en Águilas (Murcia), Juan Soto Ivars es autor de las novelas *La conjetura de Perelmán* (Ediciones B, 2011) y *Siberia* (El olivo azul y Sigueleyendo, 2012) y editor junto con Sergi Bellver en la antología *Mi madre es un pez* (Libros del silencio, 2011), con cuentos de Eduardo Mendoza, Alberto Olmos, Mercedes Cebrián, Ricardo Menéndez Salmón o Rodrigo Fresán entre otros. Realiza la sección de entrevistas impertinentes *¿Puedo tratarle de usted?* en la revista *Primera Línea*, y colabora en la sección de cultura de la *Revista Tiempo*, *Ling* y otras. Dirigió durante dos años *El Crítico*, boletín de ensayo literario creado por Juan Carlos Suñén.

Obras

*La conjetura de Perelmán* (2011); *Siberia* (2012)

Juan Soto Ivars

# **Siberia**

## **PRÓLOGO DEL AUTOR PARA LA EDICIÓN DIGITAL EN SIGUELEYENDO**

Quiero darle las gracias al Olivo Azul por permitir que este libro emprenda la aventura digital junto a Sigueleyendo al mismo tiempo que llega a las librerías.

Muchos autores miran con recelo la piratería asociada a la copia digital. Autores de renombre se levantan del asiento escandalizados por la cantidad de gente que descarga sus libros. Según ellos, les roban. Si yo estuviera en esa situación puede que pensase igual, así que no quiero hacer ninguna crítica.

El caso es que no estoy en esa situación.

Quería publicar este libro, fruto de mucho esfuerzo, de tres años de continua reforma sobre los fogonazos de inspiración, también de forma digital. Quería que no hubiera trabas anti-piratería ni canon con precio elevado. Que la copia que has descargado fuera asequible, de igual forma que la cuidada edición del libro físico es hermosa. Quería que llegase a ti, de una u otra forma. Es “la vanidad del que procura saber sus pocos días antes de que despunte la verdad en el borde de la mentira”, como escribió Juan Carlos Suñén.

Porque un libro sirve para ser leído y yo tengo claro que es imposible forrarse escribiendo.

Por eso, querido lector, me dirijo a ti en esta edición digital con un mensaje: si has descargado el libro ilegalmente y sin pagar, espero que lo disfrutes. Si te gusta, sé bueno conmigo. Acuérdate de que alguien lo escribió y otras personas pusieron su propio dinero para que llegase a las librerías. Puedes compartir el archivo o comprar un ejemplar regalarlo a tus amigos. Puedes recomendarlo, compartirlo, olvidarlo. Es decisión tuya y en parte me sentiré responsable. Doy por hecho que tu conducta será en parte consecuencia de mis esfuerzos como escritor.

Quería enviarte este mensaje, simplemente: que la remuneración que recibimos los escritores jóvenes es minúscula. No podemos vivir de esto. No da ni para pagar un par de meses de alquiler.

Estamos en paz, de cualquier forma.

Un saludo del autor.

## Primera parte

### El aspirante

*Un tornado vagó durante semanas por la estepa, triste y meditabundo sin encontrar una sola casa que tragarse.*

El escritor escucha lo que una palabra tiene que decirle a las otras y cómo las otras responden o callan. El que escribe, como no entiende este lenguaje, se queda escuchando, los oídos abiertos y el cerebro vacío del traductor jurado que ha perdido el hilo y ya no lo alcanza.

*En esa casa vivía una mujer con sus perros. Todos decían que estaba loca, pero la tundra sabe que estaba sola. La tundra también está sola en su inmensidad.*

Jonás saltó del taxi a la acera en la calle San Bernardo, a la altura de Espíritu Santo. Se acercaba la una de la madrugada sobre la grupa de los borrachos. Durante la tarde sólo pudo escribir dos fragmentos de su novela *Frío siberiano*. Ambos seguían quietos e inconexos en la página cuando salió de casa.

Fue caminando hasta el Hombre Moderno, donde nunca le falta compañía a quien pueda soltarse invitando. Había algunas chicas del teatro, unos músicos y detrás los extras. Desde que se publicó su novela, pero más aún desde que tuvo cáncer justo después, Jonás era conocido. Hasta qué punto era él más conocido que Alfredo, el cantante de un grupo llamado Ladyfonic, era algo que ninguno de los dos sabía. Se saludaron con exagerada camaradería y Jonás se hizo hueco en un círculo que inmediatamente dejó de hablar. Conocía a algunas de las chicas, que rondaban, como él,

los treinta. Sabía de quiénes podía esperar algo de interés y quiénes había allí solamente porque Alfredo venía de dar un concierto. Todas las chicas le llamaban Alf nada más verlo.

Cuando la gente calla, Jonás se siente obligado a ser gracioso y gastar bromas. Broma: el mecanismo lubricante que permite penetrar en la hostilidad.

Matilde, una de las chicas que estaban allí por Alf, se le acercó y lo arrastró a la barra. En mitad de la conversación sobre la música madrileña, de la que Jonás tenía pocas referencias aparte de Ladyfonic, ella le dijo que estaba muy guapo. Empezó a vibrarle el móvil en la pierna, lo sacó, echó un ojo y vio que era Irene llamando, pero volvió a guardarlo en el bolsillo. Muy guapo. Él se preguntó qué otra vez se habían visto, ella pareció entrever la pregunta, o quizás es que quisiera decir lo que dijo. Que había estado esperando a pronunciar esas palabras:

Nos conocimos antes de lo que te pasó.

Desde que a Jonás le abrieron el cráneo para sacarle el tumor que había intentado matarlo escuchaba muchas veces que estaba muy guapo. Todo el mundo le da mucha importancia a estar muy guapo y todos intentan salir bien en las fotos. Todos saben que las fotos ya no viven en los álbumes, que el disparo de un flash significa publicidad. Aparecer en las páginas de otra gente, aparecer con el nombre debajo en las conversaciones. Desde que el mundo se convirtió en un escaparate de guapos y feos, cada cual eligió su mueca fotogénica. Jonás salía siempre con los ojos muy abiertos, imitando a un Monthy Pyton, y Matilde era de las que ponen morritos y miran a otro lado, hacia arriba. Una gilipollas.



Pero también en las conversaciones hay que comportarse de esta forma.

Jonás intentó mantener la charla en esa dirección: él. Inventó que iba a escribir sobre Batman, un libro que hablaría del patetismo. Una novela oscura, le dijo, porque a todas las chicas les gusta Batman aunque algunas no lo sepan, y la oscuridad es una buena luz para la primera conversación en un sitio como el Hombre Moderno. Batman, el hombre indefenso y mutilado psicológicamente que sabe usar la violencia si se disfraza, que emplea absurdos artilugios, que no sabe cómo seducir a su Mary Jane particular. El único superhéroe sin poderes, un hombre loco por el poder. Sin dar al sufrimiento posibilidades de protagonismo, había que bailar las anillas del verbo hasta que ella creyera apropiado que él la besase.

Pero esto no sucedió.

Matilde: una mujer de treinta años que sólo quiere reírse. El momento en que Jonás intuyó que aquello no servía para nada llegó de repente. Se dejaron de mirar como antes. Le costaba más llegar a la broma, alcanzarla a través del tedio. Los dos dejaron que la música del bar les estorbase, comentaron que estaba muy alta, callaron, se removieron. Fue Jonás quien propuso volver al círculo. También podía haber sacado el móvil del bolsillo, extenderlo en el extremo del brazo y hacerse una foto con ella. Él con los ojos muy abiertos, ella con morritos, mirando a otra parte.

Después la estuvo mirando y ella le devolvía la mirada y sonreía. Ninguno participaba en la conversación de los demás, pero se colocaban junto a los que hablaban como defensa. Jonás, Alf y otros desconocidos bajaron al baño a

tomar cocaína y, al subir de nuevo, Matilde se había ido. Jonás no sintió decepción ni pena. Más bien alivio. Alf era un tipo simpático. Las chicas reían a coro las bromas, propusieron terminar la noche en otra parte pero ninguna estaba interesada en él. No sabía de qué hablar con ellas. No podía más que saltar sobre la conversación con más y más bromas que poco a poco dejaron de hacerle gracia. La música estaba muy alta en todas partes. Había dejado de escuchar. Fijó la vista en una chica baja a la que durante todo el tiempo había despreciado. Las otras eran más guapas, pero quizás solamente quedaban posibilidades con ella. Ésta era una sensación que siempre había tenido Jonás: una disminución repentina de la ambición, un recorte brusco de las cualidades exigidas. Una chica más fea entendería a qué había salido Jonás.

Intentó hablar con ella, pero no encontró nada que decir. ¿Quién era? Iba de guapa a fea en cuestión de segundos, arriba y abajo, dependía del ángulo y la inclinación de la barbilla. Se dio cuenta de que si ella miraba el teléfono tenía papada, y de que al reírse asomaba una encía blanca sobre los dientes. Siguió intentándolo, se sentía borracho, se propuso conseguir que ella le preguntase por su novela para tener algo sobre lo que llevarla a su terreno pero la chica no hizo la pregunta adecuada. La música se interponía de nuevo. Se despidió de todos: Alf y la chica a la que cogía de la mano le pidieron que se quedase llamándolo aburrido. Él insistió en que estaba cansado.

Y al llegar a casa se tuvo que masturbar. Después ya pudo dormir. Al día siguiente no se levantaría hasta después de las doce.

*Camina, camina hasta morir de frío y estarás a salvo: tus enemigos no van a llegar tan lejos.*

«Yleej Matrou vivió y murió en Madrid, conoció a Juan Belfor, a Javier Ridao, a José Manuel Merino, Jesús Alcázar, Eusebio Banús, escritores cuyo renombre había llegado a su Córdoba natal y a los que persiguió por los cafés del Madrid reconstruido de la posguerra. Llegó a los 16 años y se marchó convertido en cenizas a los treinta, publicó dos libros de cuentos, *Los gritos* y *Ducha caliente*, y después *Veneno amarillo*, una novela corta. El viernes 23 de octubre se celebrará en la Residencia de Estudiantes un homenaje».

El recorte donde Jonás lee esta información está en la pared del cuarto de baño de un restaurante llamado Bitácora, la cabina entera está forrada de trozos de periódico barnizados con resina oscura que les da una antigüedad viscosa. Jonás hace una raya de cocaína encima de la tapa del váter y la aspira tirando de la cisterna para que nadie le escuche. Luego sale y en la conversación con Irene el nombre de Yleej Matrou no vuelve a aparecer, toda referencia a ese fantasma de cuarto de baño se pierde en el escote poderoso de ella y en la conversación, Irene defiende la psicología y él la critica duramente, podría soplar un viento, invertirse las posturas y ninguno de los dos se daría cuenta porque bajo el palio de palabras se adivinan las formas de la verdadera situación, él retorciéndose por no poder besarla, ella retrocediendo, poniendo un codo de distancia, y ambos hablando sin parar y pidiendo vino y comida, bromeando, podría decirse que contentos de estar juntos pero sería difícil explicar por qué.

Irene tiene el pelo muy corto y levemente ondulado, los ojos enfermos y la mirada intensa del heroinómano, nunca ha

tomado nada más fuerte que un porro pero nadie lo creará, y lo mismo ocurre con su boca: parece diseñada para besar y ser besada, cuando se lleva la copa a los labios Jonás mira embobado el breve contacto del cristal y la carne, boca que no besa a nadie, órgano amable empecinado en hablar, callar y apartar de sí.

Piden la cuenta y Jonás hace su última excursión al cuarto de baño mientras Irene espera, y meando vuelve a leer el nombre Yleej Matrou, y por alguna razón busca en la pared algún otro recorte sobre el mismo personaje. Noticias antiguas, Roldán irá a la cárcel, declarado culpable, más de mil personas se manifiestan por los derechos de los animales, la ayuda de la ONU no llega a Biafra, vientos de más de doscientos kilómetros por hora levantan el tejado de varias viviendas de Coruña, el nacionalismo vasco mata a dos guardaespaldas en Álava, nada más de Yleej Matrou, Jonás termina de mear y piensa que todos los recortes pertenecen al mismo periódico, la tipografía y la maquetación son iguales pero en ninguna parte pone la fecha o el nombre de la publicación, decide que es un periódico de derechas, quizás el Alcázar si es que todavía existía en ese momento, tal vez el Ya, rotativas paradas, despachos polvorientos donde un cronista escribió el nombre Yleej Matrou, ¿un escritor franquista?, ¿un fracasado cazador de mitos de cafetín? Irene y Jonás salen del restaurante y se despiden con un abrazo que funde los pechos y un beso de ella en el rostro acercándose a la oreja; la mira irse de camino al autobús nocturno y decide salir un poco más, pasar la noche fuera de casa.

Jonás dejó lo que estaba haciendo, no había otra forma de escribir una novela. Tecleó al azar unas pocas palabras; después enmudecieron los dedos y tuvo ganas de levantarse.

Antes se escribía en una máquina ruidosa con un flexo al lado. La luz cercaba el espacio donde los ojos no podían traicionar a la literatura y el tac tac de las teclas constataba la vida del lenguaje. En los ordenadores la pantalla es blanca, por todas partes la página se desborda y existen ventanas que permiten dejar de escribir, hacer cualquier otra cosa más agradable. No se puede escribir con la ventana abierta. Interrumpir el tormento que es mirar al futuro y al pasado al mismo tiempo, buscar enloquecido algo que no sea presente. Escribir: salir de la habitación estando dentro.

Pero los dedos habían enmudecido y por tanto la página estaba muerta. Un libro que está sin hacer es un bebé muy enfermo que muere la noche en que lo dejas solo. Si te descuidas un segundo el bebé está acabado. Puedes ponerlo encima de la mesa, en un cajón, en un archivo que se llame *frio\_siberiano.doc*. Luego volverás a mirarlo de vez en cuando como una madre mira la foto del hijo incinerado, pensando que existe una forma de recuperarlo, repitiéndose solamente que está vivo, todo el día. Esa asfixia es la primera diferencia entre el escritor y el que escribe, los que viven dentro de todo aquel que se sienta a intentarlo. El escritor es un chorro de aire que no deja de hacer temblar las páginas. El que escribe, dos manos con sus dedos tiritando mudos sobre las letras.

Por eso no se levantó, como le estaba pidiendo el cuerpo. Los pies le decían que los zapatos apretaban y la boca pedía agua como un niño que se va a dormir. Se pueden encontrar más excusas para una página que espera que para una novia.

Un escritor y uno que escribe tienen demasiadas cosas en común. Ese corte invisible que separa la mierda de lo que van a leerse varias generaciones se llama talento. Talento:

una pestaña caída en la mejilla de uno que a otro siempre se le mete en el ojo. Por eso los que escriben leen a los genios y desean más que ninguna otra cosa imitarlos. Piensan que aprenden de los libros a escribir mejor. Piensan que a escribir se aprende. Que escribir es una técnica que se perfecciona. Que una segunda novela puede permitirse ser mejor que la primera, que cada vez hay que escribir mejor. Esa exigencia es falsa. La segunda diferencia entre el escritor y el que escribe: el escritor no piensa, llega a conclusiones. Por eso el otro no puede adoptar su proceso. No hay proceso, no hay método para ser escritor. Hay que sentarse y permanecer quieto en la silla, moviendo solamente los dedos sobre la página. Mirando siempre la página en blanco y nunca la palabra ya escrita, nunca la letra. Esa palabra tiene que estar en lo cierto. Un escritor no comete palabras equivocadas.

*Si pones atención, escucharás el tictac de un inmenso reloj que vive bajo el hielo.*

Pasan unos días e Irene está esperando en la cama de Jonás, es decir, bajo sus propias sábanas un cuerpo suave, caliente y voluptuoso al que no tiene acceso. Últimamente ha venido a dormir con él algo más. Largas erecciones de las que no puede librarse y de las que ella se niega a librarlo. Noches de contornos amables a un centímetro de atroces trincheras inexpugnables. Jonás tarda treinta minutos en escribir: *en todo el día, solamente un triste pájaro cruza el cielo. Aunque esperas la compañía más que ninguna otra cosa, verlo te ha producido un gran temor.*

Algunas veces ha pensado en besarla dormida y dejar que se diera cuenta de lo que estaba pasando poco a poco, pero siempre le vence el sentimiento de fidelidad. Fidelidad ¿a qué? Los engendros no tienen por qué ser fieles a nada

porque no son fieles a su propia forma. La mujer que ama y lo espera entre sus sábanas no es su mujer. ¿Respeto a qué? Son un engendro, un bonsái diseñado para ser cuerpo que no crece, que no alcanza su diseño. Eso es lo que muestra cada espejo que los mira caminar juntos por las calles, escaparates infectados de formas tan artificiales como la suya, pareja que no es pareja, hogar que esconde estancias vacías.

Esa misma tarde han estado hablando mucho, argumentándose el uno al otro hasta el aburrimiento. Cuando se juntan, dejan que crezca el malestar, es lo único que comparten habiéndose negado el amor:

Estuve pensando anoche algo que me tiene preocupado.

¿El qué?

Llevo tanto tiempo jodido que he perdido la perspectiva. No sé qué es más puta mierda, si la vida o mi vida.

¿Qué más te da?, las preguntas de Irene.

No consigo escribir y que me guste. ¿Quieres que te lea un fragmento?

Irene no dice que sí, pero mueve afirmativamente la cabeza. Sin mirarlo.

«Decían que la nieve era lo más bello y la mujer más guapa de estas tierras se empeñó en que los costureros le hicieran un vestido con ella. Al mirarse al espejo decidió que no se vestiría con otra cosa, pero la nieve empezó a derretirse sobre su cuerpo –su propia voz le parece engolada. Irene mira al suelo, quizás distraída o tal vez concentrada–. Salió a la plaza. La vimos morir desde nuestras ventanas, la llamamos pero no escuchaba.

Se miraba en la lámina de hielo que bajaba de la fuente».

Irene enciende un cigarrillo y fuma un poco sin decir nada. Jonás relee compulsivamente el texto, le parece absurdo y prescindible.

¿Quieres que te lea alguna otra cosa?

Sí, léeme algo más.

Va, esto: «Días después de la explosión de Tunguska en 1908, el cielo nocturno brillaba de tal forma que podíamos leer sin ayuda de lámparas».

Irene sonríe. Me gusta, dice. Jonás se levanta y se va a guardar los papeles. Le tiemblan las manos porque el segundo fragmento lo ha copiado de una enciclopedia, mientras que el primero era suyo.

Se quedan unos minutos callados, Irene coge un libro de la mesa y lo hojea con visible desinterés. El libro de un amigo de Jonás. Al poco tiempo ella se ríe y deja el libro sobre la mesa. «Es muy gracioso este tío», confiesa. Siguen callados otro par de minutos.

A lo mejor da igual. A lo mejor todo cobra sentido cuando acabe la novela, dice Jonás.

Irene se aburre y él se da cuenta. Se tumba y tiene ganas de llorar. Entonces ella dice:

Parece mentira que te hayas salvado de un tumor en el cerebro.

¿Te crees las películas?



No, ok. Pero siempre dices que la felicidad y el éxito son una gilipollez y ahora parece que te importan.

Digo que son un tic. Como ves se me ha escapado. Es una puta enfermedad, una obsesión de nuestra época.

Como el sexo.

Como el sexo.

Ahora Jonás está loco porque ella duerme en su cama y él ha dicho esas cosas sobre el sexo.

Trata de convencerse de que no quiere follar con ella porque follar conlleva implicarse en algo estúpido. Alquilar la mente a la maquinaria del cuerpo poniendo todo al servicio de otro cuerpo y otro juicio. La ama, la ama más que a nadie, pero no la ama lo suficiente. Llenar de palabras la insuficiencia, dejar que los hechos no lleguen del todo por no esperar nada. Las páginas emborronadas tras el blanco son exactamente eso. No alcanzar la intensidad en nada. Piensa: si llegase a la cama y ella estuviera muerta... Entonces sí que la querría. Entonces sí que desnudaría desesperado su cadáver para hacerle el amor y morir con ella. Pero la propia peste de sus palabras le da asco. Se imagina encontrándola muerta, aterrorizándose por si piensan que ha sido culpa suya, llamando por teléfono y dejando que los médicos y los policías proliferen en el limbo roto de su intimidad.

Con sigilo se desliza bajo las sábanas. Ella se despierta a medias y lo abraza. Jonás ni siquiera quiere mirarla. Percibe disgusto que le huele un poco mal el aliento, que las sábanas están demasiado caldeadas como para estar cómodo. Por suerte, Irene trabaja y se irá en tres horas.

*Cruzaría el río si supiera que en la otra orilla encontraré la paz.*

Una mujer de unos treinta años, al ver a Jonás, lo abraza, se queja del tiempo sin verlo y de alguna llamada sin respuesta hace años, lo mira bien, le dice: Joder, estás guapísimo. Jonás sonríe conteniendo una respuesta que pueda sonar falsa, el maquillaje de la chica le parece excesivo. Ángela. Un poco menos sería correcto, más la convertiría en máscara. Del maquillaje de una mujer pueden sacarse suficientes conclusiones como para saber si la cita tiene o no sentido, las pinceladas forman su discreta telaraña de letras, mensajes, algo quiere decir ella sin palabras en el espejo cuando se pinta, una indicación en los párpados azules, en las pestañas negras, en los labios rojos y la casi embarrada pintura de los pómulos. También la llamada que ha hecho Jonás para reunirse con ella estaba llena de símbolos. De la misma forma que él puede acertar en las intenciones del maquillaje pero desconoce su causa íntima, ella sabe que un hombre no se acuerda de ti de buenas a primeras y quiere tomar una caña, que quizás se ha quedado soltero, que algo que iba bien ahora va mal, que un techo que parecía firme se ha hundido, y sabes, Ángela, que sólo al ofrecimiento omitido podías responder con sinceridad. La cita es en un bar de viejos porque Jonás recuerda que allí mismo se citaron la primera vez, que ante las mismas caras desgastadas por el alcohol y el aburrimiento se besaron, y de las mismas mesas grasientas partió la expedición de dos al blanco polar de las sábanas en que investigaron hasta el día siguiente sus cuerpos. Fue tres años antes. El bar fue la probeta descartada en que se intercambiaron los números, agujero en la agenda y el tiempo que separa dos instantes de unión, bisagra u ojo de cerradura para ver al otro lado de la puerta del extrañamiento; extrañada,

Ángela, descolgaste el teléfono y la sensación no se disolvió hasta que supiste interpretar el símbolo y aceptaste. Y ahora están frente a frente, en la mesa cabe lo que tienen, lo que han pedido.

Nerviosa, altisonante, ella irrumpe en la conversación contándole que se dedica al teatro.

Empezamos mi ex y yo. Sabes que nunca me había gustado el teatro, pero que escribí una obra. Creo que te la envié, ¿la leíste? Iba sobre la muerte de Sócrates, ¿te suena? De cualquier forma los actores no me gustan, pero cuando me enamoré de uno acabó arrastrándome a la actuación. Durante seis meses pasamos hambre, nadie nos daba trabajo, así que decidí que sacaríamos dinero haciendo cosas en la calle, y no me pareció mal. Una vez montamos un número en el metro que tuvo éxito. Estaba bien tramado: yo iba leyendo en el vagón y él esperaba en la estación siguiente. Tercer vagón: cuando entraba fingía encontrarse conmigo, nos mirábamos. Él decía algo como: «Así que eres tú». Yo lo miraba como a un loco. Entonces él soltaba su texto. Lo habíamos escrito juntos. Era una parrafada sobre el amor, sobre el destino. Me pedía que me casase con él. Yo lloraba y nos besábamos.

Jonás disimula un bostezo con una carcajada gentil.

Es bueno ¿eh? La gente en el metro mira al suelo cuando entran los ecuatorianos que cantan y tocan las flautas de pan, pero si la cosa va de cotilleo te juro que ponen una atención total. Como él proyectaba la voz, se nos escuchaba en todo el vagón, la gente dejaba de hablar, doblaba el periódico, se quitaba los auriculares. Después de besarnos cambiábamos de actitud, mirábamos a todo el mundo y hacíamos una reverencia. La gente aplaudía. Llegaron a darnos veinte

euros, un señor. Luego... Una vez una mujer le dijo que era productora en un teatro de musicales. Algo así. Pues bien, el flechazo ocurrió de verdad. La puta ni me miró. Bajamos los tres en Sol y ellos se pusieron a buscar fechas para una reunión. Yo miraba y sonreía. Quise echarme a llorar. La puta no se daba cuenta del pedazo de actriz que le había dado dos besos amablemente. A él le dejé esa misma tarde.

Jonás encuentra la voz de la chica excesivamente atildada. Piensa que seguramente hubiera hecho lo mismo que la productora. Recuerda ahora que cuando estuvieron juntos aquella noche ella impostaba la voz al bromear. Excesivamente, como con el maquillaje, como la forma de llevarse el cigarrillo a la boca. Piensa en Irene, en su forma malévola de fumar, en su pecho que respira. Pregunta:

¿Pero no fue un ataque de celos?

Claro, dice ella. De los únicos celos que tengo: los del talento.

Jonás sonríe con indulgencia. Conoce bien la sensación. Una novia suya ganó un premio de novela, ambos se habían presentado. Un amigo publicó dos meses antes que él. A otra le dieron una beca que Jonás ni siquiera había pedido. Uno acabó la carrera y se hizo rico en las apuestas. Cuando a Jonás le operaron del tumor, sus padres estaban sanos. Daría una buena contestación a la chica, llevaría las cosas al terreno común si no fuera por el tono de voz de ella. En lugar de eso, le da una especie de consejo pastoral. Ella se enoja levemente, enciende otro cigarrillo. Siguen conversando con un interés decreciente y al salir del bar ella le dice: ya nos veremos. Se dan dos besos burocráticos.

*La sombra de esa nube es más cegadora que el sol.*

A Irene le compró flores. Le compró libros. Le escribió poemas. La invitó a cenar. La invitó a dormir. Le recomendó películas y discos. Pero Irene lo engañaba. Admiraba a otros.

Cuando Jonás decidió abrir la agenda y buscar, empezando por la A, una mujer que fuera mejor para él, una que hubiera pasado bajo la sombra de otra visión, Irene llevaba varios días terriblemente distante. Se estaban viendo menos y ella, en sus encuentros, le saludaba sin tocarlo. Al marcharse le decía: «un abrazo», como si estuvieran hablando por teléfono. ¿Qué significa la palabra abrazo cuando puedes darlo y no lo haces?, le preguntó Jonás ayer, y ella dijo que significa «todo está bien» y se marchó.

Su segundo intento con la agenda, tres días después de Ángela, fue Beatriz. Jonás preguntó a los tonos de la llamada a quién estaba buscando y continuaron con su mudo lenguaje. Cuando se descolgó el teléfono, fue ella quien preguntó: ¿Quién es? Jonás colgó sin decir nada.

Llamó a Irene. Nadie descolgó el auricular, sabía que ella había mirado el aparato sin moverse, quizás tapándolo con un cojín para amortiguar el ruido.

Decidió no hacer ninguna otra cosa que escribir.

*En lo más crudo del invierno, las mujeres se tragan el miedo y permiten que las ratas permanezcan ante el hogar.*

Jonás es el escritor y el que escribe. Los dos viven en la misma persona. El párrafo más mediocre y el más brillante son el muro acribillado en la guerra de ambos poderes. Pero el escritor debe ganar siempre la guerra que es una novela. La novela es del escritor, y el que escribe debe ser expulsado.

Jonás sabe que, al terminar la guerra, debería haber borrado del texto hasta el último vestigio del que escribe. Pero si el escritor pierde ¿no será Jonás el que escribe? ¿Cómo se dará cuenta?

Algunas veces puso el automático y le dio resultado. Jonás sabe que quiere escribir y le queda su libro, la prueba de que lo consiguió una vez. Ahí hizo esa cosa que no recuerda, el automatismo, escribir sin pensar, tirar en todas las direcciones con muy pocos disparos. Quiere ir a la estantería a por su novela y buscar su antigua habilidad, la de antes de la operación y el cáncer. Pero ir a rescatar en ella el momento de lucidez implica levantarse y matar la página. Por ello Jonás se dedica a divagar.

Tercera diferencia: el obstáculo. Uno que escribe escapa continuamente de sus propios obstáculos, los bordea, los rodea y con oficio los salta. El escritor avanza en línea recta, es obstáculo para los obstáculos. Jonás, parado ante la página que espera, tropieza con un muro invisible, se enreda en etéreas marañas, se hunde en un mar de aire. Las manos quietas mientras el mundo sigue girando, succionando hacia su vórtice toda la atención.

*A lo lejos te parece ver una hoguera y te encaminas hacia allí. Un punto dorado en el frío, distante como una estrella. Hace cien años que el rayo abrasó al árbol.*

El amigo que iba a reunirse con él en el café no ha aparecido, así que Jonás lee y anota algo que leyó el día anterior: «Siberia significa tierra dormida». En el café hay poco movimiento, sólo otra de las mesas está ocupada por un calvo que lee con expresión aburrida, por lo demás el café palpita y se alborota únicamente tras la barra, en el trasiego de la camarera negra. Fija su atención en ella

durante unos instantes. Piensa que le gustaría poder decirle algo, así que se levanta y va hacia la barra buscando unas palabras sobre las que edificar una conversación cordial. Le dice a la camarera: Quiero pagar. Dos euros, responde. Jonás le sonríe y ella devuelve la sonrisa. Voy a estar un rato en el baño, dice Jonás. Observa cómo la sonrisa de la negra reaparece ahora convertida en sarcasmo, con alguna broma fácil en la cabeza, piensa, y añade: Tengo que inyectarme insulina, estoy empezando y me cuesta un poco hasta que me decido.

El rostro de la camarera se endurece, ni rastro de la sonrisa, que se ha borrado como el recorte de las sombras cuando una nube difusa va tapando al sol. Quizás aversión a las agujas o a la enfermedad inventada de Jonás, o tal vez, piensa fumando encerrado en el baño, ella sea verdaderamente diabética pese a ser negra. Le da un par de vueltas a esta imagen al principio paradójica y sigue fumando, rápidas caladas que le saben a rayos porque no hay ninguna razón para andar fumando ahí dentro como si se escondiera.

Al marcharse le dice adiós a la camarera y ella responde sin mirarlo.

Un par de calles más adelante entra en una librería de libros usados y va directamente al viejo y desordenado mostrador, tras el que el cancerbero de turno, un hombre arisco, soberbio, apenas levanta la vista de los albaranes. Jonás le pregunta por Yleej Matrou pero el librero paladea el nombre sin dejar de mirar sus papeles y después levanta brevemente los ojos, ojos secos, piensa Jonás, aunque después piensa que más bien eran ojos húmedos, alérgicos, y escupe el nombre en un murmullo: Yleej Matrou. Pausa. Respiración de fumador. No, zanja, no creo que haya nada de ése. Tal vez ante la expresión

expectante y burlona de Jonás el librero se siente humillado y decide usar el desprecio: con un gesto vago que apunta a una polvorienta tumba de libros añade que igual por ahí hay algo. Jonás sabe que no encontrará nada y se marcha sin decir adiós.

De vuelta a la calle le da por imaginarse que ha revuelto el montón de basura donde señaló el librero y que le ha parecido ver el lomo de un libro sepultado, que ha llegado a leer ...trou, parte del apellido, pero otros libros se apilaban delante. Piensa que mete la mano en los intestinos de ese cadáver reseco y alcanza algo, el libro, piensa, papel casi deshecho, y al tirar de él hacia afuera lo que saca es la propia mano amputada de Yleej Matrou, mano momificada, e imagina que como una araña se le agarra de la muñeca, Jonás se debate tratando de soltarse, lanza una mirada al librero que lo observa con desprecio, pone el caucho en una factura, se marcha sin volver la vista atrás y desoyendo su tímida petición de auxilio cierra la puerta dando tres vueltas a la llave. Y la escena termina con los libros de las estanterías arrojándose sobre Jonás y la mano que lo paraliza, enterrándolos en una tumba de volúmenes quietos e impotentes porque nadie va a leerlos.

Estos pensamientos lo divierten hasta la Gran Vía, pero un semáforo en rojo lo obliga a echar un vistazo alrededor. Pasan autobuses llenos de gente y una mujer con un abrigo elegante, ceñido a las caderas como un tango, los tacones van picando el suelo, la mujer fuma, le tiembla la mano que lleva a los labios rojos el cigarro y las ráfagas heladas le apartan el humo. La mujer desaparece Gran Vía abajo. El semáforo cambia de color. Jonás hace algunas anotaciones en su cuaderno sin detenerse: libros lloviendo del cielo, clavándose en las extensiones nevadas de Siberia.



*Recién aterrizado en esta desolada región, el cosmonauta miró con nostalgia la cápsula quemada y recordó su feliz soledad en el espacio.*

Cuando en cualquier tipo de texto literario un hombre solo en casa enciende un cigarrillo, cada uno se imagina a una persona ligeramente diferente pero todos se imaginan a la misma persona: en este caso Jonás. Así funciona el tópico, banco de palabras que nada en agua estancada.

Era viernes. Eran más de las doce de la noche y Jonás tenía dos opciones. La primera, volver a sentarse e insistir en el intento de ser mejor que Victor Hugo. La segunda, abrigarse, palpar la cartera con la droga y la tarjeta de crédito en el bolsillo del pantalón y salir a la calle. La primera opción tenía dos desenlaces posibles: ganar un premio Nobel en unos cuantos años o retrasar un poco más el momento de tomar la segunda decisión. Este razonamiento le pareció a su pereza bastante convincente. Era capaz de percibir el zumbido de la nevera, e Irene no había descolgado el teléfono en toda la tarde.

Irene es lo poco que queda de la palabra amistad, tan deformada. En el intercambio que significa tener amigos, Jonás siempre fue el que daba menos. Las relaciones no le asustaban o apenaban cuando recibía poco amor, sino cuando era demasiado. Muchas veces en su vida ha recibido reproches por cosas que no recordaba haber hecho, porque el descuido es algo que el descuidado no percibe. Como si hubiera matado a un peatón dejando caer sin darse cuenta una maceta desde el balcón, llegaron las actas judiciales y los viejos amigos, con quienes tuvo en otro tiempo una intimidad, dejaron de serlo con violentos ataques a los que él sólo podía responder disculpándose mientras que las nuevas relaciones eran frívolas y limitadas: conversaciones de libros y de mujeres, teléfonos que se apuntan para no ser usados.

Solamente Irene continúa en la persecución.

Es difícil tener amigos. El más generoso siempre espera recibir algo a cambio. Una llamada, convivencia, apoyo, favores, consejos, ternura, atención, caricias, préstamos, paseos, tiempo, oídos.

El autista es la persona sin amigos, o como escuchó decir a Leopoldo Panero, el loco es la persona sin amigos.

Nadie quiere ser amigo de un hombre ocupado que jamás responde a las invitaciones ni a las llamadas. Los amigos necesitan un alimento constante que Jonás no ha sabido producir, el de la atención.

Durante un año, cuando después del tumor decidió que la escritura era lo único importante en la vida del artista, llegaron como acreedores los amigos. Cada llamada o carta era la certificación de la norma más dura de la amistad: todo cuanto te han dado espera un pago. Los frutos de la generosidad requieren generosos pagos.

Los paseos por la agenda en busca de mujeres recuerdan a Jonás nombres que fueron suaves y luego se volvieron espinosos.

Esa pérdida de tiempo para el arte que supone la conversación cordial y cotidiana es el carbón sucio que enciende los hornos de la amistad. Para el amigo, todo aquello que no es importante debería serlo si viene del otro amigo. Un bostezo es más imperdonable que un golpe.

Jonás no puede recordar casi nada de la vida de sus antiguos amigos. Todo aquello que le contaban, los desvelos que removían sus cerebros no dejaron huella en la memoria.

En aquel año, después de la tormenta de reproches quedó la calma de la soledad. Un hombre que ha perdido a sus amigos es una persona recién nacida o despertada de un sueño. Pero Irene reapareció como un dinosaurio mirando con sus ojos de fósil la ciudad.

*El frío es echar de menos.*

Dos días después, caminando por San Bernardo, se cruza con una chica de unos veinte años que va cargada con bolsas. En un primer momento no dice nada pero la chica tenía pecas en la cara, ojos claros, el pelo castaño algo grasiento. Se ha sentido inmediatamente atraído, hace algún fantaseo breve y se queda mirando cómo ella sigue su camino. Entonces desanda los pasos y se pone junto a ella: ¿Necesitas que te ayude? La chica resopla, le mira y sonrío, los dientes algo desiguales le provocan a Jonás una sensación de confianza, ella deja las bolsas en el suelo, se mira las manos. Jonás las mira también: heladas, los dedos púrpura se estiran y contraen en torno a los latigazos blancos que ha dejado el peso de las bolsas. Jonás no pregunta más, se hace con la carga, que efectivamente es muy pesada, y echa a andar sintiendo a cada paso las aristas de los cartones de leche pinchándole en los gemelos. La chica se siente obligada a conversar con él y le dice que siempre compra de más, que en el supermercado comprueba el peso de la cesta pero que lo peor es el agotamiento a los dos minutos de ir con las bolsas. Jonás dice que sí, que le pasa lo mismo, y piensa que a todo el mundo le pasa lo mismo y que la chica cae en un lugar común, pero ella no parece darse cuenta, quizás Jonás le haya parecido más guapo de la cuenta, quizás su parafilia sea un hombre cargado con dos pesadas bolsas llenas de comida. Ella empieza a hablar del barrio, le pregunta si él

vive cerca, como en un chat, piensa Jonás, como si la chica estuviera acostumbrada a entablar relaciones con extraños, charlas cortas y curiosas de las que no retiene nada, que no llevan a su casa ni a un bar, que no llevan a ninguna parte. Un par de calles después, el peso de las bolsas es intolerable, como si hubieran engordado, las manos le duelen, ella parece darse cuenta y se ofrece a llevarlas otro rato. El intercambio le parece a Jonás el inicio de algo, suelta las bolsas y se para. Cuando ella, mirándolo como si ya se conocieran, como si quisiera contarle algún secreto, toma el relevo y carga con la compra, Jonás le dice: perdona pero llego muy tarde a un sitio. Ella le da las gracias, deja las bolsas como si fuera a abrazarlo y le dice su nombre. Jonás sonríe e inventa un nombre, se marcha. Tiene una extraña sensación de asco y victoria, piensa en la forma de hablar de la chica, en sus preguntas absurdas. Qué hubiera pasado de subir con ella a su casa. Quién se olvidará antes del peso de las bolsas, del peso de ambos.

*Tres pastores atraviesan la llanura para vengarse de la muerte de un cuarto. Se preguntan con quién se cruzarán primero: el asesino o el muerto.*

La ciudad recibió su primer invierno hace cientos de años y muchos desconocidos se han visto obligados a reunirse desde entonces y esperar en las calles del frío a que se agote la puntualidad y la cortesía, a que aparezcan los amigos o enemigos y, juntos, tomar camino a cualquier sitio abrigado del viento. Jonás tuvo que ser paciente porque la pareja que lo había citado venía de cenar y él había llegado antes de tiempo. Estuvo dando un paseo por las vallas del Capitol, donde encontró apiñados a unos pocos curiosos. Al otro lado, en la escalera, la alfombra roja se dejaba pisar por los primeros invitados al estreno de una película.

tremenda. Venía con un traje muy ceñido y maquillada, cosa muy poco común, y aunque Jonás iba mejor arreglado que Gabriel, se sintió humillado, como quien conoce al inquilino de una antigua casa familiar que ya no sería capaz de pagar ni con todo su esfuerzo.

Jonás no necesitó más que fijarse en la exagerada camaradería del equipo de la película para saber lo que le esperaba. La vieron, Gabriel en la butaca del centro, Jonás ni siquiera podía mirar de soslayo a Anna, acercarle disimuladamente el dorso de la mano para rozarla, tuvo que conformarse con mirar la película y asistir a las carcajadas de Gabriel. No fue para vomitar, solamente tuvo que abrir la boca para bostezar. Al salir, aunque conversaron un poco sobre la película y Jonás se permitió ser cínico con el entusiasmo de Anna, nada pudo reprimir los informes amistosos de la pareja sobre su vida en común. Le hablaron de cómo se habían instalado en un estudio grande en el barrio del Raval, lo aburrieron con las anécdotas de un viaje a Lisboa del que volvieron enfermos, en un tiempo, calculó Jonás, en que él estaba tumbado en la tabla helada del quirófano, dejándose morir para que lo revivieran.

Estás muy guapo, le dijo Anna más tarde en una discoteca donde saludaron a varios actores famosos. Gabriel estaba muy ocupado drogándose con sus amigos cineastas, invitó a Jonás a unirse, pero él rechazó el ofrecimiento. A Anna le gustó aquello pero no sabía que Jonás, cuando fue a mear, había apurado la cocaína que le quedaba del fin de semana. Ni siquiera su locuacidad consiguió que ella se diera cuenta.

Tenían que gritar para comunicarse, ella se acercaba a su cuello, le ponía la mano en el hombro, pero a Jonás le dio por mirar alrededor. A los verdaderamente afortunados. Reconoció a un guionista con el que había coincidido dos veces, de nombre

Héctor y, que él supiera, autor de nada en absoluto. Pero estaba allí. ¿Cómo había llegado? Jonás también estaba allí, pero sabía cómo había llegado.

Se preguntó por qué, haciendo siempre lo que debe hacerse y estando, más que muchos autores consagrados, donde hay que estar, era el invitado del marido de una antigua amante. Había escrito con todo su esfuerzo, había publicado, hincado los dientes en la carne del mundillo, se había salvado de un tumor en el cerebro. ¿Qué importa esto?, resolvió. El trance de sostener la vida en pie no es como dicen, el hospital no es una universidad que penetra como una jeringuilla, nada se aprende allí que no pueda deducirse sin más una tarde, bebiendo hasta el día siguiente en un piso de Madrid.

Trató de convencerse de que el guionista era otro de los invitados de tercera, como él, pero lo vio hablando todo el tiempo con personas guapas. Cuando Jonás iba a hacerle un gesto, el tipo volvía a su conversación, le daba la espalda y permanecía así, rígido, pensó Jonás, como un perro que guarda su plato de carne. Vigilante, el guionista miraría un par de veces más a Jonás sólo para hacerle sentir invisible.

Las horas pasan. El ánimo inicial se desploma, descubre la espalda del torpe albatros que no acierta a despegar. Jonás se encerró en el baño y estuvo mirándose la cara un rato en el espejo. Seguía allí, la música calaba las paredes del lavabo, se sentía, pensó, dentro y fuera. Le hubiera gustado que Irene, mucho más tímida que él, estuviera esperándolo en la puerta.

Divagación abajo, Jonás decidió que su presencia no aportaba otra cosa que sentirse dentro, un hongo de la piel que se funde con las células exteriores del cuerpo para formar parte durante su corta existencia. Un hongo que no deja cicatriz ni memoria de su paso.

Recapitulaba, buscaba explicación: conocía a quien hay que conocer, pasaba media vida en fiestas como ésa, había escrito lo que hay que escribir. No servía de mucho. En busca de compañía se abrió paso entre personas atareadas en caer bien que le dejaban pasar como a un gato encaprichado con llegar a otra parte de la casa en mitad de una fiesta. Gabriel y su mujer charlaban en la barra acercándose mucho el uno al otro, al verle llegar ella abrió un poco el círculo pero Jonás no escuchaba nada. Se dio cuenta en ese momento de que ni mordiendo el pecho que hay que morder había conseguido quedarse.

Lo expulsaban. Algo en él no funcionaba. No era la primera vez que, en mitad de una fiesta a la que estaba invitado, había pensado que sólo tenía sentido ser el anfitrión. Porque entre el anfitrión y los invitados existe la misma diferencia que entre el escritor y el que lo intenta: solamente el sufrimiento del primero sostiene la estructura de extrañeza que reúne a los demás.

Su sentimiento de humillación y transparencia se hizo demasiado intenso como para quedarse. Se fue a la francesa y le robó el taxi a un turista extranjero en su propia cara. Esa misma noche, en casa, decidió que para escribir se quedaría encerrado. No más fiestas, se dijo, hasta que él fuera la causa.

*Hace mucho tiempo hizo calor y la nieve se fue. Mi abuelo lo jura.*

Es falso el mito de que se consigue aquello en lo que se pone empeño. Frecuentemente la víctima de la mediocridad no conseguirá nada de lo que desea y perderá lo conseguido. Basta dar un vistazo a una agenda, abrir por la A y seguir hacia adelante repasando los números como hace esta tarde

Jonás, pensando qué quiso ser cada nombre y en qué estado se encuentra, cuántas derrotas aparecen como flores secas entre las páginas, cuántos virajes hacia un objetivo más mediocre o modesto o posible o humilde, cuántos egos empequeñecidos bajo la sombra del hecho, cuántas expectativas atacadas por jaurías de invisibles jíbaros. Si aquello en lo que se pone empeño se hiciera realidad no habría candidatos fallidos ni aspirantes frustrados.

Jonás marca el número de Cristina, que quiso ser fotógrafa a los 20 y a los 25 años, antes de perder el contacto con ella, trabajaba en una gestoría: Cristina, treinta años, el primer encuentro fue breve. Cuando descuelga, su voz le parece la de una total desconocida. Después del saludo más o menos sorprendido, ella se queja de que tiene que trabajar tantas horas al día que casi no saca tiempo para otra cosa, llega a casa y sólo piensa en tumbarse, ver la tele, beber una cerveza.

Jonás le dice que él sigue sin hacer nada productivo, ensalza su vagancia para que ella avive la antigua simpatía hacia el opuesto y en un primer momento funciona, ella quiere saber si Jonás escribe todavía y Jonás la informa de que publicó una novela. ¿Cuándo? Antes de lo del tumor. Ah, sí... No fui muy buena amiga cuando no te llamé, ¿no? Jonás suspira, piensa: no eres ni serás mi amiga, y dice: bueno, tampoco hubiera sido una conversación muy importante, yo estaba drogado todo el día. Encuentra derrota en la forma de pronunciar las palabras de ella, como si en lugar de articulaciones tuvieran entre sí cartílagos, arreadas no por músculos o ideas sino por blandos tendones de grasa. Jonás recuerda la sesión de fotos que compartieron en su único encuentro: juntos subieron al Valle de los Caídos porque a ambos les entusiasmaba la estética fascista. Ella le hizo fotos de futuro escritor y le



enseñó la diferencia entre la distancia focal y la profundidad de campo. Bajaron en coche con dos carretes llenos y aparcados en la calle Segovia se dieron la mano y probaron la incomodidad de los asientos traseros. Entonces ella tenía un timbre de determinación en la voz ahora inexistente. Seis años para agostar la fuerza de la garganta, ya palabras sin ritmo, cadenciosas, arrastradas. Y casi nada que decirse. Jonás duda si recordarle aquella excursión, la subida por las escaleras graníticas del sarcófago, pero el cansancio de Cristina se le contagia. Dejan de hablar, se despiden. Me alegro de haber hablado contigo, musita ella con voz apagada.

Quizás su error fue perder el empeño. ¿Qué llega antes, el agotamiento o una derrota repentina e inconfundible? La imagina encaramándose a los barrotes de la ventana, tratando de sostener la cámara entre los dedos y dejándola caer lánguidamente a la calle. La cámara se rompe a los pies de Jonás y las piezas, al separarse por el suelo, crean la infinita profundidad de campo. El contorno desenfocado de las figuras pierde la imagen en un borrón.

*El viento penetró en las cuevas. La montaña resonó como un órgano que anunciaba un nuevo invierno.*

Transitamos las oficinas de la vida en busca de reconocimiento. El escritor y el que escribe buscan el mismo reconocimiento, el amante y el marido, el hijo y la madre, todo lo hacemos por la misma razón. Jonás necesitaba, pensó, contento como si hubiera encontrado un billete olvidado en el bolsillo de un abrigo, la aceptación que supone haber tenido sexo con una mujer, pero sin tenerlo. Ésa era la explicación convincente. Es lo que quería de Irene, y podía engañar al cuerpo con quien fuera.

Porque el sexo, como todas las cosas que Jonás persigue, metas que un escritor y uno que escribe tratan de lograr, es una forma de reconocimiento. El reconocimiento no llega a disfrutarse sin palmaditas en el hombro, sin el pellizco doloroso del orgasmo de una mujer. Pero poco a poco consigue hacerlo con método con la agenda: tacha los nombres de las que ha llamado. Suprimir lo estéril es ordenar el caos sentimental.

Jonás achacaba su búsqueda desenfadada de sexo a una especie de maldición que él llamaba época. La época: conjunto de cosas inaceptables que para el resto no tienen nada de malo. Estamos en diciembre de 2008. Hoy la gente necesita solamente dos cosas: ser feliz y follar bien y mucho. Jonás está en el Vips. Ha ido a comer una hamburguesa enorme y después camina por la sección de libros. Hay una generosa ración de autoayuda que se divide entre libros para ser feliz y libros para tener buena jodienda. Jonás alcanza uno de los segundos, tiene una cubierta rosa y verde fosforescente, y dos personajes al estilo *jordilavanda* que se disponen a convertirse en excrementos de Bukowsky. La tipografía es grande y los capítulos están señalados por un gran número y un anagrama: en el 1) un enorme pezón o un platillo volante, en el 2) una pareja de muñecos en la cama, en el 3) un trío... Los capítulos llegan al 48). Jonás se da cuenta de que una dependienta se le queda mirando, siente vergüenza, sonríe con cinismo y deja el libro mal colocado en otra estantería.

Cuando Jonás le dijo a una socióloga a la que quería follar que el sexo está muy sobrevalorado ambos habían bebido bastante. Ella era uno de los nombres que más tarde tacharía él de su agenda. Al escuchar aquello, la socióloga arqueó las cejas y le dijo a Jonás que el sexo es muy importante y no

tiene nada de malo. Él le respondió que eso lo decía porque pertenecía a esta época, pero que él había nacido en un momento equivocado. Ella le informó acerca de las prácticas sexuales de los cromañones, los fenicios, los romanos y los celtíberos. Él opinó que una socióloga siempre encuentra justificación para cualquier opinión progre. Ella defendió que no era progre y él le preguntó que por qué era socióloga entonces. Ella le dijo que había estado en México y que no hay que ser progre para estar con los desfavorecidos, y que por el contrario hay que ser ciego o mala persona para andar por un mundo tan injusto mirando para otra parte con indiferencia. Él le preguntó si los esquimales follan dentro de los iglúes y ella le dijo que los inuit tenían una gran tradición sexual.

¿Entonces, preguntó Jonás, estás convencida de que tengo algún problema si no dedico mis energías al sexo y sí a leer, o de que no follar me provoca problemas que me llevan a justificarme así? Él mismo comprendió que la pregunta no estaba bien formulada, pero le daba pereza explicarse.

Creo que el sexo es una forma de realizarse, y que no puedes ser feliz si no lo tienes.

Quizás ella estaba proponiéndole que la llevase a casa, la desposeyera de la ropa y la ayudase a realizarse, pero Jonás había pasado ya por la sección autoayuda del Vips.

¿Así que no puedo ser feliz sin sexo?

No puedes realizarte, y sin realizarte no puedes ser feliz. Y no me negarás que ser feliz es importante... Tendrás esa parte anulada, pero no dejarás de tenerla. Seguirá ahí dándote ánimos para ver las cosas desde tu ventana de cristal.

¿Pero leer no es realizarse? O subir una montaña. O encontrar una bacteria nueva...

Por alguna razón ella estaba empezando a enfadarse, su forma de hablar había perdido la dulzura y se parecía a la de una profesora. Cada vez menos pausas entre réplica y contrarréplica, cada vez menos diálogo. También el humor de Jonás había perdido alas y se arrastraba en torno al vaso de cerveza. Le daba pereza ser simpático. Sociología: la ciencia que primero descubre y después investiga. Sociólogo: fundamentalista de sus propios hallazgos. Ella toma la palabra:

Hay muchas cosas que permiten realizarse a las personas. Pero si desprecias el sexo es como si despreciases los libros. No debes despreciar una cosa ni la otra.

Yo no desprecio el sexo. Me realizo. Tengo una gran simpatía por mi mano derecha.

Eso es egoísmo. Eres egoísta, ¿verdad?

¿Es una pregunta con trampa?

Antes, cuando hablábamos de las mujeres sindicalistas de Ecuador, bostezaste varias veces.

En Ecuador deben ser las seis de la madrugada...

Ella ya no reía, ya no escuchaba. Seguramente tampoco quisiera ya su ayuda para realizarse. Se llamaba Rebeca, se conocieron en la Universidad, y no habían vuelto a verse. Jonás no puede imaginar cómo una conversación cuya finalidad era follársela ha desembocado en una lucha de valores elegidos al azar por él. Pero verla hablar le enfurecía.

¿Con quién follaba tanto esa rata parlanchina? A Jonás empezaba a darle vueltas la cabeza.

Se despidieron dándose dos besos en la puerta del Pepe Botella. Ella cruzó la plaza y él volvió a casa en metro. Al separarse, Jonás recordó que cuando ella llegó al bar y lo vio allí esperando le había dicho: qué guapo estás.

*En el centro silencioso del hielo está atrapado el sonido del río.*

Después de incontables desplantes, Irene apareció de pronto en su casa y lo interrumpió. Jonás estaba furioso, tenía la sensación de estar haciendo algo, un impulso que no frenaba y que ella había desbaratado. Supuso que si le leía un fragmento de lo que había escrito ella lo despreciaría. Desde el primer momento la miró con desinterés, pero Irene está armada contra el aburrimiento, permanece en el silencio como un pez abisal en la oscuridad, sin miedo, sin impaciencia. Él la dejó en el salón y se encerró para tratar de escribir un poco más.

Trató de continuar pero se sentía en tensión estando Irene por la casa. Salió dispuesto a echarla y ella estaba mirando la agenda con una sonrisa socarrona en la boca.

¿Qué pasa?

Irene le mostró el desfile de tachaduras de la agenda sin dejar de sonreír. Jonás percibió en su pecho una palpitación secretamente furiosa.

¿Qué?, repitió.

¿A mí también me vas a tachar?

Jonás trató de reír. Irene se levantó y lo abrazó, fuerte, como si quisiera partirle la espalda.

No, murmuró Jonás. A ti no te voy a tachar.

*Se despidieron para no volver a verse, pero la laguna estaba helada y sus barcas quedarían así todo el invierno.*

Un par de días después, la sensación de vértigo que le dejó aquel encuentro con Irene había desaparecido. Estaba sentado frente al ordenador, no se le había dado mal del todo, se lo dijo a sí mismo en voz alta para darse ánimos, lo escucharon los mudos libros, el parpadeante brillo de las palabras en la pantalla del ordenador:

*Entenderás que hay palabras más frías que Siberia.*

Pero enseguida tropieza con el problema de siempre, su problema. Cada escritor y cada aspirante tiene su problema personal con la escritura. A algunos escribir les parece un esfuerzo horrible. A otros les deprime. Otros se despistan, se atascan, se desorientan, se regocijan con estupideces, abusan del ingenio, de la descripción, de lo poético, de las metáforas, de las imágenes, de la narración, de la explicación, del diálogo. Los hay que por escribir demasiado tienen luego que borrar y borrar incoherencias, y otros se pasan el día intentando rellenar para alcanzar el mínimo. Eso que Jonás ha visto en el metro no cabe en el edificio de páginas que lleva dos meses levantando. Tal como ha salvado de la desmemoria la imagen, no encaja. Es una pieza de otra máquina, un adorno que entorpecería los mecanismos, que interrumpiría el flujo del aceite y la gasolina en las cavernas del verbo.

Los críticos hablaron con las mismas palabras cuando lo hizo en la novela que le publicaron: «evidentes errores de tono». Ese fallo del tono, especie de antífona molesta a los

oídos, es como un movimiento del tercer acto de *Tristán e Isolda* insertado en mitad del Concierto de Año Nuevo. Las partes que Jonás amaba más en su primera novela fueron descubiertas como errores de tono.

Cuando Jonás escribió su novela había aprendido a conducir pero no sabía el trazado de las carreteras ni su delimitación. No sabía adónde llevaba el suelo. El que escribe tiene miedo de que el suelo se acabe bajo sus pies y olvida preocuparse por el lugar al que se dirige.

Ahora está sentado. Entiende. Relee y busca excusas. No va a incluir el fragmento en la novela, pero no sabe seguir: Jonás no está escuchando al lenguaje. Rememora, con la seriedad de quien lee en una lápida, lo que los críticos golpearon como indiscutible. Eso es lo que le frena. No atiende a la verdad. Cuarta diferencia entre el escritor y el que escribe: el escritor solamente escucha sus propias palabras. Nunca se para a preguntar a alguien cuál es el camino correcto.

Pero lo que ha visto en el metro es el mundo, más valioso que la novela o tal vez una nueva novela. Volvía a las nueve de la mañana después de pasar la noche en casa de unas amigas. La borrachera terminó hacia las seis y el resto había sido un ir y venir de los ojos por los cuerpos vestidos y de los oídos sobre las notas de música. Estaba muy cansado, casi durmiendo, el metro parecía viajar por el interior de un algodón negro.

En el vagón encontró a la gente que va al trabajo y a una madre con su niño en brazos. En su cuaderno escribió que no parecía un niño y estuvo un rato reflexionando. La criatura tenía una expresión humana en la cabeza del tamaño de una naranja. Los ojos estaban muy abiertos y miraban locos en todas direcciones. No debía llevar en el mundo más de una

semana, se dijo echando torpes cálculos, pensando que esa cabeza crecería rápido, sería muy pronto demasiado grande para haber salido por donde había salido. Quizás conservase todavía la ceguera de los fetos.

La cabecita brotaba de un aparatoso abrigo de colores alegres que mantenía el cuerpo rígido y aislado. Le pareció un astronauta flotando en los brazos de su madre y mirando el planeta al que ha llegado con asombro y horror. Jonás se dio cuenta de que la gente miraba recién despertada al bebé.

Los bebés le recuerdan a Neil Armstrong pisando la inhóspita superficie lunar. Absorben con los ojos ese mundo helado donde no se sobrevive más de un día, tan arraigados sentimentalmente como para abandonarse, pero deseando en lo más íntimo volver al vientre de la nave, despegar en dirección al cálido planeta materno. Cada bebé quiere volver a penetrar en los suaves intestinos de su madre. La fascinación de los ojos abiertos deja entrar las visiones de un mundo anciano y deformado y da paso al pánico. Y el bebé había empezado a berrear sin voz, como si alguien lo asfixiase con un cojín invisible.

En el vagón, los ojos miran abiertos, indescifrables como la arena plateada de la superficie lunar. Ojos mucho más antiguos, de una vejez geológica para el nuevo habitante.

Esto, en la libreta de Jonás, tiene mucho sentido. Mira con desprecio su novela, extensión de páginas de frío siberiano. Error evidente en el tono, una crítica que no debe repetirse. La cuarta diferencia, acechante, amenazando. Tiene que arrancar la página o volver a empezar, pero el ánimo se escapa por un desagüe. Desvelado, intenta convencer al sueño, pero es de día, ya se ha ido. De la noche en vela tiene imágenes de



una chica tachada en la agenda: María, la sensación de una música que sonaba a su alrededor, Alf yéndose a sentar y resbalándose hasta el suelo. Se habían reído, recuerda. Ahora está tumbado. Entra demasiada luz por la ventana. La cuarta diferencia no deja de mirarlo mientras trata de permanecer con los ojos cerrados.

Qué manía, ésta de escribir. ¿Qué ocurrió a Yleej Matrou? ¿Por qué nadie vivo lo ha leído?

Jonás ha pensado en dejarlo mil veces pero nunca encontró una solución alternativa. Escribir es algo a lo que se busca remedio constantemente. Sin embargo las segundas oportunidades siempre triunfaron frente a las segundas opciones. Cuando llegó a Madrid conoció a otros que lo hacían mejor, pero vio también derrumbarse torres que parecían indestructibles. Jadeó y se detuvo solamente para volver a levantarse. La meta es simplemente obsesión. La constancia es una forma más de llamarse tozudo. El éxito está en el azar, y esa fuerza no perdona ni comprende. Siempre hacia delante, porque en la inmaculada superficie del mundo no es posible encontrar otras señales que no sean las que uno clava. La frustración llegaba y mordía pero nunca se quedó suficiente tiempo. Tampoco la fuerza para seguir.

Lo dice Schnitzler: durante la juventud caemos en el error de ver algo definitivo en el problema. Simplemente hay que sentarse y esperar. Jonás se impacienta, parado ante el ordenador. Los dedos están quietos, las yemas pegadas con sudor a las letras. Igual que no ha podido con María ni con Rebeca ni con Margarita, nombres tachados, escalones para el éxito inalcanzable cuyo nombre es Irene y cuya torre está por encima de ella, igual que se han perdido los signos en

su conversación y no ha sido capaz de llevar las cosas a término, le pasa con la novela. Corrige palabras, donde ponía «hubiera» borra y escribe «hubiese», donde plural reduce a singular, y cambia la sintaxis de orden, y cambia de orden la sintaxis, y de orden cambia la sintaxis y se convierte todo en lo mismo: error, basura, páginas sucias.

Un descanso. El cerebro pide un descanso y resbala y cae negándose a andar. Releer en momentos de inseguridad hunde más y más la página en el barro. Quiere tumbarse, escuchar música, tirarse del pelo y reír. Eso que llaman pereza es más horrible: la resaca implacable de la mente.

*El bosque es antiguo pero no tiene todavía clara su venganza.  
Tan enmarañado está su rencor.*

Rocío, tú le has dado un beso. Te has alejado dándote la vuelta, risueña, mirándolo para que te siguiera mientras él permanecía quieto. ¡Qué guapa eres! Has lanzado otro beso con tu bonita mano, te has dado la vuelta y, resignada, has echado a rodar acera arriba con tu moto. Jonás ya marchaba en dirección contraria. No volverá a verte, piensa, no le apetece. Sólo llegar a casa, tachar y dormir. El camino es largo.

No hay nada más triste que la Gran Vía un miércoles a las cuatro de la madrugada. Jonás piensa en su infancia de camino al bus nocturno. Qué hubiera sentido si de pequeño lo hubiera dejado allí en medio su madre. Lo ha dejado ahí en medio. Es una calle llena de putas y coches y hasta llegar a casa estará así de solo, como ahora. Rocío habrá llegado a su piso en Cuatro Caminos, habrá cerrado la puerta. Uno quiere estar solo, pero se sufre. Más tarde, cuando llegue a casa, se alegrará de no estar con Rocío. Se sienta a su lado una

mujer en la parada del autobús. Quisiera, estaría dispuesto a pedirselo, *llévame a mi casa*, dejar que lo cuidase hasta dormirse y luego dormir mientras ella desvalija todo.

Podría dar un grito, berrear, volcar un contenedor, tropezar y agarrarse a una farola, espetar a quien pase que es por su culpa, insultar a las parejas, temer a las putas y meterse con ellas desde algo más lejos, tirarse delante de un taxi a morir, escuchar el frenazo, huir del taxista y solamente lo mirarían como a un borracho. En la casa de sus padres la luz seguirá apagada a seiscientos kilómetros de distancia.

Borracho y solo en Gran Vía un miércoles a las cuatro todo parece demasiado tremendo como para respetarse. Las palabras y él se igualan en patetismo. La misión no es escribir, es llegar a casa y esperar al día siguiente. Mañana no estará tan solo: habrá al menos alguien que le ponga un café en un bar.

Pasa un perro corriendo hacia Montera, y todo el cariño que el perro ha dado durante el día no le sirvió para construir una casa.

Piensa en Irene y en Rocío.

Llegar a casa es la misión.

Dormir sin la obligación de acariciar una espalda.

Jonás abre despacio los ojos y mira su mesilla, el libro de Yleej Matrou conseguido, el despertador marcando una hora remota de la noche que no logra identificar. Una luz sobrenatural, luz morada, luz de vena que corre bajo la pálida piel se filtra desde la ventana para trazar su alfombra fantasmal en la habitación. Entonces siente en la nuca un soplo que

desconcierta y asusta, un ligero aliento cálido que se hiela en el sudor del nacimiento del cráneo. Queda en esa posición hasta que el bufido vuelve a llamarlo y al darse la vuelta Irene aparece en la cama, junto a él como tantas otras veces. Tiene los ojos perfectamente abiertos, la respiración que le ha llamado a darse la vuelta hincha despacio el pecho donde los senos se apelmazan como lana recién esquilada. Está desnuda, mirándolo, Jonás observa su cuerpo, sonrío. Los labios de ella dibujan muy lentamente una inexpresiva sonrisa, invitación y aviso. Hola, murmura él, y va a tocarla pero Irene lo detiene, agarra fuerte sus muñecas. Intenta soltarse pero ella sigue sonriendo, así que Jonás, pese a que la mujer aprieta con la fuerza de un torno, trata de sonreír. De improviso, ella guía las manos de Jonás hacia su pecho desnudo muy lentamente. Jonás estira los dedos, la mirada fija en los pechos, en su temblorosa agitación. Queda poco, queda menos, ella quiere llevar las riendas de las manos hasta el festín erótico, Jonás siente una erección insoportable, se agita sin que ella acelere el acercamiento y ya casi ha llegado pero no los alcanza todavía. Al rozarlos con las yemas de los dedos, un dolor traspasa los brazos de Jonás. Ella, sin dejar de mirarlo a los ojos, como si quisiera pedirle algo, como si tuviera algo muy importante que decir, sencillamente parte los brazos, arranca las manos por debajo de las muñecas, no hay sangre, los brazos quebrados de Jonás son como ramas que se agitan por el sufrimiento del rayo que las parte. Un tropel de hormigas rojas brota de las heridas abiertas y corre cubriendo las sábanas, crujiente ejército que al instante, a la señal de un ejemplar de enorme cabeza, se dirige al cuerpo de Irene. Corren, corren sobre ella y abarrotan su piel en gruesas capas palpitantes. Jonás trata de limpiarla pero sus brazos son tocones partidos y las astillas desgarran la piel de Irene y las hormigas penetran por las heridas. Y cuando Jonás empieza a gritar, los ojos de ella son la

única parte visible, clavados en él con una palabra no pronunciada, ojos fijos por los que ni una sola hormiga se atreva a caminar. Como si fueran ojos de agua. Ojos cubiertos de lágrimas.

Ella le dice:

Entonces, si dices que el sexo no es para ti, yo me voy.

Se llama Vanesa. En la agenda, cuatro nombres por tachar incluyendo éste.

Jonás se queda pensando en la v y responde:

Esa es la típica cosa muy femenina... Como las varices.

Ella empieza a reírse, le pega en el hombro. Un golpe de instituto, con los nudillos.

Parece que la cosa marchaba bien pero después han divagado. Vanesa es una aventurera. Le ha contado a Jonás cómo una vez, en un ascensor antiguo, abrió la puerta en mitad de dos plantas y acabó follando con un desconocido. Miente tanto como él, y les gusta. Él ha contraatacado hablando de sus juegos con una chica en el cuarto de baño del trenlitera. Era en un viaje de estudios, los profesores no les dejaban dormir juntos y se encerraron en el baño de otro vagón. Alguien llamó la puerta, la voz del profesor, pero ellos siguieron follando. Consiguió sostenerla a pulso con sus manos, colocarla sobre la pelvis mientras la penetraba, ella se agarraba a su cuello con los dos brazos y Jonás sentía su pelo mojiéndose entre los labios. El tren bamboleaba, en el estrecho cuarto de baño todo era aparatoso y molesto pero ella estaba tan loca que mantenerla en silencio fue lo más difícil. Cuando salieron, el profesor estaba todavía esperando. No los dejaron solos en ningún momento más del viaje, y eso fue lo que los mantuvo encendidos y muertos de sed.

Ella ha estado sonriendo todo el tiempo mientras él contaba su anécdota inventada, pero Jonás ha percibido que algo no le estaba gustando. Que las palabras venían bien envueltas pero algo en ellas envenenaba a Vanesa. Por alguna razón pasan del ejemplo a la teoría, siguen hablando, siguen cayendo las palas de tierra sobre el ataúd.

Poco a poco se enfrían. Él no pide otra cerveza. Ella no le pide que la acompañe a casa.

Pero ya no está decepcionado. Al menos, montado en el taxi, Jonás tiene un buen diálogo para meter en su novela. Está en su cuaderno. Siente deseos de llamar a Irene para contarle la historia que se dispone a escribir, pero no debe desperdiciar sus energías. Lo tiene, será transcribir del cuaderno a la pantalla blanca algo que quizás sea subrayado por sus lectores una vez que termine el libro y consiga publicarlo.

Jonás está muy contento. Corre por las escaleras para sentarse a escribir. Tiene la hebra, sabe que ahí está el momento de la inspiración, en la certeza, en la apetencia viva de escribir.

*Nubes tan cargadas de tormenta que al pasar arrastran lentamente los tejados.*

Jonás es el que está llamando por teléfono. El narrador, ese soy yo. El narrador de un escritor es la voz que habla su propia lengua y conecta con su pensamiento. La quinta diferencia: uno que escribe busca las voces y parece que sintoniza una vieja radio. En el mismo momento al escritor vienen hablarle al oído las voces adecuadas. La inspiración: ausencia de excusas para escribir. No existe ese objeto codiciado, existen los inútiles. Abeja, narrador, voz, esto soy yo: la novela que le gustaría escribir a alguien.

El teléfono no le devuelve a Jonás ninguna voz. Ha ido directamente al último nombre de la agenda tachando otro que había antes porque de alguna forma ese último nombre, Yolanda, tu nombre, es el nombre al que quería llegar. Hubo algunos otros, se encontró con las mujeres que significaban los nombres y sufrió las decepciones. Pero este nombre de Yolanda, tu nombre que siempre le ha horripilado, que parece pensado para designar a una mujer despreciable, está asociado a un recuerdo prometedor. Eras una mujer alta, delgada, de cuello largo, estilizada y deseable como un lápiz nuevo. Te conoció hace años en un festival de baile al que asistió obligado por una ex llamada Carolina. Carolina pretendía que Jonás disfrutara con una disciplina artística que él aborrecía. Jonás encontraba en la danza una sucesión de movimientos pretenciosos porque no entendía el cuerpo. Podía respetar incluso el teatro, pero los coreógrafos le parecían ególatras, antiguos bailarines acostumbrados a exhibir su cuerpo como una obra de arte. Nunca consiguió encontrar sensibilidad en los espectáculos a los que fue con Carolina. Sensibilidad: forma más humanizada de la inteligencia.

Cuando Jonás asistía a los números de danza contemporánea, su sensibilidad sólo se activaba con la belleza animal de las bailarinas en unos pocos momentos: cuando descansaban, cuando calentaban tendidas en la pista sus asexuados músculos, estirándose, y cuando saludaban tímidas y agradecidas al final. Uno de esos animales elásticos era Yolanda, argentina, 23 años. El pelo cortado como un casco resaltaba la forma perfecta de la cara. Se había mantenido bella incluso bailando.

Al salir del festival de danza se la encontró por la ciudad tomando copas. Carolina estaba hablando con un coreógrafo. Se acercó a la bailarina y poco después consiguió su número.

Durante la breve conversación, repleta de signos prometedores, le pareció que actuaba con él de la misma forma que con el aire: atrayéndolo y apartándolo de su cuerpo suavemente.

Ahora sólo quedaba ese número. Quería decirle que le habían operado de la cabeza y que estaba bien. Quería verla y que ella dijese: estás muy guapo. Pero el teléfono devolvió una desconcertante sucesión de tonos más cortos que el de llamada en curso, señal de que el apéndice que lo había unido a la bailarina durante más de tres años se había atrofiado por desuso, y finalmente estaba arrancado. Si la hubiera llamado antes... ¿Dónde te has metido? ¿Quién se abraza a tu cintura, con qué tango, cuántos años tiene?

Jonás tenía ante sí una agenda sin números. Los contó, trató de recordar cada uno de los intentos, de las puertas que al abrirse volvieron a mostrar a Irene en la nueva habitación, sonriente, irónica. Veintiocho puertas cerradas.

Jonás decidió que alguna de estas cosas podía escribirse. Veintiocho puertas cerradas. La pantalla en blanco de *documento3.doc* acogió esas tres palabras. Sustituyó el veintiocho por un 28 y seguía pareciéndole una mala frase. Escribió la palabra tormenta pero se preguntó si no sería demasiado reminiscente. La reminiscencia: el cáncer de las palabras. La palabra tormenta está muerta de cáncer, recuerda a los románticos polvorientos del XIX, a Frankenstein, a cumbres borrascosas. Su sentido está asesinado por la literatura, como el de la palabra tempestad. Palabras en las que los escritores enormes inyectaron su semilla de muerte.

Trató de continuar pero algo había fallado. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que realmente estaba más triste por el exceso de tinta que por la falta: la agenda tachada, veintiocho



nombres de mujeres asociados a sus números con furibundos o desdeñosos tachones encima. Si Irene no fuera tan reacia a acostarse con él, la llamaría. Comprendió que esto es en realidad estar solo: negarse a llamar a los que quedan.

En el espacio hay planetas girando en torno a su soledad. Planetas enormes, congelados, astros de colores venenosos, cristalizadas superficies que se extienden en su inmensidad sin encontrar un solo aliento, sin perdonar un aliento, colosales cordilleras de piedra que reciben la luz de una lejana estrella y no hay nada más. Hoy han descubierto un nuevo anillo alrededor de Saturno, viene en el periódico. La madre de Jonás le ha llamado para decir que su prima ha muerto. Era muy pequeña, estaba aprendiendo a andar. Descubrieron un tumor en su cabeza, como el de Jonás, enano, bolita de carne tras la tierna cara, tras el llanto infantil que es la frustración por no poseer palabras. Han descubierto un anillo inmenso, un anillo de doce millones de kilómetros, película de polvo como el cerco de un vaso sobre cristal, flotando en torno al impasible cuerpo celeste, ha sido un descubrimiento celebrado, ha sido mejor que encontrar una vacuna, mejor que el nacimiento de un hijo, lejos, lejos la celebración y algo más cerca el descubrimiento y el dolor. Su madre le ha llamado para contárselo, voz de no pasa nada, palabras medidas para encajarse en una nota adhesiva, ha muerto, estaba aprendiendo a caminar. Sus hermanos jugaban poco con ella, el médico había dicho meses atrás que el más leve contacto podía matarla, que su estado era débil, le abrieron como a Jonás la cabeza, sacaron un poco y otra parte quedó dentro, cerraron la cabeza y la niña dormía, hablaron del peligro, redactaron los informes astronómicos, compusieron la cartografía estelar y lanzaron el rayo certero con un telescopio, la niña dormía, vieron una mancha, una

aureola rojiza en torno a Saturno, en la lejanía se adivina un disco, los científicos se alteran y la niña sigue durmiendo, y el médico sale al encuentro de su tío y no se altera, y le dice que no está dormida, y hay un anillo inmenso girando en torno a Saturno, y hay un anillo o quizás dos y ya no hay niña.

Y su madre le dice que ha muerto. Inmenso disco, invisible, suspendido en la lejanía. Jonás vivió. Niña o Jonás con el anillo. Niña o Jonás, diminutos cuerpos colgados del hielo espacial. No se siente afortunado, ¿y tú, niña, cómo te sientes? Pero ha muerto sin saber hablar. Las letras de su esquila son las primeras, las últimas. Y no se siente afortunado. Cuando descubren el anillo, el anillo se mira y se descubre. La existencia de un cuerpo inerte y giratorio, de un cuerpo longitudinal, milenario, indeleble, comienza hoy para nosotros. Y la niña ¿sabía que existía? ¿Qué telescopio será el que se lo diga? ¿Cuántos miles de años pasarán?

Y Jonás está escribiendo. Siberia penetra en sus huesos, adentro, incolora, como el cáncer. Ésta es la sexta diferencia entre el escritor y el que escribe: el escritor da de beber a la palabra la sangre de su propia herida.

La séptima diferencia entre el escritor y el que escribe: Para construir la metáfora perfecta, el escritor se fija en lo que hace y lo aplica a lo que está pensando. Mientras, el que escribe, pulsa nervioso las teclas de la imaginación.

El dueño del bar miraba a los clientes como si fueran ganado saliendo del camión. También a Jonás, pensando que era de los que llenan el vaso hasta que rebosa y luego no pueden beber sin derramar el líquido.

Entonces suena el teléfono. Jonás está dormido, son más de las dos de la tarde. Poco a poco, el timbre musical lo intranquiliza. Alcanza el aparato y comprueba aterrado que se trata de Pablo, el editor.

Va a notar que estás dormido.

Va a pensar que eres un inútil.

¿Cuántas horas lleva despierto el editor mientras tú dormías la borrachera?

¿Cuántos manuscritos de mierda ha hojeado antes de coger el teléfono para llamarte?

Sea como sea, hay que descolgar.

¿Sí?

El editor tiene una voz tranquila. Le hace preguntas sencillas de las que Jonás apenas puede desembarazarse. ¿Qué tal estás? ¿Qué has estado haciendo este tiempo? Preguntas complicadas para alguien recién arrancado del sueño. Quizás porque interpreta como distancia su diabetes mental, el editor se disculpa por su larga ausencia. Jonás le suplica que no se preocupe, se ha incorporado, está en calzoncillos y a su alrededor el cuarto es un vertedero de ropa sucia.

Estamos cerrando la contabilidad, Jonás, y quería pasarte el informe de ventas de tu novela.

Ajá.

¿Sigues teniendo el mismo correo electrónico?

¿No recibes mis mails?

Uf, no sé, ya sabes que estamos siempre hasta arriba.

Sí, tengo el mismo correo. No importa, de verdad. El mismo de siempre: *jonasmrq@gmail.com*.

Sí, lo tengo por ahí. Pues te paso el informe, y cuando lo leas envíame tu número de cuenta para que podamos pagarte.

Claro.

Te lo paso esta tarde sin falta.

Cuando puedas.

¿Todo bien, entonces?

Sí... Bastante bien, trata de convencerle. ¿Te has enterado de lo del anillo de Saturno?

No, estamos hasta arriba. Tengo que colgar, de hecho. Bueno, si te va bien, genial, macho. A ver si nos vemos pronto. Un abrazo.

Otro.

Cuelga. Cuelga Pablo. Cuelga Pablo y Jonás mira el teléfono. Como si fuera a sonar otra vez.

El resto del día se divide entre la desolación y la impaciencia. No le importa cuánto va a cobrar ni el número de ejemplares vendidos. Le importan las carencias de la conversación, que recuerda palabra por palabra, que repite y analiza al detalle durante todo el día. No come, no sale. Fuma y fuma. Revisa el correo. No llega nada. Hacia las nueve de la noche está tan abatido que ya no siente angustia. Simplemente se autocompadece, se repite: ¿qué más te hace falta? Ya no le

interesas. Ni siquiera lee los mails. No ha preguntado qué estás escribiendo. Nada que hacer... Estás acabado.

No duerme, ni sale. Pasa la noche entera jugando al *Exxagon* por internet, revisando sus fotos de la universidad, repasando su novela publicada en la que todo le parece absurdo y reiterativo. De tanto en tanto abre el correo, a las dos, a las tres, a las cinco de la madrugada. A ratos recuerda su ingenua alegría cuando recibió una llamada de ese mismo número, que todavía era cifra virginal en la pantalla de su móvil, y le dijeron que iban a publicarlo. Que querían contar con él. De qué sirve. Quizás las ventas hayan sido todavía peores de lo que se imaginaba.

Al día siguiente, de improviso, aparece el mail de Pablo en su bandeja. El editor se disculpa por haber tardado tanto, pero no dice nada más. Hay un adjunto en *excel* que se llama «Conclusión comercial». Tarda mucho en descargarse, presiona a la máquina, lo intenta varias veces y el correo se colapsa. Ejercicios de respiración. Finalmente puede verlo. Hay varias columnas con números decimales, porcentajes, conceptos extraños que no comprende, pero en la parte de abajo algunos datos claros:

Ejemplares no devueltos de librería: 214

Ejemplares devueltos a almacén: 32

Ejemplares prensa: 80

Depósito editorial: 474.

Beneficio para autor: 342,40 €.

Este día, por supuesto, tiene también muy poco que contar. Un simple detalle: la desazón de Jonás no se convierte en llanto, sino en partidas al *Exxagon* por internet. Toda la tarde. Toda

la noche. Se acuesta a dormir cuando las cifras han perdido por completo su carga de sentido.

Cigarrillos en las últimas 24 horas: 47

Horas de juego a *Exxagon*: 2,45

Llamadas de su madre (sin respuesta): 12

Páginas escritas sin sentido: 8

Estaba (Jonás) demasiado abatido para responder a la insistencia de Álvaro. Álvaro era un economista que investigaba para una universidad. Pese a ello, Jonás lo consideraba brillante. Era un tipo con manías extrañas. Quizás por esto Jonás, a las nueve de la noche, cambió de idea y fue a su encuentro. Podía distraerle el ánimo.

Álvaro pasa varias horas al día viendo explosiones nucleares en *youtube*. Tiene una videoteca enorme de ramilletes atómicos. Cuando Jonás fue a su cuarto de la residencia de investigadores, Álvaro se entusiasmó enseñándole sus últimos hallazgos. La bomba Tzar, la más poderosa explosión atómica generada por el hombre. 50 megatones. Jonás le preguntó a Álvaro qué cojones es un megatón.

Muchos kilotones.

¿Y qué es un kilotón?

El equivalente a una tonelada de dinamita. Son magnitudes que sólo se usan para las armas nucleares. Cada kilotón extra equivale a unos pocos gramos más de material fisible. Conlleva meses de investigación aumentar la capacidad de esas bombas un par de megatones.

Entretanto, con un fondo de música de Brahms, unos científicos ultimaban los retoques de una enorme ampolla metálica. Un avión despegaba con eso pegado a la panza, como una garrapata. Poco después el hongo aparece, redondo, azul como una supernova. Álvaro miraba la pantalla con una sonrisa de orgullo en la boca.

Es espectacular...

Siempre me pregunto por qué un economista como tú, tan obsesivo con su proyecto de refundación del sistema financiero, tiene esa manía de ver explosiones destructivas por internet.

Los economistas somos una especie laica y antropocéntrica, en general. Para mí el hombre es una criatura con poder para reconfigurar la realidad. Conseguir la extinción de especies es algo prodigioso que ha sucedido constantemente en la historia natural. Es algo grandioso, difícil, que cambia el ecosistema, tanto como una migración o la aparición de un nuevo primate. Algunas especies de depredadores lo han conseguido, y gracias a eso existe la evolución. Pues el hombre es el único que se reprocha a sí mismo borrar especies del mapa. Es ridículo. Crear es algo que podemos hacer nosotros y un animal medianamente disciplinado. Las hormigas, las abejas... estamos hartos de oír a gente que dice que aprendemos de ellas. Pero en cambio nuestro poder de destrucción es acojonante, y eso es nuestro solamente. Las termitas echan abajo una casa porque comen madera. La marabunta arruina los campos porque tiene un hambre de la hostia. Pero fíjate en esta bomba. Le pusieron Tzar por Alejandro I. Sólo sirve para destruir, es la cosa más destructiva que hemos hecho, y no sirve para ninguna otra cosa.

El equilibrio atómico es fundamental para la paz...

¡Déjate, cojones! Está claro, está clarísimo, no estoy hablando de eso. Me da igual que sea un arma preventiva, que nunca vaya a usarse. Tiraron esa cosa en Siberia. Hay un cráter del carajo. La radiactividad se multiplicó por cien mil. Lo registraron los sismógrafos de la otra punta del planeta. No se trata de tener cerebro para no usarla. Se trata de crear una cosa así, organizar un test nuclear en medio del hielo y alejarse para ver cómo explota.

Antes de terminar de hablar ya estaba buscando más vídeos. Encontró algunos más, explicó a Jonás las características de cada una de las bombas mientras Jonás bostezaba. El entusiasmo se había contagiado hasta cierto punto durante unos minutos, pero en el cerebro de Jonás la cifra reptaba hasta la superficie. 214 ejemplares vendidos. Aprovechó una pausa de Álvaro para interrumpir su lista de reproducción.

¿Sabes cuántos libros he vendido? Di una cifra.

¿Cuánto es lo normal?

Vaya pregunta. En España... ahora mismo... No sé, sí que puedo decirte cuántos esperaba vender.

Bastantes más, por la cara que tienes.

Jonás miró al techo y a su alrededor, se le escapó un bufido.

Esto es desolador. Me han pasado hoy un *excel*.

Está bien. ¿Mil ejemplares?

Joder...



¿Ochocientos? ¿Más o menos de mil?

Trescientos.

¿No es muy poco?

Gracias.

Álvaro mira a Jonás fijamente, reprobando algo. Acosado, pregunta: ¿Qué pasa? El otro parece darle un par de vueltas a la respuesta antes de empezar a hablar, y cuando lo hace, su voz no es la misma que cuando veían explosiones en el ordenador:

Pasa que yo soy el economista y tú el escritor. Te han pasado un *excel* y no paras de darle vueltas al asunto.

No entiendo.

Pues yo te lo explico. No te obsesiones por un *excel* y sigue preocupándote por lo que pasa en el *word*. Qué más te puedo decir.

Gracias. ¿Sabes que han encontrado un anillo nuevo de Saturno? 12 millones de kilómetros.

Joder, qué guay.

Poco después Jonás está en casa. Mira el *excel* y la cifra, mientras el *word* sigue guardando automáticamente un archivo que nadie va a leerse.

¡Nieve! Está nevando en Madrid. Ha estado nevando toda la mañana y cuando Jonás se ha despertado y ha abierto la ventana, la calle parecía una cama recién hecha.

Ha ido a hacer café. La cafetera es la amiga del invierno, el olor tostado cuando el agua hirviendo penetra el grano molido impregna toda la cocina. El fondo del patio de luces es una pequeña tundra cuadrada, y la ropa que ha dejado una vecina colgada de las cuerdas llenó sus bolsillos de nieve.

No quiere pensar en la cifra que vuelve una vez y otra a la cabeza. Los tres dígitos son los pilares de la ruina. La editorial habrá perdido dinero con él. Recuerda cómo pensaba que su novela tenía posibilidades de éxito comercial. Ahora percibe a los lectores vagando entre los estantes de la librería, alguno echa una ojeada a la cubierta de su libro, luego lo abre para ver qué pinta tiene y al final lo deja sobre el mostrador y sigue mirando otros libros. Rodeada de obras maestras y libros de moda, su novela es como un perro congelándose en la nieve.

Atraviesa la plaza un viejo cargado con dos bolsas. El abrigo oscuro y la boina están cubiertos de copos limpios, y el viejo camina poniendo el pie cuidadosamente en cada paso, quizás el suelo esté resbaladizo. Entonces, uno de los niños dispara una bola de nieve contra su cabeza. El viejo deja caer las bolsas y está a punto de venirse al suelo, pero en el último momento recupera el equilibrio.

¡Serán cabrones...!, se le oye mascullar, y entonces lo alcanza en el pecho la segunda bola. El viejo se lleva allí la mano, tiene la cara contrariada, no debe saber si duele la mano o el pecho. La compra sigue tirada en el suelo, se le oye toser un poco, los niños han huido corriendo y riéndose. Una señora se acerca al viejo, que intenta tomar aire.

Estos niños son unos cabrones. Le han tirado dos piedras.

Era nieve... murmura el viejo, mientras recupera del suelo las bolsas.

Le han metido dentro piedras, dice la señora.

Entonces el viejo sonríe. Jonás escucha desde la ventana cómo se ríe débilmente, pero no sabe si con rabia o con complicidad. Dice algo que no se entiende bien, a lo que la señora responde asintiendo. La expresión de ella está entre la indignación y el morbo.

Animales, gruñe finalmente, y recupera el paso, ahora más rápido y decidido.

Jonás quiere llamar a Irene para contárselo, pero piensa que quizás sea mejor escribirlo. Lo intenta: “aquí nunca verás a dos niños tirar bolas de nieve. La respetan y la quieren como a una abuela. Los vio nacer”. Todo cuanto pasa a su alrededor siente que debería ir al papel. Sorbe lentamente el café caliente y echa otro vistazo para cerciorarse. Las palabras no dicen nada, se congelan.

La plaza está enterrada en el blanco, solamente la estatua y un par de arbustos sostienen su color oscuro bajo el peso de la nieve. Jonás observa su manuscrito informe, lo que llama novela. Una novela a medio hacer: una recóndita plaza del lenguaje repleta de estatuas oscuras que quiere alcanzar el deshielo. Una plaza bonita o fea, vieja o moderna. Cuántos la transitarán es algo que no se sabe. Doscientos catorce. Tiene que derretir la página en blanco para dejar que broten en ella las palabras, congeladas, ocultas incluso para él ahí debajo.

Pero hay hierros bajo la nieve. Hierros que esperan a la carne sin que la carne los presente. Doscientos catorce. No

quiere contar siquiera a Irene lo que ha visto. Matar palabras en el tedio, olvidar, dejar que el café y la tarde borren todo. Sacrificios ante la cifra que sigue inflexible, mirando fríamente a su cerebro.

La tarde pasa y va recuperando la calma. Ya no sufre. Al caer la noche Jonás ya es la nieve que se amontona sobre los árboles. “No quiero verte hasta que no seas mi mujer.” No llega a enviar un mensaje a Irene. La llamará, para hablar de cualquier otra cosa. Hablar es ocultar las palabras con la boca.

Ese mismo día termina por llamarla, y ha colgado cuando Irene ya no hablaba más, cuando se hacía la muerta y Jonás tenía que acarrearla con la conversación de un lado a otro, llevando todo su peso encima.

Por eso Jonás ha dejado de hablar con Irene. Ha empezado saludándola y preguntando qué tal. Ella estaba comunicativa. Jonás le ha dicho que ha estado con Álvaro. Ella: ah. Le ha explicado que Álvaro es feliz viendo la bomba atómica en Internet, y ha intentado sacar de ello una conclusión que la entretuviera un poco pero se ha quedado a medias, esperando alguna respuesta. Irene no ha dicho nada. No quería decirle lo de la prima, quería reservarlo, pero Jonás ha escuchado ruido, ella debía de estar en algún bar, rodeada o acompañada, quizás con alguien. Indeterminación. Ha tratado de sacar algún tema. ¿Las piedras en la nieve, la prima, la cifra? Le ha dicho que Álvaro tiene suerte porque la búsqueda de bombas atómicas le divierte y le apasiona, y que él en cambio sólo tiene una novela y no le divierte, y lo más parecido que siente a una pasión es el sentimiento de culpa si un día, por hacer cualquier otra cosa, no ha escrito. Ha escuchado cómo Irene

tapaba el teléfono con la mano y decía a alguien que era sólo un momento y entonces, cuando ella ha intentado zafarse de él, Jonás suelta: me ha escrito el editor.

Se ha sentido obligada a hacer lo que no quería hacer. Se ha sentido obligada a preguntar, y él sabía que sus palabras serían como invitados que no se marchan al terminar la cena. Por eso ha querido ser sincero, y las palabras han sonado demasiado exageradas.

He vendido 214 ejemplares, Irene. Estoy fatal.

Ha tenido que dejar de caminar, porque estaba caminando. Estaba moviendo los pies como si la persiguiera calle arriba. Ella ha tenido que dejar de callar, ha preguntado, y Jonás ha vuelto a percibir que esas palabras de Irene querían ser las últimas. Ella quería dejarlo solo, pese a todo. ¿Y qué importa? Debería haberla expulsado hace tiempo, la amistad entre el hombre y la mujer es un animal que al dejar de crecer está muerto.

¿A quién te estás tirando?, pero no lo ha preguntado. La ha escuchado resoplar.

A mí sí me parece poco.

Bueno...

Mi prima se ha muerto, tenía lo mismo que yo, pero ha esperado, silencio. Irene dice:

Mira, ¿a cuántos conoces de esos 214? Sin contar con los libros que regalaste, ¿cuánta gente lo habrá comprado porque te conoce?

214 es una puta mierda. La editorial me va a dar una patada en el culo.

¿Qué más te da? 214 es un huevo de gente que no te conoce y que te ha leído.

No es una reunión social, son ventas de un libro. ¿Qué cojones importa que...? Pero ella ha vuelto a decir a alguien que era sólo un momento. Jonás ha esperado.

Unos niños han escondido unas piedras en la nieve y se las han tirado a un viejo.

¿Ah sí?

Delante de mi casa.

Oye, te tengo que dejar.

Y han colgado. Sigue girando el inmenso disco de polvo, tan lejos como la prima, como Irene. Nada le importa de este lado del teléfono porque algo le importa demasiado del otro.

Pero algo hay que hacer si la agenda no ha funcionado y al tocar la Z el plan se desvanece y se cierra sobre sí mismo, porque ahora el teléfono vuelve a ser el hilo de sangre eléctrica entre la boca de Jonás y el oído de Irene. Lo ha intentado todo, ya no puede escribir más, un tornillo de ansiedad estrangula la nieve y transforma el desierto blanco en uno pedregoso. Camina ahora por la calle trazando una línea de puntos en los que se detiene a fumar o descansar, mira con anhelo a las mujeres que se cruzan, algo pide, algo les pregunta en silencio, a dónde se dirigen, con quién comparten la voz y el vino, algo se pregunta, cuáles son los defectos más ocultos y horribles, los cambios de humor y los lunares replegados bajo el abrigo

de magnéticas curvas, en qué gastan el dinero, y todas pasan mirándolo un instante primero y último y sabe que esa mirada es la mentira, que Irene lo miraría igual si él fuera un desconocido que se cruza con ella, que así mira a los desconocidos y uno de ellos será el que se la arrebate.

Pero no es suya y debe serlo, ahora está parado ante el escaparate de una zapatería donde unas botas negras se distinguen entre las otras igual que los pies de Irene existen para que los otros se hundan en la arena. Son botas contundentes, de punta afilada y tacón delgado, tras un cálculo mental entra en la tienda y las compra, las paga apresuradamente dando el crujido final a su agonizante cuenta corriente, después sube a un taxi y ya sólo quiere desembarazarse de las botas, a través de la calle que corre tras los cristales como una única pared de carne y piedra.

Cuando llega a la puerta de Irene y toca el timbre tiene la sensación de triunfo guardada en la caja de zapatos, sin pararse a pensar, es el jugador que suelta sus últimas cartas de fortuna con impaciencia y antes de culminar la jugada, esas botas, razona, serán una dirección en los pasos de Irene, serán las que se froten en su felpudo y caigan a los pies de la cama cuando estén juntos. Una puerta se abre. Irene le da un beso y lo invita a beber, le pregunta por qué sonrío de esa forma y la impaciencia es una rueda dentada girando en su estómago, las manos le tiemblan atravesadas por las termitas, y así empuja la caja hacia ella sobre la mesa. La sonrisa de Irene desaparece.

¿Qué es esto?

Jonás se mantiene en sus trece: ábrelo.

La mirada de Irene baja de los ojos de Jonás a la caja, es como si tuviera miedo de su contenido, una víscera, una bomba de relojería, así su expresión de recelo va de la caja a él. La abre despacio y extrae con cuidado una bota. Jonás entiende por sus ojos que le gustan, casi una sonrisa, pero entiende también que no acepta, la sonrisa se extingue antes de formarse.

Durante un instante que parece eterno, Jonás se lanza sobre ella por encima de la mesa, la desnuda tirando hacia abajo de los tirantes del vestido, el pecho de Irene al fin aparece para desaparecer bajo las manos de Jonás, piel suave y seca que arde sin resistencia, Jonás sostiene su rostro con la mano y acerca el aliento a sus labios.

Pero nada de esto ocurre. Y ella cierra la caja sin haberlo mirado, y aparta más todavía la vista y se levanta: no puedo aceptarlo. Él tiene ganas de matarse: tienes que aceptarlas porque son para ti. Ella mira hacia otro lado, hacia un rincón: llévatelas por favor. Pero no le está pidiendo que se las lleve, le está pidiendo que se marche. Mientras se levanta, Jonás le pide que se las pruebe. Ambos están quietos a una mesa de distancia: pruébatelas, son para ti. Ella responde: no, no son para mí, son para otra persona.

Jonás dice: si no te las quedas me las llevaré y las tiraré a la basura. Entonces ella se acerca, se para frente a él, a un beso de distancia. Murmura: no las vas a tirar, vas a elegir mejor a quién se las regalas.

Los hechos son confusos, a Jonás le daba vueltas la cabeza cuando trató de besarla y ella lo empujó, le flaquearon las piernas cuando ella lo condujo a la puerta y lo echó de casa, y sigue en este estado de excitación cuando, a varias calles de distancia, aprieta contra su



pecho la caja de zapatos y deja caer las lágrimas que hielan la cara, ardor y frío en un solo contorno.

Y Jonás está corriendo, y tal vez Irene se haya tumbado. Descalza.

No puedo escribir esto, se repite Jonás, no puedo escribir esto, lo dice negando con la cabeza, acodado en la barra de un bar, la caja de zapatos en el suelo, cómo narrar la vergüenza, el desprecio, cómo ahora eso de

*da de beber a la página la sangre de su propia herida,*

no existe ningún recurso expresivo que pueda fijar en el papel la frialdad de los ojos, la trayectoria interrumpida del beso, eterna espalda que siempre está de vuelta, no puedo escribir esto, masculla. Ha pedido una cerveza y no la ha tocado, cientos de ideas atraviesan su cerebro y escapan como aves, como balas, quemarla como a una bruja, confinarla en un inmenso estómago, la abrazaría dulcemente, quiere sentir sus lágrimas en la cara, quiere matarla, quiere casarse con ella.

La puerta del bar deja pasar una corriente, se han refugiado aquí una madre y su hija adoptiva. La niña tendrá 3 años, es china, su cabeza es enorme. Todo lo mira y su forma de andar es la de un pato. La mujer toma asiento al lado de Jonás y aúpa a la niña en lo alto de una silla. El camarero se acerca, la madre pide un café. Hay bromas que los adultos no deberían volver a repetir nunca a los niños: el camarero se fija en que la niña tiene un chupachups y dice: “¿me lo das? Te lo quito. ¿Es mío? ¿Es tuyo? ¡Ah, es tuyo!” Cualquier niño entiende esa broma, ninguno se ríe, la reacción viene ya impresa en el código genético, la especie que son los niños ha aprendido a no reír, a no participar, no tiene gracia.

Cuando madre e hija quedan solas, la niña muestra a la mujer el chupachups.

¿Qué es esto?, pregunta.

Un chupachups.

Chupachups, repite la niña, y se ensucia de rojo las comisuras de los labios.

¿Te gusta?

¡Sí!

La madre limpia a la niña con una servilleta de bar.

Le escena cae en el pozo que es Jonás y una paz inesperada lo rebosa. La niña es mona, es lista, curiosa. Un hombre saca tabaco de la máquina y la niña corre hacia él, observa la lluvia metálica del cambio y mira con expresión suspicaz al hombre que recoge el dinero. Cuando el hombre se marcha, la niña rebusca en el agujero de la máquina pero no encuentra nada. Vuelve con su madre, estira los brazos, se pega a ella, se ríe. La madre no da a esto demasiada importancia.

Jonás sale del bar con la caja de zapatos bajo el brazo. Ha tenido una idea. Una válvula se ha cerrado, mira a las mujeres, busca a una, se fija en los pies, un treinta y nueve, e Irene no tendrá sus botas y él no tendrá a Irene: pero alguien va a recibir hoy un regalo, quizás el último regalo que hará Jonás porque todavía quiere matarse, porque ahora quiere hacerlo de una forma fría, terminar primero algunas cosas, imprimir su manuscrito incompleto y dejarlo a la vista para que alguien lo encuentre, poner las botas en unos pies que las merezcan y que caminen libremente.

Una chica guapa mira hacia arriba fijamente, la boca un poco abierta, el brazo derecho en jarra y el izquierdo estirado, las piernas ligeramente abiertas. Abrigo militar y pelo rubio corto, pómulos soviéticos, pies calzados en unas deportivas sucias. Estudia la cartelera de los cines Ideal y Jonás se acerca con decisión, sin voluntad:

Hola.

Ella le observa con una extraña sonrisa, soberbia y encantadora. Tiene los ojos verdes entreabiertos, nariz triangular y labios pintados de rojo.

Hola.

¿Te puedo hacer una pregunta?

Ella sonríe más aún. La boca es breve y contundente, los dientes asoman entre los labios, un colmillo está manchado de carmín. Sí, la respuesta viene subida a una voz suave y ronca como el otoño.

¿Qué pie calzas?

Ella se ríe: ¿Por qué?, quizás piense que hay una cámara oculta en algún sitio, pero enseguida se entrega: Un treinta y nueve.

Jonás le pone la caja en las manos.

Pero bueno, ¿y esto?, pregunta la chica sin dejar de sonreír. ¿Es una broma o un anuncio?

Te las regalo, no eran para ti, pero he tenido un día muy raro y ahora son tuyas. ¿Las aceptas?

¿Qué es? No puedo aceptar.

Mi día ha sido raro porque una mujer me ha dicho eso antes que tú.

¿Era también una desconocida?

Sí.

Pausa.

¿Por qué me las regalas a mí?

Porque calzas un 39.

La chica pregunta si puede mirarlas y Jonás dice que sí. Esta pregunta le parece rastrera, ¿quiere asegurarse de que son bonitas? Después de examinarlas con ella, de olvidar para quién eran, dice:

Son muy bonitas y muy caras.

Ella mira las botas y asiente, ya no sonrío, pero al poco está sonriendo otra vez, de otra forma más íntima, más preocupada. Y está mirando a Jonás fijamente.

¿Cómo te llamas?

El sentido de esto, dice Jonás, es que tú no sepas quién soy ni yo sepa quién eres. Te agradezco que te las quedes pero nada más. Disfrútalas. Anda mucho con ellas, son cómodas.

Jonás se da la vuelta.

Espera, pide ella. ¿No quieres que te invite a un café? ¿Algo, algo a cambio?

Jonás pronuncia dulce y agotado la palabra no. Se marcha. No quiere matarse, no sabe lo que quiere hacer. Qué es lo que queda por hacer en un día así.

Quemar gasolina encima de la memoria. Jonás va directamente a una tasca donde dan chorizo, tocino, morcilla o ensalada mediterránea. Pide chorizo. De beber hay vermú de grifo, vino tinto, cerveza, alcohol en distintas botellas, cocacola. Pide alcohol de una botella con etiqueta de ron y cocacola. Después toma varias copas más. Ha quemado gasolina encima del pudor, y encuentra enseguida a quien buscaba su voluntad para no volver a casa ni a la cifra ni al pensamiento enredado en Irene. Hay nieve sucia en las calles, hay grupos ruidosos. En la puerta de La vía láctea está Alf. Están las seguidoras de Alf, que le invitan a ir con ellas a ver cómo Alf toca la guitarra y canta en una sala de conciertos y drogas. Responde sí al ofrecimiento. No tiene ganas de hablar, Alf hablará, hablará la guitarra, el bajo, el sintetizador que hace los sonidos de percusión. Jonás no tendrá que hablar con nadie.

María, Carla, Elena, Sofía. Son cuatro, poco después son más, y algunos chicos. Bailan un poco. No puede recordar los nombres de todos. Todos ríen, sin nombre, y se suceden los dígitos en los relojes porque el concierto terminó hace rato y Alf está hablándoles de algo relacionado con el técnico de sonido. Jonás los mira pero no puede entender de qué hablan. Lo invitan a cocaína y él insiste patéticamente en pagar. No quieren que pague. Será piedad disfrazada de camaradería. Jonás tiene mala cara. Es como si oliesen la gasolina ardiendo sobre la superficie indestructible del dolor, hacen su línea más gruesa sobre la tapa del váter.

Entonces todos hablan, y entonces también habla Jonás durante un rato, pero no sabe de qué. Y no sabe cómo se ha alejado un poco del ruido con Sofía. Ella le toca el brazo cuando lo que dice es más importante que lo que estaba diciendo. Retira la mano cuando espera que él hable, y empieza entonces a mirarlo con los ojos muy abiertos. Sofía sabe complacer a sus palabras y multiplicarlas a lo largo de la charla, bajo el temblor repugnante de la música. Al poco tiempo están aislados en la barra. Pueden ver a los otros y nadie los ve a ellos, todo se da por hecho. Sofía se acerca a su oído para que él pueda recoger enteras sus palabras.

Sofía es guapa. Jonás la hace reír con facilidad. Necesita cada vez más cocaína, polvo blanco cubriendo la superficie en llamas del agotamiento.

Tengo que bajar al baño un momento.

A mear, ¿no?

Sí... Pero me vas a dar tu teléfono por si te me escapas.

No me escapo. Si no estoy cuando vuelvas tendrás que salvarme. Apunta... y dame el tuyo.

Cuando vuelve del baño, Sofía está hablando con una de las otras, una chica desgarrada, rubia, nada más, ha perdido su nombre. Se ríen al verlo llegar, como si hubieran estado diciendo algo que no debe oír, y Sofía se acerca, lo abraza, dice algo relacionado con él que no es capaz de escuchar claramente, y él se paraliza, siente sus tetas duras contra el pecho, el fuego azul prendiendo la gasolina, corroyendo las estructuras internas del comportamiento.

Me ha dicho que escribes.

¿Quién?

La rubia. ¿Y escribes mucho?

Doscientos catorce, piensa. Nadie en este puto bar ha leído ni va a leer su novela.

Pero Sofía solamente sabe reír, solamente sabe complacer. Es tan buena que leería su novela si él se lo pidiera. Doscientos catorce, piensa, mirando alrededor. Piensa también en Irene, que ha vuelto a su cabeza para quedarse callada. Hay un hombre que tiene derecho a hacerle regalos, que tiene la admiración y el amor de Irene, un hombre al que, como a los ladrones, sólo conocen los compinches. Doscientos catorce. Muy probablemente él tampoco haya leído su novela. Lo imagina revolviendo los libros de Irene. Encuentra su libro, opina que la cubierta es fea. Irene se desnuda y se mete en la ducha. Para Irene, ¿cuándo dejó él de ser guapo? El hombre lee mientras tanto un par de páginas hasta que ella sale de la ducha. Le pregunta:

¿Qué es esto?

Y ella:

De un amigo.

¿Y qué tal?

Frena dolorido las divagaciones y alcanza a escuchar unas palabras sobre Paulo Coelho. Sofía se interrumpe, los abordan unos nuevos amigos. (Diré algo muy claro ahora, un pensamiento que se calcifica vertiginosamente en el cerebro de Jonás: hay una regla básica en el apareamiento de la especie humana. Hasta la mujer más complaciente espera que

el hombre demuestre su virilidad. Venus: contorno humano de exigencias animales. Un hombre puede conquistar la inteligencia de una mujer con su inteligencia, pero su cuerpo, como el del hombre, es animal. Ninguna mujer ama sin su sexo.) Tres tipos simpáticos los rodean, hablan con ella, se presentan a Jonás con fuertes apretones de manos. Machos, ejemplares altos, bien formados. Lo invitan a participar en la conversación con su sonriente amenaza de muerte. Jonás retrocede con el pretexto de pedir algo en la barra y se topa con Alf, que habla con dos chicas rubias. El escote de una enseña piel blanca surcada por venas azules, que se vuelven fosforescentes con las luces de los focos. Observa detenidamente los cauces de sangre bajo la piel, cuando la luz es roja son brillantes, cuando se vuelve azul desaparecen. Doscientos catorce. Ve que Sofía ríe por algo, un poco lejos. La risa primero; la prueba de hombría justo después.

Se puede decir abiertamente que el hombre que está hablando con ella la desprecia. Él la ha tratado muy bien. Lo más difícil de soportar para una mujer, piensa Jonás, es la humillación. Pero ante este ataque Sofía siente una gran necesidad de combatir. Los hombres que humillan a las mujeres son los que se acuestan con ellas. El ritual previo al apareamiento es la humillación de la hembra ante la grandeza del macho, lo está viendo ante sí, claro como un muro o un espejismo. Basta mirarlos en la discoteca, fijarse en el modo de bromear con ellas para que agachen la cabeza y ríen, erguir la espalda. Jonás no sabe hacerlo. Es eso lo que no sabe hacer. Ahora lo tiene, lo tiene en la cabeza como si estuviera entre sus manos, redondo, resbaladizo, tiene que escribir. Ahora está solo. Jonás puede verlos a todos pero nadie lo ve a él.

Todo encaja.



De pronto recuerda que ha hablado con Sofía sobre música argentina. Puede recuperarla con la argucia humana mientras se decide a emplearse en la conquista animal de su cuerpo. Piensa en el nombre de un cantante de chacareras: Chaqueño Palavecino. Se encamina hacia ella. Ha reído todas sus bromas, y hace un momento, cuando lo abrazó, quizás podía haberla besado. Sofía tiene que darle otra oportunidad. Ella está hablando con uno de los oponentes acercándose a su oído, poniéndole la mano en el hombro. Jonás quiere irse, consumida la energía, las cenizas de la derrota ahogan por completo los últimos, agonizantes fognazos de deseo.

Las puertas encierran el sonido de la noche. La calle apesta a pies. Jonás, escritor para 214 lectores. Sofía no figura en la lista. Sofía no existe.

Era un tipo de esos que entran por los ojos de las mujeres, como la arena.

Hubiera sido difícil quitárselo de en medio. Se tendría que haber armado no sólo de encanto sino también de paciencia y de valor. Como cuando ella le preguntó si intentaba halagarla y él respondió: «No halago a nadie. Si me gustas te lo diré, y no querré decir otra cosa que eso». Si ella se hubiera quedado perpleja, el comentario y todo lo demás no hubieran valido la pena, pero Sofía sonrió. Quizás, divagaba Jonás, éste era el tipo de cosas por las que una chica elige bien en lugar de elegir mal. Jonás había conocido a varias mujeres dignas de él, a su entender, que vivían con hombres a su entender peores que él. Una mujer siempre se va con el hombre mejor a no ser que esté enamorada del peor, y esto es algo que, en un momento u otro, todos los hombres podrían comprender.

Salió del bar, sí. Se fue. Sofía no existe, se dijo.

La pregunta después de violar a Sofía es: ¿Qué harás hoy? Hoy harás lo mismo que siempre, será un día normal. La realidad del horror siempre tarda un tiempo en alcanzar al presente al que ya has dejado atrás. Después del veranillo de San Martín sí que entenderás lo que significa Siberia. Y entonces viene la tarea horrible de desandar dolorosamente los días, volver al momento del error, y repetir la pregunta: ¿Qué harás hoy? Y todo lo que has hecho entre un momento y su comprensión se olvida, pero los días siguen pesando.

No ha caminado más de cien metros cuando el teléfono empieza a vibrarle en la pierna. Es Sofía. ¿No decías que me ibas a salvar? ¿Dónde estás metido? Jonás, fuera del pub, escucha lo que hay dentro de otra manera. Ella está muy borracha, pero lo elige a él. Vence sus barreras animales, piensa Jonás, y se decide por el ejemplar más inteligente. Jonás siente algo parecido al inicio de una erección. Camina en dirección contraria para encontrarse con ella. Sorteando unos restos de nieve sucia, se apresura, se abriga del viento. Va a llevársela a su casa, y ella quiere ir con él.

Hay que elegir un narrador y luego ya caminar y caminar encima de él, pero en el momento de elegirlo no te dejan tocarlo. ¿Cómo saber entonces si va a ser un narrador que aguante tantos pasos en direcciones imprevistas? Elegir el narrador: una boda con alguien que no has visto en tu vida. La octava diferencia entre el escritor y el que escribe es que el escritor no elige narrador. Un narrador es una voz que sólo uno de los que escriben lleva dentro. No hay castigos o normas que puedan imponerse para lograr que salga de dentro. No hay dolor al que uno pueda someterse. Como en la ópera, hay una voz para cada personaje. Se empieza a escribir y no hay vuelta atrás. La voz es la que dice si la lleva

el escritor o el que lo intenta. Todavía no se ha dado nada a elegir, y ya es tarde para arrepentirse.

## Segunda parte

### El amante

Cuando Jonás se despertó a la mañana siguiente, luego de un sueño agitado, descubrió que se había convertido en un imbécil.

En el *pub*, la noche anterior, había demasiada gente. Ella salió tras él, estuvieron hablando y luego la llevó a casa. Sofía. Al llegar a casa ella estaba tan borracha que tenía que apoyarse en el espejo del ascensor. Se le aplastaba el pelo en el cristal y giraba sobre sí misma para mirarse y reírse. Le habló de la nieve y el viejo, demasiada risa para eso, y luego ella se paró, pobre, dijo, sonrió, se besaron. Jonás había empezado a quitarle la ropa en el salón. Ella no había empezado a resistirse. Jonás sentía su ansia animal intentando devorar a la de ella. Se maldijo y la maldijo, y le susurró que fueran a su cuarto. Sofía dejó de reírse, se tambaleó como si estuviera a punto de vomitar. Era guapa, sus labios no le parecían pétalos de rosa, ni fruta. Le parecían una aparato perfecto de chupar pollas. La arrastró hasta la cama y la empujó, se desabrochó los pantalones y se le puso encima. Con su pelvis mantuvo abiertas las piernas de la chica. Le había roto la camisa y le había hecho un arañazo en el pecho, miró la línea rosada y enloqueció al ver una teta bonita de carne blanca con un pequeño lunar en alguna parte. Estuvo besándola, la chica ya no fijaba la vista, el alcohol era agua y ella casi dijo, con su boca aprisionada dentro de sus besos, que no quería hacerlo. Su carne había empezado a tensarse y a rechazar el peso de él, pero Jonás seguía empujando. Todo el cuerpo de ella quería expulsarlo y Jonás trató de meterse más adentro con todas sus fuerzas.

*Ahora eres tú, Jonás, el intruso en tu propio cuerpo.*

Cuando la chica se asustó de verdad, él ahogó el grito de su boca con una mano y se apretó dentro de su coño con ayuda de la otra.

Le incomodó estar medio vestido, tenerla a ella medio vestida. Añoró los cuerpos desnudos, la suavidad, las caricias. Pensó en Irene, en las noches en que ella había ocupado esa cama deshecha.

Y se dio cuenta de que estaba violando a Sofía unos instantes después que ella.

Tal como le había pasado tantas veces en mitad de una frase en la página, Jonás se derrumbó en un segundo.

*Pero la mujer, al contrario que la página, reacciona e intenta quitarte de encima.*

Jonás se abre paso y poco a poco se va haciendo más fácil, más fluido, las lágrimas de la chica le refrescan el cuello, se frota contra ella, tiene mucho, mucho calor. También hay belleza en penetrar a una mujer que está llorando.

*Todavía no se ha dado nada a elegir, y ya es tarde para arrepentirte.*

Hace un día. Llevas desde la mañana encerrado en tus propios actos. No has podido volver a acercarte a la cama. Recuerdas una conversación con una socióloga, una vez en que, quizás, tratabas de evitar lo que ya es definitivo:

*Creo que el sexo es una forma de realizarse, y que no puedes ser feliz si no lo tienes.*

¿Así que no puedo ser feliz sin el sexo?

*No puedes realizarte, y sin realizarte no puedes ser feliz.*

Quizás te has realizado y ha salido esto. O el sexo ha realizado esto sobre tu ruina. La socióloga mentía, la muy puta, habría que ir a por ella, arrastrarla de los pelos, pasarle un coche por encima, explicarle a gritos que no eres un monstruo, que el sexo acabó convirtiéndote en algo que no eres tú. Pero ¿por qué iba a creerlo? ¿Cómo piensas que la convencerías?

Desde ahora tienes adherida a la cara la máscara, has salido con los ojos en blanco en la foto, la moneda con tu efigie es de hierro oxidado. Estas cosas se ven enseguida, no le hará falta a la socióloga investigar, no hará una sola pregunta porque ella es una mujer y tú has violado a todas las mujeres. Ahora la conversación podría ser así:

*He traído el sexo a mi casa y me ha destruido.*

*No ha sido el sexo, has sido tú.*

*¡Es culpa tuya! Es culpa tuya y de todas las mujeres.*

Si ahora te sientas a escribir la verdad de la tinta atravesará el papel y la palabra quedará sellada en la madera. Dirás que la palabra es falsa, que ibas a escribir otra cosa, pero ahí estarán las letras para que las lean los demás. Ni siquiera el cerebro te ayudará porque también a él le parece un barco de guerra alcanzado por la muerte, en llamas. Un barco que no se hunde porque ni siquiera el mar está dispuesto a tragarlo en sus podridas aguas. Ya no puedes escribir un libro, solamente saldrá de ti una lápida porque la palabra ha envenenado a los actos y los actos han envenenado a la palabra.

Hace dos días. Llegará el momento en que te reirás de todo esto. Lo has pensado al despertarte, tumbado en el sofá, pero tu situación en la casa te recuerda tu situación en la vida. Te tumbas en el sofá por no acercarte a ti mismo, y así es todo, así va a ser todo. No puedes acercarte a nadie, tú mismo percibes el olor y te repeles. Las manos todavía te huelen a coño. Toda la casa huele así, no has podido comer, no te acercas alimento a la boca. Llevas dos días sin ducharte.

Intenta escribir, inténtalo. Ves que surge una nueva diferencia entre el escritor y los débiles. El débil es solemne cuando quiere ser sabio y es cursi cuando quiere ser sensible. El débil no es sabio ni sensible. El débil no puede ser un escritor.

No te importa, tira todo al suelo, o mejor no lo hagas, armarás un gran estrépito, te encontrarán. Sólo quieres que pasen los días. No terminar el papel en blanco dejando atrás las letras: llegar al final del acto y no de la palabra. Pero el acto no está lejos ni cerca. Eres el acto. No terminas.

Hace tres días. No has dormido. A las once de la noche caes rendido de nuevo en el sofá aunque está deformado e incómodo, eres el residuo, ecce homo acostado sobre guijarros. Y al final no pasará nada. Trata de recordar la escena. Ella se resistió pero fue a tu casa. Te llamó cuando te habías ido. En el bar te abrazó, te miraba a la boca fijamente, y aunque no sabía que te habían operado te decía que eres guapo. Vamos hacia atrás si quieres. Llegasteis a casa y la ayudaste a desnudarse, la empujaste sobre la cama y quizás eso fue lo que la perturbó porque estaba demasiado borracha. Quizás ella tenía miedo de vomitar en mitad del sexo, de marearse y dormirse y quedar como una mala amante. Tú la ayudaste, el sexo estuvo muy bien, te pegabas a su cuello y

no podías ver que sonreía, que se retorció como tantas otras y no como tú crees. Estás contento. Te acercas a la habitación donde ocurrió, te paras en la puerta. Cuando te levantaste se había ido, te quedaste dormido después de acabar, posiblemente te estuvo acariciando, ¿no te acuerdas?, te estuvo acariciando la cara, te podía haber matado, te llamará, tendrás que decirle que no te apetece verla, volverás a salir, volverás a ser libre, te hubiera matado, todos los cuchillos de la cocina estaban en su sitio.

Suspiras aliviado. Te ha salido una alegre trompeta en el pecho. Ha pasado todo. Ha pasado todo. No ha pasado nada.

Hace cuatro días. Has despertado en el sofá, la puerta del cuarto sigue cerrada. Decides salir a la calle, es un pretexto para cambiarte de ropa aunque no te duches. No es que le parezcas vil al agua, más bien es que para limpiar tus manos del olor de aquella noche que no quiere terminar tienes que frotarlas con jabón, extenderlo tocándote: son tus manos, tus manos con su olor prohibido te paralizan. Como si a Jack el Destripador se le quedasen pegadas las entrañas de sus víctimas y fueran arrastrando húmedas por el suelo.

La calle respira con sus ruidos de antes. Al verte en la cara de otras mujeres te has acordado de ella, de ella y no de ti, esta vez. ¿Dónde estará? Tienes su teléfono grabado en la agenda, la llamarías para suplicarle que te perdone, para sustituir al que te has convertido por el que se ahoga debajo, pero ya no hay solución para ella. Su solución será matarte de su memoria, matarse en vuestra memoria común, y piensas, sin contener el aire en los pulmones el tiempo suficiente, piensas, y no respiras, que estás muerto, sin oxígeno, encerrado en la escafandra de vuestra férrea memoria



común. Pero los muertos no tienen problemas. Los muertos no piensan «si pudiera volver atrás en el tiempo...». Se han librado del tiempo que es la vida, la cadena de días que te ata al crimen. Tú eres un muerto cuyo pie se ha enredado en el tiempo cuando bajabas hacia el fondo de la nada. Y miras el vacío porque no estás disuelto en él.

Como no comes, estás mareado. Tampoco has cagado. El cuerpo es un nuevo enemigo, el primero que ataca. Luego vendrán los demás, quizás ya te cruzas con ellos por la calle. Un día escribiste un relato sobre un hombre cuyo trabajo consiste en ir a la salida del juzgado a insultar a los criminales. Le pagan las familias para sentirse arropadas en el odio de los demás, como a una plañidera violenta. Hoy quizás se preparen las monedas en los mostradores del resentimiento.

Pasa a tu lado un hombre con un perro de expresión bondadosa. Le falta una pata delantera, pero camina como si tuviera las cuatro. El hombre se fija en ti con la misma expresión buena del perro. Es muy mayor, como de noventa años, ¿por qué noventa?, como de trescientos noventa años, y tampoco le cuesta caminar, va rápido tras su perro tullido y desaparecen.

Te sientas en un banco aunque todo está helado. Pero es mejor que descanses porque la debilidad es demasiado perturbadora. Miras el cielo por encima de las fachadas y él te mira a ti con su luz indiferente. Entonces piensas que si te falla la literatura irás a una residencia de ancianos a dirigir una obra de teatro con ellos. Una de Muñoz Seca. Un día dos de los hombres están enfadados por política. Das tu sesión con el grupo y ellos se comportan fríamente, no tienen ganas de

teatro, están ofuscados y no quieren distenderse. Los demás ancianos lo notan y el ensayo es demasiado insustancial como para poder llamarlo abiertamente desastre, pero al llegar a tu casa se lo cuentas a Irene, que te está esperando, y os reís juntos. Sabes que la semana próxima volverán a estar contentos, sobreactuando orgullosos de haberse aprendido el texto, y cuando ellos digan «henos de Pravia» las mujeres no podrán contener la risa y tú les dirás, aplaudiendo despacio, dejando que escuchen sus aplausos: a ver, por favor, un poco de orden. Y todo estará bien el resto de tu vida.

Irene asistirá contigo a la función, tú nervioso sin poder evitarlo con sus errores, los que habrás intentado que eviten cientos de veces, se pisarán las frases unos a otros pero algo habrá salido muy bien cuando hayan terminado. El público aplaude, Irene lo toma todo a broma pero hay algo muy serio que no entiende, te molestas un poco pero te quiere, ¿qué más puedes pedir?, así que te mezclas entre los viejos, han pedido que subas a saludar. Más tarde Irene y tú estaréis cenando juntos, ella te quiere más, empujada por el cariño que te tienen las ancianas.

Martes. Estás sentado en el banco y hace frío. Hay un viejo que se agacha para recoger una colilla del suelo, la examina, vuelve a tirarla junto a los columpios vacíos.

En la residencia de ancianos... Deja todo eso. El futuro ha vuelto a desaparecer de la lista de los tiempos verbales. Incluso las abuelas aleladas van a saber lo que has hecho. Sus tiernas encías y sus bondadosas papadas temblarán de ira cuando les lean el periódico. Nada se dirige al bien, te dices, mareado de hambre te sobrecoge el espejismo de que el banco se mueve, te arrastra hacia el desastre. Te levantas

con cuidado de no caerte. Intenta que el futuro vuelva a tu vida, inténtalo. Querrás hacer teatro en la cárcel y no te lo van a permitir.

Ya nada te va a estar permitido nunca más.

¿La mataste? ¿Y si la mataste? Te han visto caminar pero no han sentido tu tórax cerrado a hierro y apretado de vapor, corriendo, ¿cómo no se te ocurrió entrar a comprobarlo? Porque te levantaste y te pareció que no estaba, no levantaste la colcha bajo la que sigue su cadáver, ya podrido, eso explica el hedor a mujer en toda la casa, el olor a entrañas.

Abres la puerta. No hay ningún cadáver, la colcha está en el suelo, plana. Ninguna mano agarrotada asoma por debajo de la cama. La cama revuelta, las ventanas cerradas. El colchón vacío es peor aun que un cadáver de mujer. Si no está muerta, ¿dónde trama su venganza?

Podéis verlo: el que cruza la calle sin mirar. Se rasca en la cabeza, alrededor de la cicatriz. No cabe en casa ni fuera, se ha quedado encerrado para siempre, piensa, dentro de ella. Cuando se despertó ella se había ido. No tuvo la sensación de haberlo soñado, sino que recordaba, mientras se estaba durmiendo, a la chica de pié, recogiendo del suelo sus cosas y saliendo de casa con un portazo. Ya había amanecido para entonces.

Ahora es un personaje que no va a ningún sitio ni para quieto. Es un personaje difícil, huye de su propia historia. Podéis verlo entrar en una tienda y salir de nuevo sin haber comprado nada. ¿Se está escondiendo de ella? Se está escondiendo de él.

Tú única comunicación con el mundo son los buzones. Las inofensivas cajas donde las palabras alcanzan solamente al que has sido momentos antes de leerlas. El *email*. La condena vendrá de pronto, de manera que huyes de lo imprevisto. Bastará leer el membrete para saber que ya no es lo que te espera. Que ya está soldada a tu existencia.

Llegan emails de Irene preguntándote por qué encuentra siempre apagado tu teléfono. Recorres la lista de mensajes recibidos, frenético. Llegan emails de Álvaro con links de youtube donde puedes ver sus progresos en la búsqueda de la bomba atómica más rara. Ha encontrado Pripyat en google maps. Ningún mensaje de Sofía, compruebas, y miras cinco minutos más tarde. Rocío querría cenar, estaría dispuesta, dice, jejeje, a comer carne incluso, ¿dónde te has metido? Ninguna palabra del comienzo del fin. Ninguna amenaza a la que llegar unos minutos tarde. Un mensaje del editor, pidiéndote tu número de cuenta, olvidaste dárselo, piensas, no era una cifra apoteósica, era una cifra limitada, puesta en el límite por los lectores, 214, piensas, ¿se te había olvidado? Pronto ya no tendrás que preocuparte. Ya no te preocupan, descubres, el tiempo que quedaba para eso se ha terminado. Respondes a Pablo, el editor, y copias tu número de cuenta. ¿Qué llegará antes, el dinero o la imposibilidad de gastarlo? ¿En qué lo vas a gastar?

Has variado el rumbo, tomando una ruta desconocida a través del hielo ártico. No te alejas de tu barrio, te quedas cerca de casa como si la ciudad hubiera cambiado de sitio. Comes, de nuevo, fuera: cocinar no es mejor que la mirada fugaz de la gente. La camarera del bar Eusebio, con su coleta engrisecida, bajo los espantosos cuernos de ciervo y dientes de jabalí, bajo las enseñas peludas de caza, es jovial. El bar

siempre está lleno de gente del barrio. Hablan mucho más alto que los de Malasaña, no tocan a sus novias, que te miran, te miran fijamente y sonriendo, en este barrio la ciudad ha corrido más despacio. Frecuentemente miras hacia al otro lado del río, detrás del Palacio Real y la Almudena, Gran Vía y sus alrededores amurallados, defendiéndose, y dentro posiblemente se trame entre susurros, en frases encorchetadas de no se lo digas a nadie, la venganza. La justicia.

Pero estás a salvo. La muralla se vuelve contra ellos. Pocos conocen tu escondite. Ella, la que no volverá. La que no se atreverá a volver ni siquiera con las palabras. Aquí ríen fuerte, piden cerveza y tinto de verano, arrancan los canapés de sobrasada de las bandejas de plástico ante la mirada permisiva pero orgullosa de la mujer que hay detrás de la barra. Estás a salvo, por el momento. Come, bebe, vuelve a casa. Ahora haces tu vida en el espacio que queda fuera de las murallas del exilio. Y empiezas a fantasear con que si vuelves, solamente un par de semanas después de haberte ido, serás como un fantasma al que nadie reconoce. Solamente en casa está la amenaza. En el ordenador portátil, donde tu antigua vida se ha convertido en impulso eléctrico, donde la vena abierta de la comunicación trae las palabras, todavía inofensivas, de aquellos para los que ya no eres más que deudas pendientes. Irene te pregunta: ¿Estás en Yecla con tus padres?

Unos días después llega un mensaje en el que Irene te informa de que está con alguien. Observas al tren alejarse despacio. Te quedas sentado, en los paneles de la estación de Getafe no se sabe cuánto quedará para el próximo. Tiempo estimado, unos 20 minutos. ¿Cuánto es eso? ¿Una semana? Has descubierto un mercadillo de fruta en Getafe. Vas allí

como podrías ir a cualquier otro sitio. Algo hay que hacer con las horas. Algo que aleje. Un momento después de haber leído el mensaje de Irene, el teléfono empieza a sonar. La conversación es corta.

¿Qué te pasa, Jonás?

Nada.

No me hablas. Quiero hablarte un poco, ¿qué te pasa?

Nada, te digo que nada.

No estoy con nadie. He pensado que era la única forma de que me cojas el teléfono. ¿Por qué lo has tenido apagado tantos días? ¿Por qué no me lo cogiste ayer ni anteayer?

Casualidad, casi siempre está encendido. Lo tendría por ahí.

¿Qué te pasa?

Nada. Tienes derecho a pasarlo bien.

Gracias. Te pasa algo.

Tengo derecho a pasarlo mal.

Habéis callado.

Llámame cuando quieras, Jonás. O iré a buscarte.

Ok.

Un tren ha salido del túnel.

Te tengo que dejar, Irene.

Has cogido las bolsas de la fruta y te has metido en el tren. La estación se ha quedado donde estaba.

Tu abuelo fue la peor persona de toda tu familia. Era un viejo enorme de cara roja. Había sido minero y su piel estaba totalmente acostumbrada a la piedra. Cuando tú eras pequeño, tu abuelo odiaba ya abiertamente a tus padres. Cuando te llevaban a su casa te pasabas todo el tiempo escondido lejos de él. Le molestaba absolutamente todo: no comer a la hora fijada, que variaba según su hambre, escuchar la respiración de los niños mientras veía el telediario, que el teléfono sonase y que las conversaciones fueran demasiado largas. Te decían «vamos a ver al abuelo» y tú sentías que te llevaban a una casa de campo con un peligroso pastor alemán que te iba a mirar fijamente y ladraría si corrías.

Cuando tu abuelo se murió tenías 15 años. Por alguna razón, toda la familia se reunió para llorar su muerte, y lo más extraño es que tú también lloraste. No tan extraño, pues había que llorar, que se viera reflejado en las lágrimas. Si no, quizás se incorporase e impondría de nuevo su orden. Incorporarse, hablando de un muerto, tiene algo más que cinco sílabas. Metido dentro de la caja, la cara salvaje se había suavizado un poco, pero algo maligno seguía ardiendo encima. Parecía una figura de cera, con su mandíbula hundida y la nariz mucho más aguileña. Te pareció, recuerdas, que si los mirabas fijamente los ojos de tu abuelo se abrirían y dos enormes arañas te observarían desde sus cuencas vacías.

Tu madre tenía un hermano que se parecía mucho a tu abuelo. Se llamaba Pedro, y de joven había trabajado en la mina. El aire venenoso de los túneles y la oscuridad, el trato brutal con los otros mineros y la camaradería forzosa durante más de

veinte años veinte años, podía ser ésa la causa. Tu tío Pedro mató a su mujer a hostias con la pata de una silla. Cuando lo encontró la policía estaba llorando abrazado al cuerpo de su esposa, y les gritó que no se acercaran. Tuvieron que emplearse a fondo los tres policías para arrancarle el cuerpo de entre los brazos. La pata de la silla estaba totalmente astillada, debajo de una mesa. Debíó pegar también a los muebles para astillarla así, pensaste.

Cuando tu abuelo fue enterrado, devuelto a las tenebrosas galerías de su juventud, pero esta vez con un muro cerrado separándolo de la superficie, pensaste en tu tío. Recuerda ahora tus miedos de entonces. Cómo temiste que las partículas de carbón hubieran pasado con el semen de tu abuelo hasta el óvulo del que brotó tu madre. Te horrorizaba que tu madre te hubiera incubado en un vientre contaminado, ligeramente, por la semilla arisca y malvada de su padre.

Tu abuelo, años antes de morir, estuvo haciendo cestas de esparto que regalaba a los mineros. La mayor parte de las minas había cerrado, pero el pueblo continuaba apestando a carbón.

Esa actividad se había convertido, años atrás, recuérdalo, en el rasgo que más temías. Porque, te diste cuenta, algo suyo había en ti: eso. Por contagio sanguíneo de madre a hijo o por sencilla transmigración del carácter, algo, una oscuridad que volvía molesta cierta luz. Ya entonces te reclamaba la soledad con violencia. Ya empezabas a sentir el mal humor cuando en la residencia de estudiantes del primer año en Madrid unos compañeros entraban a tu cuarto para invitarte a beber. Por eso, quizás, reías. Por eso bebiste más de la cuenta casi desde el momento en que abandonaste la casa de Yecla,



donde vivían tus padres, el único sitio donde hasta entonces te habías permitido siempre el mal humor.

Te sentiste sano y olvidaste. Recuerda ahora, encerrado en el pozo de tu casa. Analiza la maldad que has cometido, los pasos enloquecidos que te llevaron hasta el acto, como en un viejo elevador minero hacia la profundidad infernal del subsuelo.

Quizás tu abuelo ha desaparecido de la fosa. La abres con un golpe, la puerta de piedra se hace añicos encuentras y la tumba vacía. Aprovechando la descomposición, el viaje ciego de los gusanos, ha escapado, filtrado en la piedra ha encontrado un cauce de agua, ha viajado de un acuífero a otro, olfateando, célula maligna del topo, su semilla. Y el vestigio genético que tienes le indicó el camino. Quizás fue el día de la operación. Al abrirte el cráneo, una gota contaminada se descolgó del bisturí directa, experimentada, perforando tu cerebro hasta tu mismo centro.

Y ahora, ¿no será eso?, tu abuelo ya se ha reencarnado. Mírate al espejo y recuerda cómo, antes de morirte, tu abuela te cogió la mano y murmuró su nombre.

En tu barrio, aunque sólo se ven viejos en la calle, hay un instituto. Varias veces has aparecido en el tiempo y en el espacio en que los estudiantes pululan por la calle con mochilas cubiertas de firmas, algunas cuelgan de un solo hombro aunque eso sea malo para la espalda, pululan (pulular es el andar del descerebrado), pululan, atravesando la grasienta transformación hacia el adulto. Te buscabas el mechero en los bolsillos. Dos niñas estaban en un callejón fumando un pitillo, el mismo. Acércate, es solamente fuego. Solamente fuego. La más alta, al verte, se ha asustado un poco,

por adulto, no por hombre, no por... no, por pescarlas, mirada de buscar huida, de preparar mentira tambaleante, pero la otra te ha pasado el mechero con una sonrisa de emoción, no te ha pasado una botella de absenta, no te ha pasado un condón, no era una pistola usada lo que te ha pasado sino un mechero, pero deben tener doce o trece años. Mientras te dabas fuego han murmurado y cuando has devuelto el mechero se reían un poco, mirando al suelo como si se les hubiera perdido algo. Una sonrisa, la tuya, que las ha aceptado en el círculo de los que pueden fumar. En el rubor de las niñas fumadoras has visto esperanza. Mientras las niñas fumen y tengan emoción y miedo a que las pillen habrá infancia. La infancia es el miedo. Es curioso, piensas, que pedir algo te dé tanto poder. La infancia es la aceptación del poder. En cuanto te das la vuelta tiras el cigarrillo casi sin fumar a una alcantarilla. A veces piensas que debajo hay una tubería de gas y que toda la ciudad saltará por los aires. Te dan pena las dos niñas. Ya habrán acabado el cigarrillo, quizás lo tiren por una rejilla y todo explote bajo los pies, todo Madrid estrellado contra la portada del New York Times. A Álvaro le gustarían estas reflexiones. ¿Por qué no escribirle? Encerrado en su cuarto, frente al atolón de Mururoa no sabe nada, ni lo sabrá. No te hará ningún mal hablar con él un rato, piensas, ¿qué es la agresión de un hombre a una mujer comparada a las armas atómicas?

Mírate al espejo. Puedes llamar a Álvaro, no va a pasarte nada. Mírate al espejo mientras él se mira en el hongo nuclear. No vas a estar siempre escondido. Esconderse es encontrarse. Esconderse es tropezar con algo. Buscas su número en la agenda. Desfilas ante la procesión de tachaduras.

Escribes de nuevo. Tienes un proyecto. Lo supiste anoche, estabas borracho en casa, habías echado a lavar las sábanas, y tuviste una idea. La idea surgió de la necesidad de palabras. Las palabras escritas no son como las que viajan por el aire, aplastadas y secas en la página no consuelan, en todo caso hermanan y se vuelven ligeramente etéreas, pero no son como las palabras de Irene o las palabras de Álvaro. Las palabras escritas están muertas. Leer no es escuchar, un libro no te abraza, no trata de comprenderte. Un libro no hace la pregunta que te salva.

Miraste anoche los libros y ni siquiera parecían palabras. No eran amigos, eran objetos, árboles cortados. Un árbol vivo hubiera supuesto una compañía más grata. Nadie te escucha cuando lees. Leer es lo mismo que estar solo, ya estás suficientemente solo, en la cárcel no se lee, se estudia, se saca una carrera. Pero se puede escribir, siempre.

¿Qué ocurrió con Yleej Matrou? Durante un tiempo pensaste que eras como él, que ambos acabaríais en el estómago de la misma ballena, la que naufraga hacia el olvido. Pero ahora tú mismo empujas a Matrou hacia el fondo de ese intestino que nada y se aleja, sálvate si puedes o corre tras él.

La provincia, el lugar donde eras inocente. El sitio donde te conocen por lo que eras antes.

Anoche pensaste en la gente que no está contigo. Recordaste de nuevo la cifra, 214, y los imaginaste disfrutando. Ninguno leyendo tu libro, todos alegres, en la dulce camaradería que está a salvo de la historia, el papel se inventó para tener un soporte sobre el que firmar las sentencias, para transportar los mitos encerrados, el papel es un ataúd que nunca se harta de tragar. Hubiera sido bueno estar con ellos, desconocidos

doscientos catorce, haber jugado con ellos a quemar tu propio libro.

Y entonces, ¿cómo es que estás escribiendo? Nadie puede molestarte, nadie interrumpirá, el teléfono ha desistido en su tarea de llamarte, al otro lado de las líneas han olvidado leer y estudiar la historia, y tú, que te sientes historia, conversas con los fantasmas enfrascado en el cuarto. Pero hoy importa adónde llevan las palabras.

Las palabras hoy llevan a casa. Fijaos, no escribe. Compra un billete de autobús por internet.

### Tercera parte Siberia

Bar de carretera, el autobús vomita a los pasajeros para que coman, me siento en una silla de la que tengo que retirar un periódico húmedo, aquí empieza la libertad, en este nexo entre un mundo y otro, el limbo, las carreteras no son caminos, no son caminables, carretera: circuito trazado por la histeria del irse y del llegar. Pido a la vieja camarera un bocadillo y fumo, y cuando la vieja trae el bocadillo el humo, mi humo, le da en la cara y sopla, resopla como quien escucha algo ofensivo, lleva un delantal sucio de lamparones y al bufar una gota de saliva ha salpicado el plato, junto al bocadillo, una pompita de saliva, invisible como el veneno, como el agua, agua invertida para matar, esta vieja se va y no voy a comer el bocadillo, quizás así se venga de los viajeros la vieja que se deforma en el bar de carretera, viajeros: sombras que dejan olor a cigarrillos en su bar. ¿Dónde duerme la vieja? ¿Habría un camastro aquí? En la carretera no se puede soñar, se tienen sueños de vértigo, sueños en el limbo bajo los fluorescentes, cuando los coches tienen que seguir adelante, a las carreteras no les gusta viajar. Aquí empieza la libertad, en una puerta de 600 kilómetros de asfalto. Una puerta es un limbo que separa dos universos, la calle y la casa, los corredores y el quirófano, en La isla de hierro vi una escena en la que el viejo castiga al joven ahogándolo en el mar, y los habitantes del barco miran con los pulmones dejando entrar y salir el aire al joven que agoniza y suplica metiendo y sacando la cabeza del agua, una puerta, el agua y el aire, instantánea. La carretera es una puerta y por eso lo que hay en sus postrimerías no existe, es un punto alargado entre dos coordenadas. Las puertas dan siempre hacia afuera en la memoria.

Miro el reloj, no es que se haya parado, el tiempo está atascado desde ayer, desde hace cinco minutos, cien años, no me haré viejo nunca y lo voy a lamentar. Mi habitación de la infancia, mi pueblo de la infancia, infancia: coraza quebrada de los adultos. Todavía hay un póster de Tintín en la pared, las cosas han cambiado poco, los cambios se notan, no son cambios sino superposición, terapia en lugar de olvido. Han levantado estantes para poner ficheros, han invadido mi mesa con un ordenador que tiene la foto de solapa de mi novela como fondo de pantalla. Mis padres y mi hermano, y luego mis padres solos llevaron a cabo esta invasión temerosa: cuando el hijo marcha de casa la habitación queda encerrada en el recuerdo, marcada, como un billete de tren usado que el revisor perforó amablemente. No se mueven los muebles, no se arrancan todos los pósters, se ponen cosas encima, el hijo arrancado es demasiado doloroso como para descolgar una hoja de papel de los clavos, cada dibujo, cada entrada de concierto clavada en la puerta es un Cristo de cuatro chinchetas. El hijo es sagrado, el templo se transforma en sanatorio pero ningún bárbaro incendia las imágenes, todo son estratos, la memoria saliendo por debajo de los ficheros AZ, unos libros infantiles junto a los discos de mis padres, aquí estuve yo, aquí está el recuerdo que tienen, ahora miradme, padres, miradme sin saber de mí, sin saber que tomo drogas, que hago cosas obscenas, que estoy exiliado, miradme y decid que no he cambiado, que reconocéis al hijo. Mirame, madre, y pronuncia la palabra con la que me diste nombre. Una madre siempre está abandonada desde que el hijo se le sale de las entrañas y empieza a crecer. Las madres dejan marchar la vida y se quedan con la ausencia. Por eso se quedan pensativas y les dices ¿qué? y te dicen que nada, y es verdad. Las madres dejan ir lo bueno para quedarse con la ausencia de lo bueno, guardan en cajas la alegría, dejan

cubrirse de polvo las palabras que importan, hijo, casa, futuro. Madre: árbol que espera a que sus frutos regresen a su sombra. Mi madre abre la puerta:

Jonás.

Se queda enmarcada, apoya la cabeza en la madera, la vieja ¿quién es?, ¿qué quiere? La miro, intento ser amable y le digo:

Me estás molestando.

Se duele, se duele como un alambre torcido, mira al suelo:

¿Qué quieres comer?

Miro a la pantalla, no leo, muevo los ojos, la miro, miro a la pantalla, queda la visión de mi madre, más encogida que pequeña, madre: la ropa mojada que no termina de secarse, esa humedad mortal, molesta, mojadura de tela con la que no estás dispuesto a cubrirte y que no quiere ponerse al sol, la miro, pregunta:

¿Quieres ossobuco?

Conoce mi plato favorito, conoce mi nombre, conoce mi mal carácter, peor con ella que con cualquiera, conoce a su marido, a mi hermano, mi habitación sin mí, mis cosas de la adolescencia, conoce mi niñez y la guarda, habrá leído las cartas de amor de mis novias, habrá leído mis libros, habrá leído mi libro y lo guarda, para ella estoy hecho de ella, los amables párpados, el dulce beso con que me despide al irme, soy el hijo de sus contornos, no admite en su tierra quemada la noche ni los cuerpos, es el Dios que, abandonado y perdido en la desmemoria, ama a sus fieles que ya no le rezan, el

dios terminal, la vida cuando la enfermedad ha ganado el combate. Terminal, las madres mueren antes que los hijos, lo saben, lo sabe, el hijo nace y la madre morirá, terminal, mi madre me mira, ajena a mí, la siento como un cascarón vacío, me pregunta si quiero ossobuco porque en el ossobuco estamos juntos, el ossobuco es su recuerdo, quizás de una sonrisa o una mirada de agradecimiento, de la frase amable a cambio de su trabajo durante horas en la cocina; desde que me fui ¿qué ha sido de ella? Irse de casa es como no haber nacido, antes y después de llegar a ese mundo precario del todavía que es la niñez ¿Quiénes son los padres? ¿Cómo pudo mi madre no haberme conocido en un tiempo de su vida? ¿Quién era ella entonces? Me quedaré con esto: niñez, mundo precario del todavía.

Sí, ossobuco, gracias mamá, le digo, y sonrío como si la hubiera tocado, mujer por un momento, reconocible, halagada, y desaparece por el pasillo sin hacer ruido, a meter en la masa y la carne las manos buscándome, estoy aquí, madre, estoy aquí, tan lejos que nunca más podrás hablarme.

Salgo a pasear, las calles de Yecla son iguales, se trata de esa calamidad moderna, ciudad contrahecha, hinchazón de pueblo, antiguo instituto, antigua tienda del pan, antigua tienda de cómics, antiguo y breve estanco, lugares donde todo sigue igual inútilmente, latidos del corazón de un tetrapléjico en coma, el estanco, salir a escondidas, si me paran diré que fui por sellos, antiguo mercado, antiguos bares de la primera veladura, de vomitar entre dos coches nada más entrar, salir corriendo, vomitar reír, cantar, fotos con la cara roja, caras rojas y ojos achinados, ¿qué ha sido de esas caras? Tengo miedo de cruzarme con gente conocida, pero ya nadie me conoce. Cuando llegas a tu antigua ciudad



con alguien, quieres contarle todo lo que viviste, ¿damos una vuelta?, vas adrede a los sitios importantes, se te encienden los ojos al ver el banco donde besaste a la primera, lo señalas a tu acompañante, siéntate aquí, joder, que aquí fue, y miras el escaparate que parece que tuviera los mismos libros, como lo mirabas aquella vez por encima de sus besos, esperando a que aquellos movimientos bucales terminasen para poder contarlo, pero tu acompañante tiene los ojos fríos, sí, un banco, sin codificar, un objeto, listones de madera, nada, te puedes sentir defraudado pero no hay nada que hacer, y únicamente te preguntas, me pregunto, si aquella chica, la que llevaba en la boca el primer beso, todavía se acordará, pasará junto al banco y pensará en la torpeza y la prisa, en el escaparate que mirábamos esperando a terminar, moviendo la boca, asomando la lengua y retrayéndola, asomando y retrayendo, porque si no se acuerda ella tampoco, ¿cómo se llamaba?, ella, si no se acordara vaya momento más perdido, los recuerdos que no se pueden compartir son un hierro punzante en el corazón.

Una chica, al cruzarnos, me mira fijamente. Es rubia, de una belleza extraña por aquí, una belleza que parece descansar en la inteligencia al mirarme, no aparta la mirada así que lo hago yo, miro el suelo y veo pasar sus piernas, sus manos, lleva una bolsa de farmacia y sus zapatos son de una sencillez extraña por aquí. Cuando vuelvo a mirarla, se ha girado a mirarme también y ha sonreído, la perseguiría, iría tras ella, pero corro a casa y me limpio, me masturbo, quedo agotado, mi madre llama a la puerta y ni siquiera contesto. Pensarán que duermo. Yo no duermo.

Llueve, llueve mucho y gratis. Nada de acercarme a la ventana, nada de encender un cigarrillo, me siento a ver una de las viejas películas, la pila de VHS, las películas que veíamos

mi hermano y yo siguen donde las dejamos, me decanto por Solo en casa y observo la caja. VHS y VIH, pienso, dos inventos de los 80, dos fundamentales ridículos y pasados de moda. Poco a poco me doy cuenta de que recuerdo todo, los diálogos, ésta es mi casa y tengo que defenderla, recuerdo, bendice Señor estos macarrones con queso calentados al microondas y a los que los han vendido, recuerdo, ¿has visto el lío que has organizado?, recuerdo, la sal convierte a los cadáveres en momias. La veía sin saber quién es John Williams, sin saber que la película es ultraconservadora, un canto, diría yo, a la asociación nacional del rifle, tenemos una policía que no existe, una familia adinerada y tradicional, un viejo barbudo abandonado de su familia al que Maculi convence (macauli, maculki, los yonkis no tienen nombre), convence, digo, en la iglesia, de que debe hablar con su hijo. Una película que te dice que ésta es tu casa y tienes que defenderla, recomendable, simpática, familiar, John Candy es un músico obeso que canta polkas, lleva a la madre (es navidad y tengo que regresar a Chicago con mi hijo de ocho años) a casa, luego llega toda la familia, plano de la calle nevada, el viejo abraza a los niños, almas gemelas el niño y el viejo, la familia recuperada. Escucho a mi madre revolver sin ternura en la cocina, debe estar fregando aunque ya anochece sobre las nubes de tormenta, familia reunida, voy a la cocina a por algo de chocolate, mi madre me mira, dame un beso, se lo doy sin ternura, dame chocolate, me lo da, vuelvo a la tele, los ladrones son malos y ateos, me fijo ahora en que cuando Kevin huye de ellos y se mete en la iglesia uno le dice a otro: vamos tras él, y el jefe dice: yo ahí no entro. Sigo, sigo con la película, caídas, golpes, violencia de payasos, el niño, el final, la madre, el abrazo, una película divertida, inoculada en el cerebro, un clásico y de qué nos sirve.

Anticiclón con viento sur suave y cálido en el infierno; alerta naranja por temporal de nieve y viento en el paraíso. Como ha salido el sol me apetece ir a comprar un poco de farlopa, pero para eso tengo que encontrarme con conocidos, tengo que hablar con desconocidos, invitar a desconocidos a unas cañas en un bar, yo diría que no lo voy a hacer, bebo un poco en mi cuarto, registro los ficheros con papeles de mis padres, bebo otro poco, día soleado que anochece, la ventana sirve de termómetro, los últimos vencejos tirándose al relevo, llegan los murciélagos, murciélagos ciegos, bebo otro poco. Pasillo, cocina, padre:

¿A dónde vas?

A dar una vuelta.

Haces bien, todo el día encerrado no es bueno.

Ya...

Mi padre es un hombre más triste cada día.

Oye, ¿necesitas dinero?

Nah...

Pero ¿tienes algo?

Bah, da igual.

Toma, toma anda, distráete un poco.

Noche, copas, el dinero de quien quiere lo mejor para mí directo al bolsillo de quien me da lo peor, cuarto de baño en Madrid, aquí se va a los coches, viejos amigos, sentimientos de metal, sobre un cd tres rayas, narices, caras sin nombre,

ellos conocen el mío, lo gritan, me dijeron que te has hecho escritor, siempre has sido un máquina, qué máquina Jonás, el señor escritor, el amo, copas, droga, oye ¿y se folla mucho con eso de ser escritor?, se ríen, no digo que no, digo, no digo que no, viejos amigos, caras sin brillo. Van a un bar de chicas, a un bar de follar, dice Carlos, me río, no es una casa putas, macho, pero hay unas tías de la hostia. Me pregunto si la rubia que me miraba estará allí, pero mi pregunta va a quedar sin respuesta. Me marcho a casa de mis padres, doy esquinazo. Cuando llego a casa mis padres están dormidos y amanece. Me tiro a la cama boca abajo. Aprieto los ojos. Se abren. Pienso en la rubia e intento dormir.

Un día miraremos nuestra época y nuestras vidas y nos reiremos con infinito desprecio. Flaubert dijo en 1850 que los tiempos venideros iban a ser insoportables, groseros, le preocupaba que la imbecilidad tuviese un diámetro infinito, vivió en la desgracia de observar con infinito desprecio el perímetro de la imbecilidad, las caras sonrosadas. Llevo sin leer más de tres meses. Intento coger un libro y no entiendo nada. Lo abro, leo unas frases incomprensibles, no soy capaz de terminar el texto de contraportada, miro únicamente la fecha de nacimiento del autor y el momento en que se publicó el libro, es lo único que me interesa ahora que he bajado del tren, cuánto me costará el billete cuando intente volver a subirme. Además llevo días sin mirar el correo. Seguramente que ya hayan dejado de llegar nuevos mensajes porque ahora no existo y estoy remontando el tiempo, dentro de pocos días seré incluso inocente, no habré nacido, no habré tocado el mundo ni me habrá tocado. Si vuelvo a Madrid algún día las puertas no escucharán mi llamada.

Un día miraremos nuestras ciudades y lloraremos por haberles perdido el cariño. No sé si quiero más a Madrid o a mi madre, pero ya lloré cuando me di cuenta de que el cariño por mi madre no estaba donde lo dejé, que se había extraviado, ella misma o cualquiera lo tiraría a la basura sin darse cuenta.

Me he soltado del arte, el precio de un billete de autobús basta, soy el gusano que vivía en el cerebro de un escritor, salí por un ojo, me deslicé al suelo como una lágrima y repté, soy un gusano, Madrid es una fiesta, me marchó.

Cuanto tiempo sin verte.

¿Quién eres?

Ja ja ja, ¡qué gracia! ¿Cómo te va, Jonás?

Muy mal.

Se queda, esta vieja de mierda, sorprendida. A nadie le apetece comprobar que el hijo de una paisana ha perdido el norte. Entonces me empieza a hablar como a un loco, se aleja un poco, se distancia hasta en el tono de voz, me da ánimos y me dice que no es nada, huye, huye, vieja de mierda. Me miro en el reflejo de los parabrisas, en los coches aparcados. Nadie más dirá que estoy guapo desde que me operaron, el loco es el ser más alejado de la belleza. Entro a la librería porque he pensado que quizás leyendo me curaré, subiendo por los peldaños de letras, y me he comprado un libro de Lengua de Trapo porque así me acuerdo de Madrid, así no se me pierde dentro de la cabeza, intento leerlo, me siento en un portal, lo abro por la mitad, no entiendo, le doy la vuelta, la contraportada dice cosas del autor, miro la foto y la fecha

de nacimiento, me tengo que apartar porque el portal se abre y sale una vieja de mierda empujando un carro de la compra. Miro a mi alrededor, no puedo leer, pero entonces, en una ventana, ahí está de nuevo la rubia. Habla por el móvil, se ríe. Tiene una voz y un acento extraños por aquí, la escucho reír, no me mira, se da la vuelta y desaparece de la ventana. La vieja me está mirando, no puede sacar el carro por el portal, las ruedas chocan contra el marco de aluminio de la puerta, forcejea con el carro, tironea. Yo miro otra vez el libro que me he comprado, pienso, no sé, que me gustaría regalárselo a la rubia, yo no puedo leer, vuelvo a casa y sé que no puedo hacerlo porque leer es un privilegio de los hombres en paz.

Ahora Madrid es un lugar periférico a sí mismo.

Cuando me estaban operando yo era un lugar periférico a mi cuerpo. Entrás al quirófano desnudo pero allí, amablemente, te lo hacen todo, te quitan la chaqueta de la consciencia y la dejan colgada de una percha, por un momento, antes de volver a despertar, te ves a ti mismo durmiendo. Entre tanto se afilan los bisturís, la sierra de cortar hueso, las pinzas para coser carne, los médicos avanzan por el cuerpo como la muerte para salvar la vida, yo pensé después: ¿y si el médico hubiera tenido un segundo de furia, mirando a su vida, pensando en su mujer o un hijo muerto un instante? Yo estaba indefenso, la cabeza abierta como un tarro, podría haberme arrancado el cerebro, sacado la médula de un tirón, los ojos se me hubieran abierto, ciegos, la boca abierta como los ojos, y ante el espanto de las enfermeras y el equipo de asistencia el médico hubiera tirado mi alma al cubo de la basura y hubiera dicho:

Sí, lo siento, hoy he tenido un mal día.

Confiamos en nuestros médicos. Confiamos en nuestra policía. Confiamos en nuestros políticos, en nuestros arquitectos, en nuestros camellos. Matemáticamente confiamos mucho menos en nuestros amigos, y en una ínfima proporción confiamos en nuestros amores, pero también, durante instantes de fragilidad, pondríamos nuestra vida en sus manos, amigo, toma, mi víscera más vital y querida, la pongo húmeda y viva en tu mano, si te duermes y la dejas caer moriré, pero confío en ti, en tu mano. Confiamos en nuestros padres porque cuando éramos pequeños podían habernos dejado en un cesto a la orilla del mar, habernos drogado, pero ni siquiera fumaron las madres cuando vivíamos en sus tripas, es fácil confiar así, cuando nos hemos construido en el dinero de ellos, cuando hemos comido de sus platos y dormido, con la puerta apenas entornada, en sus casas llenas de odio y cuchillos.

Y luego, al final, somos los primeros en llevar a cabo la alta traición contra la vida.

Empujamos enloquecidos nuestro propio cuerpo en las entrañas de la humillación.

Redactamos y firmamos nuestro destierro.

Las cárceles están llenas de confianza frustrada.

Ahora que soy un lugar periférico a mí mismo, su nombre, Sofía, es la capital de esta Siberia.

Hoy me invade una sensación muy extraña. Un palpito de que me quiero recuperar. Esto me ha provocado una mayor tristeza, porque recuperarse es trabajoso, lánguido, y requiere que el mundo cambie de sitio. No puedo recuperarme mientras ella esté en el mismo planeta que yo.

La sensación, que no me ha abandonado todavía, entró con una brisa que por alguna razón llegó cálida a través de la ventana. Estamos en marzo, el invierno ha sido largo y especialmente frío, ahora la congelación retrocede pero hubo días en que al salir a la calle la frente dolía en un punto, como si un cristal de hielo quisiera clavarse y atravesar la cabeza.

Entonces esa ráfaga cálida, el sol blanqueando la calle como si fuera una lluvia de cal, he pensado en el mar, en el paseo marítimo de Conil un verano en que, con una antigua novia, paseamos hasta el espigón y nos sentamos en un banco de piedra. Recuerdo el tacto áspero y seco del banco, y cómo al apoyar las manos en él sentí el calor del sol manando mansamente, enviándome desde el centro de la piedra su amabilidad. Era de noche, más de las tres, y aquel banco de piedra seguía celebrando la coronación veraniega de este hemisferio. Ella se llamaba María, el vestido dejaba ver los pechos sujetos por la parte de arriba del bikini, los surcos blancos de los tirantes sobre la piel algo quemada, nos besamos, el olor a crema hidratante de después de sus duchas, la victoria del agua dulce sobre la sal del cuerpo, los helados, el pescado frito, la cerveza. Escribí, de puro contento, este verso: los acantilados son las piedras en el zapato del mar.

Pienso en la rubia obsesivamente. Trazo un plan para pasar por la puerta de su casa cuando ella vaya a entrar. Quisiera hablar con ella. No lo haré.

Me siento preso de una horrible enfermedad. No podré separar los tejidos sanos de los contaminados. Marzo, se acerca el aire caliente, vendrá el verano. Eugenio de Andrade dijo: parece que va a nevar.



Mi madre: ¿Sabes quién me ha preguntado por ti?

Yo: Quién.

Lourdes, ¿te acuerdas de ella?

No.

La abuela de tu amigo Marcos. Os pasabais toda la vida en su casa jugando a la consola, ¿no te acuerdas?

Sí. ¿Y qué pregunta?

Bueno, ella te quiere muchísimo, siempre que nos encontramos me preguntaba mucho por ti, y me decía que le da mucha pena saber que va a morir sin verte más.

Qué exagerada, cómo es esa mujer.

Sí, pero como ahora vives aquí podrías pasar por su casa a hacerle una visita.

Ni de coña.

Chico, no te cuesta nada y a la mujer le das una alegría.

Buf.

¿Por qué no vamos esta tarde los dos? La llamo y seguro que se pone muy contenta.

Como tú quieras, mamá.

Venga, que seguro que te alegras de verla.

Por eso ahora estoy furioso.

Pero cuando vamos a casa de la señora pasan algunas cosas interesantes. De entrada, la señora tiene mi libro y me pide que se lo dedique mientras me agasaja con dulces y café con leche, me lo pone en la mano y me da un bolígrafo, ponme una dedicatoria, dice, la recuerdo vagamente, en mi cabeza se había confundido y aunque hace diez años que no la veo, aunque debe tener noventa y estar casi ciega, esta señora es el 214. Me río para mis adentros. Intento calcular el número de abuelas que pudren mi lista imaginaria de lectoras de cafetín. Entre las páginas, hacia la número 30, hay un montón de papeles, son recetas del médico y *tickets* del supermercado, seguramente la mujer no pasase de allí. Mientras dedico, mi madre, la señora y otra mujer que asegura conocerme desde que era un cigoto prácticamente (por el tamaño de sus manos al ilustrarme el «desde que eras así»), me miran como si estuviera convirtiendo el agua en vino. Para quien no tiene ninguna relación con las letras, un libro recuerda demasiado a la Biblia como para tomarlo a la ligera.

Estarás contento (pausa) con tu libro, me dice la señora que no conozco. Me doy cuenta de que a la abuela se le saltan las lágrimas al leer la dedicatoria: «Con mucho cariño para la abuela de Marcos, Lourdes, reina de Yecla».

Bueno, no es que esté demasiado contento, pero sí, peor hubiera sido no publicarlo.

Míralo qué modesto es, se carcajea la señora. La abuela se restriega las lágrimas con una punta de su bata y le pasa el libro a mi madre. Espero que la dedicatoria que le puse a ella no sea la misma, y también espero que fuera más afectuosa, emperatriz en lugar de reina, o alguna palabra de más de tres sílabas. Por su forma aliviada de sonreír supongo que sí.

El libro ha vuelto a mis manos y paso las páginas con aire ausente mientras la conversación sobre mi talento y el orgullo de mi madre se agotan, y entonces me llevo la segunda sorpresa. En la página 231 hay una marca de bolígrafo en el margen. Un asterisco. La conversación no ha abandonado el libro, pero la pista llega en el momento oportuno:

Yo estoy muy mal de la vista y no pude leerlo, pero lo leyó mi nieta y le gustó mucho.

¿La conozco?, pregunto, porque en el pueblo, al contrario que en la ciudad, esta pregunta libra de toda sospecha.

Yo creo que no, porque vivía en Barcelona con sus padres. Su madre es mi hija, se casó con ése, el catalán, y se fueron. Venían muy poco. Pero como el catalán se divorció de ella, pues se volvieron. Con un cáncer en el útero la dejó, el hijo puta.

Ahora lágrimas de otra raza se atrincheran en los párpados de la vieja. Me doy cuenta de que sus párpados tienen complejas redes de arrugas negras y verruguillas blancas, diminutas y brillantes.

Ahora viven aquí, enfrente de la imprenta.

Vuelvo a mirar a la vieja.

¿La imprenta?

Sí, donde compré yo este libro.

Sí, sí, la conozco, digo.

¿A mi nieta?

No, me refiero a la imprenta. A tu nieta no sé, ¿cómo es?

Pues muy guapa, niño. Muy guapa, es rubia, tiene los ojos marrones, un tipazo... Pero yo creo que no habéis coincidido.

¿Y qué hace aquí?

Pues qué va a hacer, hijo, cuidar de su madre. La pobre es más buena que nadie. Cuando le diga que está aquí el escritor verás qué contenta se pone. No conoce a casi nadie, es un poco rara.

La mujer que no conozco tercia:

Le salió el carácter un poco agrio como al padre.

No digas eso, interrumpe la vieja. Es más buena que nadie, ahí la tienes cuidando a su madre. Anda que el hijo puta ése iba a hacer lo mismo.

No hablemos más de estas cosas, dice mi madre. Ajena a todo, recostada en la compasión.

Eso, eso, vamos a hablar de cosas buenas solamente, dice la vieja. Y pregunta: ¿Y tú qué, Jonás, cómo te va con las chicas?

Miro a la ventana y suspiro.

¡Ay, niño, ten cuidado, que las mujeres son muy malas!

Las ciudades son espejos que reflejan una parte de nosotros, mi reflejo en Madrid me gustaba hasta que el cristal estuvo demasiado sucio, y en esta ciudad contrahecha, pueblo inflamado, mi imagen está deformada, aquí nadie dirá que estoy guapo desde que me operaron o lo dirán los ciegos: madre, abuela de Marcos, una tía soltera, una tía casada.

Aduladoras, bulímicas del cariño. Cuando alguien dice que no le gusta Madrid yo le abriría la cabeza para que Madrid mirase dentro y no estuviera triste.

He perseguido a la rubia, ni siquiera sé si es la nieta, no sé si es esa fracción de 214 que da tirones al final del hilo que la abuela me cosió a los párpados, la busco como si lo fuera. He sido centurión mirando a su puerta y cazarrecompensas en el mapa que le imagino, he preguntado en la farmacia si había pasado una chica rubia por ahí, con una madre enferma, se ha dejado un libro en un banco y no sé dónde encontrarla para devolvérselo, la farmacéutica me ha mirado y me ha dicho que deje el libro allí, ella se lo dará, percibo cómo la farmacéutica me miraba a mí igual que mira a los esquizofrénicos del pueblo que llegan a pedirle munición para cazar cordura, a disparos, corriendo entre las zarzas, he suspirado, su mirada policial me arrinconaba, le he dicho que el libro estaba en mi casa, he mentido, el libro está en mi mente y quiero ser yo el ojo y la boca que lee, el resorte que hace preguntas, antes de dormir sueño con ella, en la cama hago una invocación a su cuerpo, siento que me está curando, quiero estrecharla entre mis brazos y frotarme contra ella para limpiarme, tendremos que lavar las sábanas, saldremos desnudos al patio y los vecinos nos escucharán hablar y reír.

No sabe nada de mí. Sabe, quizás, que he escrito un libro.

Hay que apartar veinte listos vociferantes para sacar de debajo a un pobre inteligente. He participado porque mi madre ha conseguido que se me invitase, el casino estaba casi vacío, los radiadores encendidos como si no estuviera la primavera temprana tensando los cables de la luz con el agobio de todos, era un coloquio de la universidad popular y

en los pinos de la plaza un coloquio de chicharras, mis padres no tienen amigos pero un escritor vale su peso en oro, he ido con el traje puesto por delante, más bien lo llevaba encima, el traje y el coloquio eran ajenos, me han presentado al resto, aquí un escritor regional que publica su obra bajo el sello de la universidad de Murcia, poeta para más señas, las chicharras no se escuchan en el edificio, los pasos, las baldosas hablando con los tacones, aquí un crítico del diario La Opinión, no conocía tu novela, me dice, me ha dicho, pero ahora que te conozco intentaré encontrarla, me ha dicho, y sacaremos una buena reseña, me dice, quizás un reportaje, pregunta: ¿cómo vas de tiempo para unas fotos y una entrevista?, me recordaba al café y los dulces de la abuela de Marcos, aquí un profesor de literatura que asegura que me dio clase y que yo, cuando era un niño, ya escribía las mejores redacciones.

Hemos hablado de literatura, si mi cerebro es una caldera, y lo es, hoy la aguja marcaba menos de quince grados de presión, en algún momento la esperanza de encontrar entre el público una rubia que llega tarde, se escuchan las baldosas y los tacones, una puerta de madera, se sienta al final, me saluda con las cejas, después nos vamos juntos a tomar una caña, ella conoce a varios de los asistentes, insiste un poco para que vayamos con ellos pero al rato estamos solos, junto a nuestro amor hay una cama y una enferma, si mi cerebro es una caldera, y lo es, deja quemarse los sonidos que vienen de fuera para que yo escuche solamente los que vienen de ella, los que vienen de ti, la respiración agonizante de la madre no nos llega, las obras en la calle no nos llegan, dormimos juntos y nunca despertaremos.

No viene la rubia. Asientos vacíos y especialmente el suyo, éste o aquél, una mano se levanta y me pregunta a mí, ¿Jonás, te llamabas?, miro al hombre que pregunta, endomingado, qué

tiene un chico tan joven para ofrecer al mundo en una novela, y yo le digo que aunque parezco joven he sido viejo varias veces en mi vida, y todos ríen y más tarde vamos juntos a una cafetería, a mi madre la despido con un beso discreto que no desinfla su orgullo, le pregunto: ¿cómo es que no ha venido la abuela de Marcos?, me responde: estaba hoy bastante flojita, no te mueras, vieja, no te mueras, mientras estéis aquí viejas y enfermas la rubia rondará las calles, podré perseguirla todavía, no mueras y me pierdas la pista, pienso, y le digo a mi madre: en fin, me voy con estos señores a tomar un café y a seguir hablando, y eso es exactamente lo que pasa con dos diferencias, no tomo café sino que tomo un gintonic, y no hablo, hablan ellos solamente, hacen preguntas que ellos mismos responden, al poco tiempo estoy caminando hacia mi casa y la mirada se congela en ella, la rubia, nos miramos fijo, es un cruce breve pero intenso, me mira como si fuera a iniciar una conversación, a abrir una vida como quien abre una lata de cerveza, a cerrar una herida como quien pliega los párpados y se queda a dormir. No dice nada, seguimos de largo pero hoy he visto a la rubia, sí, hoy he visto a la rubia. ¿Me ha reconocido por la foto de solapa del libro? ¿Qué es exactamente lo que estaba mirando cuando se cruzó conmigo? Si mi cabeza es una caldera, y lo es, se deja enfriar para rugir mañana. De mañana no pasa. Mañana iré a buscarte, pienso, mientras mis padres y yo cenamos.

Mañana viene tu hermano, dice mi madre. Mi padre sonrío para que me alegre con la noticia.

Vivo en la renuncia, preguntándome para qué es tarde ya, qué cosas no se pueden hacer, qué queda abierto a esta hora en la periferia de la vida.

Soy el hombre de las cercas. Construí la primera en torno a mí mismo, la segunda encerró un barrio, con la tercera aislé al escritor que había querido ser, la cuarta dejó fuera a una ciudad. Ahora quiero cercarla a ella, construiré una verja y nos quedaremos dentro, será nuestro refugio contra el frío de Siberia, en el centro (mediré las distancias) una pequeña casa que nos protegerá con sus paredes de piedra, las ventanas mucho más pequeñas que la chimenea, mediré las aberturas y le diré: ven bajo las mantas, ella reposará la cabeza en mi brazo y sentiremos el peso del invierno, dormiremos, sólo quedará despierta la maquinaria bélica del viento que no podrá desbaratar nuestro bastión, las almenas peinarán al Bóreas, escucha cómo sopla, diremos, cómo nos entierra la nieve, diremos casi dormidos, y los arqueólogos nos encontrarán sonrientes y vivos bajo el hielo, los invitaremos a café y les haremos llorar, entrando en calor, destruyendo la profesión del desenterrador con la tozuda impertinencia de nuestro amor.

Ha llegado mi hermano. Hemos hablado de mujeres. He inventado lo que él necesitaba, y hemos salido a un bar para beber fraternalmente. Hoy tampoco la he visto.

Descubrimos demasiado temprano lo que significa democracia, recibimos el regalo de nuestros padres en las manos heridas de desengaño, democracia, lo sabemos, es el poder del pueblerino, no votamos ni opinamos, los asuntos públicos son ajenos a nuestros intereses, enterramos a Platón y Aristóteles en una fosa común, el mausoleo de las bibliotecas, y pululamos con los ojos puestos en el precio de nuestros tratados de postmodernidad. Somos la generación de la extrañeza, hemos roto las cuerdas del diálogo, los antiguos instrumentos de madera son ataúdes vacíos donde



encerraremos los cuerpos de los padres, igual que ellos hicieron con los suyos para convertir el poder de uno en el poder de la mayoría, pero nosotros hemos decidido que el poder de la mayoría descansa en la ignorancia, nosotros, los que no leemos ni aprendemos, los despreocupados, nunca la falta de atención provocó tanto recelo, nunca una revolución sucedió sin mover un músculo, dejamos que todo se agoste, nuestro sistema social morirá porque un día a uno se le olvidó regar las macetas, porque el compañero de piso no friega los platos, porque la leche está podrida desde hace semanas dentro de la nevera. Porque no nos importa. Descansamos el domingo democrático en la resaca de nuestro Sabbath, la única renuncia que no nos alcanza es la de la última copa, no os parece bien, padres, dejadnos solos, los templos que nos erigisteis serán vuestra tumba, nada más, vuestro olvido, el recuerdo de un tiempo previo a las naranjas mecánicas, anoche durante la jornada de reflexión, madre, en la televisión hablaba el presidente y el candidato, y mientras tú escuchabas lo que decían a España yo hice un tubo con mi voto y me metí el caos por la nariz.

¿No vas a votar?

No.

Deberías votar, aunque sea en blanco.

Mi padre es un hombre triste, solamente se ve, desde hace años, su cabeza calva y sus cejas preocupadas.

No entiendo por qué el voto en blanco vale algo.

Es una forma de decir que aceptas vivir en una democracia aunque renuncias a todas las opciones políticas.

Aquí, a millones de años luz de los despachos, el último anciano lanza su defensa, su estocada en el vientre del futuro que ha enterrado a todos los soldados, manifestantes y viudas de los abogados de Atocha.

Ese no es mi descontento, digo. Me da igual quién gane porque me da igual quién vote.

¿Cuál es tu descontento?

Pienso: Que tu voto vale lo mismo que el mío, y con el de mamá valen el doble que el mío, lo miro, la cabeza calva y las cejas preocupadas, está haciendo un anillo de ceniza en el centro del cenicero, fuma despacio, se entretiene en el borde del sueño, domingo, son las nueve de la mañana, digo: No sé, y él dice: estos jóvenes no tienen principios, debe pensar algo que no le llega a los labios y así, sin decir nada más, se marcha al colegio electoral muy puntual, y yo vuelvo a mi cuarto para dormir de nuevo, y me pregunto, perdiendo la consciencia, si la rubia irá hoy a votar.

Ir solo a tomar café como reclamo, poner el libro sobre la mesa y dar el primer sorbo, encender el cigarrillo como costa que enciende el faro, aviso y reclamo, aquí hay rocas mortales para el barco pero hay gente también, marinos, una isla con habitantes que a esta hora prescinden de la cena y abren las botellas de vino, nadie mira aquí el cigarrillo ajeno, nadie curiosear lo que lee el forastero, en el pueblo hay dos posiciones para la vida, lo normal y lo raro, no es normal, dice mi madre, que estés aquí encerrado en casa, dónde están tus amigos, no me gustan, digo, y ella dice: no es normal. Soy no normal en esta cafetería esperando a que ella u otra entre, pero en los pueblos no es normal la soledad, isla propia de locos y viejas tristes, la compañía,

andar buscándola, no salir de casa si no se va a ver a alguien, el solitario no provoca curiosidad, comentarios en todo caso lejanos al descubrimiento, conocen aquí a varios solitarios, ninguno llegó muy lejos, se construye hablando con otros, opinando de otros, vigilando en compañía, alerta siempre contra la soledad. Termino el café, pido un Martini, enciendo más cigarros y no leo, observo, finjo que me molesta una familia que viene al café con amigos y niños, les han dado ceras de colores y papel pero no callan, la manada se reúne, aprenden a estar siempre juntos, termino el Martini, salgo a la calle terminado el tiempo de inútil espera, recorro el camino conocido, el camino de la desconocida, la puerta de su casa acaba de cerrarse, corro tras esa puerta que se cierra lo suficiente para escuchar pasos en la escalera, pasos de hombre, quién dijo que ella está sola, vuelvo a caminar y nos cruzamos cuando ella sale de la farmacia. Nos paramos, el corazón sigue latiendo, acorralado entre las costillas.

Me ha dicho la farmacéutica que me viste perder un libro.

Hola. Debió equivocarse de persona.

Hola. Lo veo difícil, aquí todo el mundo sabe quién es quién. El hijo de Marta, me dijo, el escritor. No creo que haya muchos por aquí.

Su acento, efectivamente, recuerda a Barcelona. Me reconoce y sonrío.

¿Por qué vas tanto a la farmacia?, pregunto.

Te lo dijo mi abuela, mi madre está muy enferma.

Me deja sin palabras, sonrío, me reconoce, sonrío. No veo por dónde salir, así que dejo que ella siga.

Tengo que irme con ella.

Claro. Cuídala bien...

¿Y tú qué haces aquí?

He venido a que me cuide mi madre.

Se ríe.

¿Le das mucho trabajo?

No tanto como tu madre a ti, pienso, y digo:

No...

Mi madre sí que me da mucho trabajo.

Sonrío.

¿Conoces aquí a gente?, pregunta.

No mucha.

Me podías presentar algunos amigos.

Sí, si quieres... No conozco a mucha gente.

¿Tienes móvil?

No, lo dejé en Madrid.

Bueno, sabes dónde vivo. Es el segundo. Si vienes puedes llamar al telefonillo. Yo salgo muy poco de casa, y mi madre no se despierta.

¿Seguro?

Sí, la medicación la hace dormir muy profundamente.

Pasaré, pasaré. Podemos dar una vuelta mañana por la noche.

¿A qué hora pasarás?

No sé, ¿las once?

Me parece bien. Ya estará dormida a esa hora.

Vale, encantado de conocerte. ¿Cómo te llamas?

Me llamo Irene. Tú te llamas Jonás.

Asiento. Me reconoce. Nos damos dos besos. Se encierra en su portal, marchó.

Se llama Irene.

Se llama Irene.

Se llama Irene.

Estás raro, dice mi madre durante la comida, mi hermano se ha ido esta mañana, nos hemos visto poco, quizás él también sabe qué hermano tiene y como mis padres pregunta poco, y aún menos, ni siquiera los avisos prudentes, estás raro, él simplemente bebe mi amenidad conmigo, me acerca a él sin palabras antes de marcharse, mi madre me está mirando y mi padre se ríe tristemente y bromea con la resaca, mi madre mira hacia otro lado, fija los ojos, creo, en el cesto de fruta nueva, me siento obligado a cuidar de ellos, siempre acaba siendo el enfermo el que debe cuidar de sus cuidadores, he quedado con una chica esta noche, digo a mi madre, mi padre sonrío tristemente, ¿y quién es?, pregunta, y yo: da lo mismo.

Pregunto: ¿Quién ha ganado las elecciones? Mi padre me da la respuesta, se ufana por un instante, contra todo pronóstico, leo en el periódico que hay encima de la mesa, ha ganado uno de los dos partidos. Deseo, padres, pienso y no hablo, deseo curarme y traerla a casa, ser el hijo pródigo, volver a escribir, responder a todas las preguntas despreocupadamente, ¿Hace mucho que no ves a Irene? No sabemos nada de ella, dice mi madre, y yo pienso: no sabéis nada de ella porque hace dos años, cuando me operaron, ella no se había separado de mi cama, esa otra cama tan diferente, protegida de los movimientos y vaivenes del amor con correa y vigilancia clínica, me pusieron, recuerdo, un refuerzo en torno al cráneo, y unas vendas en las manos para que no me rascase la cicatriz mientras dormía atado, ellos no saben, no, que la herida está cerrada, que hubo que drenar a Irene de dentro del cráneo con una lenta y dolorosa cura, y que ya ha sido arrasada, la memoria se prepara para recibir el nuevo sentido del mismo nombre, dentro de poco al pensar en Irene ya será otra por completo, cuando preguntéis por Irene, padres, podré responder, mi padre sonreirá menos triste, mi madre dejará de preguntar, me iré a vivir a Barcelona y no habrá más nombres de mujer que el de la ciudad y el suyo.

Cuando terminamos el vaso y queda el hielo sin abrigo y cuando terminamos la amistad y queda el nombre desnudo pasa igual, hay que volver a llenarlos, la memoria del beso y del alcohol es la misma, buscamos con los ojos la próxima botella aunque no sabemos si funcionará, yo sé que funcionará, Irene, ya la estoy llamando con el mismo nombre, la nueva, he dibujado el mapa de las calles, todo cuanto nos ofrece este pueblo amuermado lo beberemos antes de romper las viejas copas, vamos a pasear hasta el BuleBar, tomaremos vino dentro y luego caminaremos por las calles altas que llaman el Castillo, miraremos el belén

desde la cima, las bombillas de la calle que aguantan la lluvia, ella no es de aquí, Yecla, la plaza de muerte para enterrar una madre, volveremos juntos a la vida, ven, Irene, ahora paso de la muerte a la vida, hagamos menos doloroso el salto del vacío a la existencia, yo he pasado primero, seré la mano fuerte que empuja la puerta. Son las diez y media. Me visto, me pongo guapo en el espejo para que encuentre la misma imagen que dejo aquí cuando apago la luz. Tengo prisa por conocerte, temo hacerlo mal, seré paciente, no te haré daño, no volverá a pasar lo que pasó, te amaré como el fuego débil que penetra en la madera, de dentro a fuera, nos calentaremos al calor de las brasas y al terminar la noche escaparemos al mar. Siberia será el último desierto.

Me espera en la puerta de su casa, al verla pienso que Irene y yo somos jóvenes y esto quiere decir que moriremos de una enfermedad que todavía no existe, de la próxima enfermedad que cogerá indefensos a los hombres, será una enfermedad con la eficacia de una plaga y concienzuda en su larga relación con el enfermo, irá apagándolo sin prisa, el exquisito dolor, la progresiva atrofia de la vista impedirá leer, ella está radiante y hoy hace calor para que muestre bajo el vestido las curvas que la chaqueta tejana disimula. Ahora nos damos dos besos como si ya nos conociéramos, como si ella ya hubiera comprendido qué enfermedad desconocida nos acompañará hasta el final de la existencia, como si ya pudiera advertir a mi hermano pequeño de que él también sucumbirá con la grandiosa infección, él y todas sus mujeres, todos los amigos que todavía no ha conocido, como si pudiéramos hablar ya de la lista de muertos que no tocará a ningún literato porque ésta será la enfermedad que arranque a las personas sanas y deje en el mundo solamente la lucha encarnizada, será la enfermedad que borre a los lectores, que deje mudos en su ruido de teclas a los escritores y abarrote las estanterías

de libros como el cáncer abarrotada de células enloquecidas a los órganos, libros que no tocará ninguna mano ajena a las rencillas. Dos besos como si ya nos conociéramos, debo romper mis pensamientos de enfermo del futuro y romper los pensamientos de mi enfermedad presente, hablar de la vida a quien vive de cerca la enfermedad, cómo está tu madre, pché, farfulla, dormida, algo es algo, digo, ella asiente y le pregunto qué le gusta hacer en el pueblo, no es tímida, dice que se aburre mucho aquí y nos reímos cuando yo respondo que entonces no sé qué cosa nueva enseñarle. Pero vamos juntos cuesta arriba hacia la plaza del ayuntamiento, aquí hubo una fuente con leones, le explico, ahora está la estatua de Azorín porque Azorín estudió aquí, escribió frases insustanciales sobre Yecla que ahora puedes ver grabadas en piedra y perforadas en placas metálicas aquí y allá, sus observaciones sobre la Iglesia Vieja son observadas por los curiosos que leen la placa, hablo con Irene de Azorín, a quien ella ha leído para sorpresa mía, ¿de verdad lo has leído? Irene me mira un poco perpleja y me pregunta si yo no. Confieso que sólo he leído Madrid, un libro raro que encontré en un puesto de viejo. Yo creo que Azorín está muy maltratado por el tiempo, responde, que por visitar tanto las provincias y dejar clara su fascinación hoy está encerrado en ellas. Lejos de los corrillos eficaces, digo yo. Leemos juntos la inscripción en la pared de una cava, un conjunto de azulejos pintados desde los que también habla Azorín. Está encarcelado en la fórmula química de la tinta sobre cerámica de este pueblo y de otros, quisiera decir, pero digo: es verdad que la literatura española detesta a las provincias, para triunfar hay que escribir en Madrid o Barcelona y escribir sobre estas ciudades, o irse a Nueva York como hacían Ray Loriga y los de su tiempo. Como hiciste tú, dice ella un poco risueña, conservando el as en la manga pero sugiriendo que lo tiene. Me sonrojo y no



sé qué responderle: Yo no triunfé, balbuceo. Pero te fuiste a Madrid porque querías ser escritor, y yo he venido a tu pueblo y he acabado leyendo tu novela. Intuye que me incomoda hablar de esto pero no sabe por qué, así que debo ser amable y risueño, pero quizás ella advierte mi pesadumbre o casi mi enojo, y añade: tu novela a mí me pareció un triunfo, me gustó mucho. Yo bromeo: llevamos hablando media hora y ya me dices que te gustó la novela, ¿no serás una fan? Ella se ríe, pero no ha tenido esto mucha gracia. Ella es amable, no se puede ser irónico con las personas amables, la amabilidad es de cera y la ironía un alfiler al rojo, un metal agresivo, la espada en una mano incómoda de ser mano frente a la mano tendida de la amabilidad. Seguimos caminando en silencio, ella mira al suelo, quizás la he molestado, quizás me ha molestado a mí, incómodo doy un paso tras otro y voy mirando sus piernas: las tibias perfectamente estiradas como palos de canela, ella dice: las caras de la torre de esa iglesia me dan muchísimo miedo. Yo nunca me había fijado en esas caras. Un rey, un apóstol, una mujer con expresión suplicante, tan altas y tan a contrapelo de la mirada que duele el cuello, un hombre barbudo que podría ser Bin Laden, una calavera humana. A mí estas cosas, más que miedo, me provocan mucha curiosidad, como morbillo. Ella responde casi sin escucharme: me dan miedo porque me pregunto si ese esqueleto, cuando construyeron la torre y colocaron las caras, era un rostro de humano joven.

Y tengo que admitir que no puedo haber encontrado mejor compañía. Y de camino al Castillo por las altas veredas y las casitas de bruja en las que el pueblo se convierte en una delgada pata de araña zigzagueante hacia la altura en la que se frena, sólo pienso dos veces en mi desgracia. Cuando contemplo la extensión acostada de Yecla a nuestros

pies y todas sus casas abarrotadas y podridas de secretos. Cuando, sentados en el breve mirador de piedra, ella se quita la chaqueta e intuyo sus pechos bamboleándose sin sujetador dentro del vestido. Y son sólo dos instantes, pero me cuesta un buen rato recuperarme, volver a sentir la luz. La luz crepuscular con que acaba un nuevo día o empieza mi curación.

El día no es la medida del tiempo, el ánimo es la única medida del tiempo, pasan 24 horas nerviosas, pasa el júbilo sobre los baches de las horas, pasa el tedio, mi madre, para sorpresa mía, me dice que parezco contento, que tengo buena cara, yo, para sorpresa suya, me levanto, desando las losas de la cocina hasta ella, le doy un abrazo, le digo a la mujer que es mi madre: mamá, estoy contento, no sé por qué. Y ella me mira, me dice que todo lo malo se pasa, yo pienso en Shakespeare: hasta en el día más borrascoso el tiempo y las horas pasan, pero la ciudad quedaría húmeda, humillada por el cielo, y quizás mi madre llorará con alivio esta tarde cuando yo salga, quizás llorará por el hijo contento que recuerda demasiado al hijo triste, triste y contento, pienso ahora: demasiadas horas he perdido en la cuenta de este rosario, demasiados siglos perdidos si nos sumamos todos, si ponemos sobre la hoja de contabilidad las horas que todos hemos amaestrado en la conversación o el pensamiento para calibrar el ánimo, demasiadas veces hemos sopesado nuestro *mesientobienmesientomal*, demasiadas veces caníbales. El tiempo y el ánimo se funden en una criatura siamesa, en un embrión inviable que no se mueve ni crece, que no mira ni habla. Oigo trastear a mi madre en la cocina, sus ojos no verán la espalda del hijo subiendo y bajando las cuestas junto a la espalda de la chica, la espalda que no es espalda para mí.

La cita sucede. La veo. Irene me espera. Me acerco. Hola, me dice. Hola es la palabra sin duración.

Iremos juntos al bar y entre los hombres y las mujeres del pueblo seremos un hombre y una mujer, tomaremos el vino del Conde, iremos también al jardín donde hubo un templo y hoy un quiosco para comprar gofres, hablaremos de lo que ella quiera hablar y de lo que yo quiera hablar, hoy he visto a un negro solitario sentado en un banco, pelado de frío, tenía un cuaderno en la mano, pasé por su lado y miré el cuaderno: era una libretita de papel cuadriculado en la que se esforzaba por escribir: A B C D E tachón F G H I... trazos torpes y esforzados, un negro que aprendía con disciplina a escribir, le contaré esto, me permitiré llevar las riendas de la conversación, le contaré muchas otras cosas que veo y ocurren, vendrán las anécdotas, le explicaré que una señora me paró en la calle y me dijo: pensaba que eras tu madre, hablaremos de asuntos importantes también, hablaremos de nuestra huida, empezamos a caminar y refresca rápido, entramos en un bar que resulta desahogado y pequeño, tomamos vino, bebemos lentamente de la copa y el ruido de los borrachos nos enmudece, quizás hay sensualidad en su forma de sonreír un poco bajando la mirada pero el ruido es demasiado, iremos al castillo otra vez a buscar el silencio o quizás cambiando el plan del día anterior, el plan del día feliz, nos acercaremos a la estación de tren abandonada, no sé por qué en este pueblo ya no hay tren, le diré, tendremos que organizar nuestra fuga en coche, le diré, caminando hacia la estación no encuentro de qué hablar, la llevaré a otro bar, pondremos vino en la boca que no encuentra palabras, nos entrará la risa, nos reiremos sin parar, pero ella de camino a la estación está pensativa, está grave, iremos a distendernos y comeremos un gofre y le diré que el gordo de gafas de culo

de vaso que los vende en su puesto de aluminio se parece a un criminal de *A sangre fría*, al biólogo que mató a su familia y dibujaba siempre comida esperando el ajusticiamiento, así mismo lo imaginaba, exactamente así, pero el parque está tan lejos como puede estarlo en este pueblo inflamado, seguimos caminando a la vieja estación y algo se quiebra en el tiempo que estamos prolongando, pasaremos por otro lugar, las casas de estas calles son casas sin más, archivadores de familias, la luz del cielo se atenúa, otra luz parece apagada sin pulsar el interruptor, la bombilla en su sitio, hoy trasnocharemos. Parada, Irene pone la mano con la palma hacia arriba para sentir pequeñas gotas azules, me dice que debe irse con su madre, que hoy estaba especialmente mal, que le preocupa. Claro, digo yo, y miro todo como a través de un ojo vago. Ya no paseamos sino que cerramos con pasos la duración del paseo, hablando de su madre y la salud, hablando de las etapas del cáncer como estudiantes llegamos a su puerta, ella me besa la mejilla, sonrío superficialmente, la sonrisa ha sido una mancha en la cara, iremos a tomar copas y bailaremos, ella reirá por mi forma aparatosa de mover los brazos, por mi incapacidad para mover la cadera, la hará más feliz mi torpeza que la agilidad de Fred Astaire, iremos a vivir otra ciudad y apilaremos los libros en el suelo de una casa que no hemos visto, vuelvo a casa y mi madre al entrar me saluda demasiado simpática, escapo sin decir nada a mi cuarto con la única intención de cerrar una puerta.

El ánimo es una medida de tiempo. El día es una medida de ánimo.

La sordidez es puñetera. Pido generosidad y cuando llamo a Irene no descuelga el teléfono. El vaso de la primera quedó sucio de sabor y la segunda se contagia de silencio,

me pregunto sin preguntar, con terror, con pena, si el terror es una clase agresiva de pena, si reduce la persona a pelele y por tanto a objeto de lástima no por lo que ocurrirá sino por la incapacidad para defenderse, vuelvo a llamar y nadie descuelga. Ayer el día fue suficientemente malo como para no dormir, por qué me hice ilusiones si siempre es igual, la aburrí, todos mis planes habían sido erróneos porque se basaban en la certeza de que ella los aceptaría y sería receptiva, ocurre lo mismo en las utopías de la política, el gran error de la izquierda es pensar que las personas son individualmente buenas, que pudiendo hacer lo peor para sí mismas y los demás, harán lo mejor, hoy vagueo y me levanto tarde, no veo el momento ni la razón de poner los pies en el suelo, mi madre toca la puerta y me mira asustada, yo no digo una palabra, ella permanece muda, se marcha sin cerrar la puerta. Froté la cabeza contra el día de ayer y la cabeza no ardió, fui fósforo mojado que se descarta. Todo es inútil. Comemos en silencio hasta que:

¿Es que ayer te pasó algo, Jonás?

La calvicie cabizbaja desde la que mi padre mira a su hijo come poco hoy.

No, salí un rato pero me aburrí, me aburre este pueblo.

Mis padres quisieran mirarse y sé que no se atreven delante de mí. Que lo harán cuando yo vuelva a mi cuarto. Que hablarán o se lamentarán en silencio.

Me dijo la abuela de Álvaro que has salido con Irene.

Mi madre es un ojo ciego empecinado en ver a través de la pregunta. Siento nervios, siento ganas de dejarme la comida a medias, de dejar todo a medias, de no comer más.

Sí, la he conocido. Es simpática.

Quiero preguntar qué ha dicho ella de mí y el único problema es que mis interlocutores son mis padres, que de mis preguntas querrán ellos saber demasiado.

La pobre chica está pasándolo fatal. A su madre no le dan más de un mes, tiene un cáncer muy extendido.

Mi madre, creo, siente envidia de la desgracia ajena.

Sí, algo me contó Irene, y pronunciar su nombre con mis padres es calzarme un zapato demasiado pequeño. Remato diciendo: en fin... todo muy sórdido.

Mis padres sienten la acusación. Mi madre se levanta para dejar su plato en el fregadero.

¿No quieres más?

El resto del día es igual pero yo no intento hacer la llamada sino que me planteo llamar a la vieja Irene con una especie de lealtad o nostalgia, la tarde es lenta, un par de rodillos de goma que se demoran en pasar página. Cuando un mensaje de la rubia me dice que nos volvamos a ver a la noche, recupera su nombre. El día, aunque atardece, recupera la luz. Empiezo el ritual alucinado de ponerme guapo ante el espejo. Hablé de mí a su abuela, le dijo quizás que soy guapo. Le dijo quizás que hoy la besaré en acción de gracias por curarme. Soy un enfermo difícil.

Llego puntual, como un conserje, como un celador ante su puerta de siempre llamo, según su indicación, al segundo, la puerta de la escalera está abierta, nadie contesta y vuelvo a llamar, quizás me precipito, pienso, si es que el ahorcado se

precipita intentando desasirse ya colgado de una viga, llamo de nuevo y nadie contesta, emprendo la subida escaleras arriba y cuando estoy en el segundo saludo al hombre del chaleco reflectante que hay en la puerta de la casa, lo siento, me dice, doy cuatro pasos y el descansillo con cuadros kitsch me lleva a un salón, dentro hay una mesa con tapete de ganchillo, dos sillones frente al televisor apagado, una puerta abierta de la que viene la conversación amortiguada, son cuatro pasos y estoy asomándome a la nueva estancia, la muerta está destapada, mantas y sábanas replegadas dejan ver los pies que salen del camión, quizás se enfríe, pienso, la muerta. La rubia viene hasta mí, veo frascos de inútiles medicinas y hay quien, meses más tarde, recuerda tirarlas a la basura, el médico toma anotaciones en un cuaderno, el estetoscopio cuelga sobre el pecho buscando quizás en el hombre lo que no ha podido encontrar en la madre, ella viene, sin lágrimas, como quien da el pésame por un conocido lejano me dice: ha sido esta tarde, llevaba toda la mañana vomitando sangre, ya está, no me muevo, no hay abrazo de consuelo a la desconocida ni palabras, el médico sigue escribiendo en la libreta, ella mira el cadáver sobre la cama, destapado, le han cerrado los ojos y la boca, me pregunto si ella misma, antes de llegar los médicos, cerró a su madre los ojos para que no sintiera vergüenza cuando levantasen las sábanas, la mirasen de arriba abajo, quizás tomaran el pulso como trámite y dijeran: tu madre no está en la habitación. Podemos, pienso, ir a buscarla, pero ella sigue a mi lado, mira a la muerta junto a mí, como si ya me conociera, el médico se nos acerca, no tenemos nada más que hacer, mañana a las nueve si quieres nos la llevamos, ella se extraña, miro a la muerta y me pregunto si será dentro de una bolsa negra como el médico piensa llevársela, es para que puedas velarla, dice, y ella, Irene, agita la rubia cabellera y pide si es posible que se la lleven ya mismo, el médico

refunfuña, bien, dice, y como si hubiera estado espiando, como si esperase eso que ocurre en el último momento, una resurrección, le ahorrarse el trabajo, aparece el ayudante, vamos a bajarla a la ambulancia, y qué extraño, pienso yo, que no me haya fijado en la ambulancia, quizás, pienso, no tenía sitio para aparcar. Ella me dice: ven, no quiero ver cómo la levantan y se la llevan. Sí, murmuro, me oigo a mí mismo como si mi voz pasase a través de la que está en la cama o del mudo estetoscopio, y juntos atravesamos el salón y vamos a su cuarto, sin pajes ni ceremonia, sin comitiva cierra ella la puerta, se sienta en la cama, se tapa los ojos con las manos y lloriqueando me cuenta que su madre se ha muerto.

Ella continúa llorando y yo sigo donde me dejaron sus lágrimas, junto a la puerta, se nota que su cuarto de aquí no es su cuarto como ocurre con el mío de aquí, office de mi padre, el suyo es una cama y una máquina de coser, mortajas, pienso, no digo nada, es posible que ahora alguien en mi lugar se sentase con ella en la cama, pasase el brazo sobre sus hombros y la apretase dulcemente mientras el llanto ya va cesando, ella levantaría entonces los ojos y yo sería la primera visión después de la madre muerta, los patos, recuerdo ahora, leí, graban en su cerebro la primera pata o cosa que ven al salir del cascarón, unos científicos, recuerdo, leí, pusieron una pelota de goma en la intimidad del nido junto a los huevos calientes, uno ya se abría trabajosamente a la vida aérea. Sigo en mi puesto, celador o guardián de un huevo que se abre, ella levanta los ojos y me mira, se ríe, perdona, dice, vaya espectáculo te has comido, y yo paso a paso me acerco, flexionando mis piernas sin hacer ruido me siento, no pasa nada es lo que digo y sí pasa, como si el huevo se hubiera abierto me abraza, pongo las palmas de mis manos en su huérfana espalda, el tacto de su vestido



primaveral y el calor que hay debajo, le tocaría la cara para llevarme sus lágrimas a la boca y diría otra vez que no pasa nada, o diría, pienso, mi madre también morirá un día. Pero ella no exige ninguna cosa, llaman a la puerta unos nudillos y se me hiela la sangre, imagino a la madre levantada, pálida, antes de irme, hija mía, y la voz será como de corcho, antes de irme aléjate de ese hombre, hija, se me ha helado la sangre pero ahora me entra la risa, al otro lado de la puerta el médico llama: mañana por la mañana puedes venir al tanatorio del hospital, ya la hemos bajado abajo, dice, bajado abajo, pienso, a las tumefactas cavernas de los muertos, no digo nada, ella le da las gracias y yo me quedo taciturno en la forma del verbo, “puedes” y no “podéis venir”, como si la mirada del médico me hubiera descubierto, me ofendo, creo, por qué no “podéis”, ¿qué ha visto?, ¿es que está ella sola?, pero Irene se muestra dócil, da las gracias, acompaña al médico a la salida y yo me quedo en la cama, esperando a que ella vuelva y rezando porque no decida acompañar al cuerpo de su madre en el último momento, o decida acompañarse del cuerpo del médico, como si me hubiera descubierto, como si las sábanas, replegadas a mis pies, le hubieran dejado ver las marcas del frío siberiano.

Me ha pedido que me quede con ella. ¿No quieres salir a darte un paseo?, pregunto, la lámpara tenuemente ilumina sus mejillas mojadas, sí, vamos a dar un paseo, dice, y rápidamente se pone un abrigo porque fuera, por alguna razón, caen las últimas esquirlas de un invierno furioso que ya creíamos todos enterrado bajo los adoquines. Salimos juntos, ella primero, mi mano sosteniendo la puerta, dejamos la casa vacía, sin madre y sin muerta, la luz, dice, la he dejado encendida, y entonces, como si ordenase acontecimientos, sigue andando y dice que así mejor, que así no tendrá miedo

cuando vuelva a casa, y sola, pienso, abra la puerta y corra a su habitación a encerrarse, a no dormir, a esperar las horas que llevan al tanatorio y separen finalmente los dos cuerpos que fueron uno, pienso, ella camina delante de mí y no quiero dejarme atrás, me pongo a su lado, sin decir ni una palabra que solivianta a nuestros pasos vamos mirando las ventanas encendidas, como la de su casa, pienso, y digo: ¿no te preguntas qué hacen los que tienen la luz encendida cuando la mayoría de la gente está durmiendo?, y ella responde que ven la televisión y aunque la respuesta es sosa yo la quiero más ahora, tienes razón, digo yo, es una verdad que difícilmente se aguanta cuando uno está solo y pasea, pero que ahora es cierta sin más, con ella, porque sé que con ella apagaríamos o encenderíamos la luz y nos daría igual.

Vamos a hablar de algo, Jonás. ¿Qué estás escribiendo ahora?

No sé qué decirte. Ya no escribo casi nada. (Es la primera vez que pronuncia mi nombre a mi lado)

Pues es una pena, dice. Vamos a hablar de algo.

Se me enciende por dentro el cuerpo, una luz que va atravesando los túneles para llenarlo todo, «es una pena» es lo que ha dicho, ¿te gustó tanto mi novela?, y ella me mira como si le hubiera preguntado la edad, como si al ver un niño hubiera hecho la típica broma de quitarle el juguete, me mira así, la luz desborda los nervios, alborota las respuestas, claro que me gustó, dice, me encantó y me puse celosa al ver que se la dedicabas a mi abuela, dice, y yo intento no sonreír demasiado pero ella entonces se achanta y se entristece, ¿cómo se lo voy a decir a mi abuela?, pregunta, y yo no digo nada, no, no sabría tampoco, pero la luz no se apaga, llegarás a su casa y sabrás qué decir, digo yo, y ella

responde: me pondré a llorar en cuanto la vea, y ya están las lágrimas otra vez pero yo le digo: pues eso, Irene, que sabrás qué decirle. Irene me mira y me dice: es una suerte que te hayas encontrado conmigo, para mí es una suerte, perdóname si te parezco egoísta. La luz es fuego, un aliento. Para mí es un poco como si te conociera, dice. Leí tu libro cuando mi madre enfermó. Dejé a mi novio porque él no entendía que me marchara y para vengarse se estrelló esquiando contra un árbol. Un aliento que se atasca. ¿Murió tu novio? No. Se hizo daño esquiando en Suiza, chocó contra un árbol, dice, hubiera sido una muerte cómica, pienso, un esquí a cada lado del árbol, las piernas estiradas, pienso y no digo nada, vaya, digo, pero ella sigue ladera abajo, se portó como un cerdo, dice ella, es como si se hubiera muerto, se ha muerto para mí, dice, fue el momento más duro, vine aquí a ayudar a mi abuela con mamá, mi vida en Barcelona no tenía sentido y mi abuela me dio tu libro. Lo he leído otra vez mucho después, cuando ya casi no recordaba lo sucedido. ¿Cuántos años tenías?, pregunto, y ella dice que hace tres, doscientos catorce, pienso, un novio que no leyó, que siguió su línea de descenso sin interrupción, que no derrapó al final de la pista y siguió y siguió hasta que era blanco como la nieve, tan blanco como la página, el caso, dice, es que he estado un poco sola, mi madre estaba un poco... ida, vuelven las lágrimas y se para, se sienta en un portal y yo la observo de pié, no me muevo, ella llora de nuevo y yo la miro, no hay ventanas encendidas en esta calle, no hay ruido de coches cerca, solos, digo, hemos estado solos mucho tiempo, pienso, ella pregunta ¿solos?, y yo me siento a su lado y digo que sí, y se ríe y dice perdona, y seguimos caminando, y no estamos solos, pienso. Y no digo nada.

Luego ha sido el bar, donde hemos hablado de mi novela porque ella me dijo: háblame de lo que escribes, no me dejes pensar en otra cosa, y yo con el fuego en los labios y el alcohol era todo palabras, rió la broma resucitada, conversamos, lees muy bien, le dije, cuando ella me confesaba su admiración hablando de mis palabras como si las hubiera escrito otro, no sé, un escritor. Luego ha sido su casa, donde ha dormido a mi lado. Y despierto toda la noche la he mirado dormir. Espero que no te violente, dijo, dormir conmigo. Y yo le dije: no me violenta, y la alegría de que fuera verdad me agitó como un abrazo. Me da mucho miedo quedarme en casa. Déjame durmiendo si quieres y vete, o quédate, pero sólo está mi cama. Hemos apagado la luz y se ha quedado encendida. Duerme pegada a mí como quien deja el libro abierto sobre el pecho, me he curado, me digo, quisiera decírselo, despertarla suavemente, me he curado, la cama es pequeña y quizás mañana todos volvamos a nuestra casa, se levante el telón y la vida vuelva a sus monólogos, casa a casa todo termine aunque pienso que no importa, yo he sido el celador ante la muerte, la he ayudado, pienso, a vivir un duro momento, y a cambio ella me ha curado, sin dar un solo beso, sin una caricia, duerme conmigo porque no hay más camas, porque la otra cama, dice, tiene las sábanas sucias. Y duerme tranquila, un desconocido con ella, sí, pero un desconocido al fin inocente.

Nunca más escribiré, pienso. Escribí mi novela para que la soledad no la arrastrase ladera abajo, ella misma lo ha dicho, escribí una novela sobre el mar para que el agua salada diluyese la nieve, en el cielo estalla rota Siberia, baja en forma de lluvia tenue y helada a pelearse con las luces de las farolas, avasalla la primavera temprana, volverá, pienso, calentará, pienso y los cristales se han helado de vapor, intuyo

bajo las mantas su pecho respirando pegado al mío, sin rastro de mi erección primera acaricio su huérfana espalda, abre los ojos y sonrío, no se asusta, los cierra y es posible que al poco tiempo esté casi soñando los días que vienen detrás, los días que vienen a mostrarnos en sus manos el sol, Barcelona reconstruyéndose en el filo del sueño, la calle amable donde los demás me mirarán porque voy con ella. No quiero escribir nunca más. Trabajaré, quizás trabajaremos juntos, las puertas del encierro se han abierto, adiós de vuelta, pondremos un hotel y atenderemos a los turistas, alguno me mirará con odio cuando ella, la deseada, se acerque adonde intento hacer las cuentas que nunca cuadran, ponga sus manos en mis hombros, los apriete suavemente y quién sabe si hijos, no seré nunca más un murciélago, la aventura será el paseo y trabajosamente enseñaré a leer a alguien, un día tu padre escribió una novela, dirá ella mientras el niño ya se duerme, nadie podrá creerlo, adiós de vuelta, los ojos del lenguaje se cierran y veo los sencillos párpados echados a tierra, la casa será para vivirla, casa diáfana con los libros para las manos y nunca más para la boca, viejos en los anaqueles, no más libros dentro de mí, la luz, casi ha amanecido, la luz, pienso, está siempre fuera de Siberia.

Pero el condenado siempre tiene que esperar. La condena es siempre la espera.

Por fin alcancé mi casa. Abrí la puerta para verla arder.

Medio dormida ya volvieron las lágrimas a su último asalto, una varianza en la respiración me puso alerta y la descubrí llorando bajo la manta, ¿qué tienes?, pregunté, y me dijo que estaba soñando con un viaje en submarino, que había visto peces mortales con espinas violetas, lanceando el agua con

sus espasmos natatorios, algo de eso dijo, peces morados, lloraba, y yo dije que era bonito pero ella me respondió, ya volviéndose a dormir, que quería ver a su madre, que había bajado sueño abajo para encontrarla viva, no necesariamente curada en su sueño, quiero oírla hablar, me dijo, que me diga algo, sentí lástima por esta compañera que no se ha despedido como debe y le dije que su madre estaría cansada, que ya volvería, que sus sueños serían el punto de encuentro, dije, temiendo ser demasiado cursi, pero ella dormía de nuevo y no sabía que yo, como la madre, tendría que desaparecer sin despedida y sin tañido de campanas en unas pocas horas.

## Epílogo

Jonás abrió la puerta de su casa, eran más de las nueve de la mañana. Había dejado a Irene en la puerta de la casa de su abuela, se dieron un abrazo que él sintió más próximo que su cuerpo en la misma cama, un abrazo que prometía continuación. Pero un preso siempre espera el final de su presidio, espera hasta que es libre, fantasea, las horas siempre son las que quedan. Regresó a casa alegre, sus padres, ya despiertos, pedirían en silencio la explicación, y ahora el misterio de Jonás sería simpático, ellos lo entenderían, se dijo, y abrió la puerta de su casa.

La conversación en la cocina era poco frecuente a aquellas horas, sobre todo lo era entre dos mujeres, una joven, intuyó, pero la voz, que sonaba amortiguada, era desconocida, una vecina madrugadora, pensó, una amiga de su madre que reiría al verlo entrar y haría alguna broma.

Y así, Jonás abrió la puerta de la cocina y vio primero a su madre, y otra mujer que se daba la vuelta, una cara conocida regresando a sus ojos, Sofía, murmuró, y su madre sonrió y salió de la cocina, y al salir le dio un beso, un beso resonante, y le dijo: tu amiga acaba de llegar, le he dicho que te esperase aquí, yo me voy a la compra.

Y lo ha dejado solo, en la puerta de la cocina. Y Sofía ha borrado su falsa sonrisa y se ha levantado. No la recordaba tan alta.

¿Qué haces aquí?

Me dijo tu amiga Irene que te habías venido a vivir con tus padres.

Irene desencajada, la palabra fuera de los raíles ametralla en

su choque la realidad, la vieja Irene, tramando en la distancia la venganza, vagones cargados de nieve que vuelcan sobre Jonás en este descarrilamiento.

¿Dónde podemos hablar?

No recordaba su voz tan grave.

Vamos a mi cuarto, dice él, no piensa que ella vaya a tener miedo, no piensa, caminan hacia el cuarto y ella misma cierra la puerta. Sus ojos están rojos. No he dormido, dice. Está llorando y lágrima a lágrima Jonás recuerda su crucifixión.

¿Se lo has dicho a mi madre?

Tu madre es muy amable y no tiene la culpa de nada.

¿Qué quieres?, masculla él.

Leí tu libro.

Un abismo y otro y otro. No llegará el árbol que lo mate, el final de esta caída, piensa.

Me pareció muy bueno. Lo leí varias veces seguidas, quería limpiarme. Sabes lo que me hiciste. Abusaste de mí. Me violaste y lo sabes. Te has venido aquí porque además eres un cobarde. No esperaste a que yo me recuperase y me enfrentase contigo, pero he venido a verte y ahora tienes que escucharme.

Te escucho. Jonás escucha también su propia voz.

Leí tu libro. No podía creer que hubiera algo bueno en ti, estaba furiosa. Más de una vez lo tiré contra la pared, quería matarte. Ahora no quiero escucharte. No sé por qué me hiciste eso.



Yo...

No te he dicho que quiera saberlo. O no así. No vas a decirme la verdad. Has sido débil y seguirás siéndolo. Me hiciste mucho daño, me daba vueltas la cabeza, pensé que me querías matar.

No... No...

Déjame terminar. No he venido hasta aquí para escuchar tus disculpas. Nunca te perdonaré. Anoche monté en el autobús y he estado temblando en el asiento. No podía quitarme de la cabeza que hoy te vería, que llamaría a tu puerta. Mis amigos me preguntaban que quién había hecho eso. Algunos sospechan de ti, me vieron contigo aquella noche en el bar. Si yo hubiera abierto la boca te hubieran matado. Así de sencillo. Mi novio te hubiera matado.

Dime lo que quieres.

Veo que entiendes la situación.

No puedo creer lo que está pasando.

Pues vas a tener que creerlo. Me gustó tu libro. Cuando se me pasó la parte más dura horror llegué a disfrutarlo. Has escrito algo maravilloso. Qué escribes ahora.

No escribo.

Pues lo vas a hacer.

¿Qué?

No he llegado hasta aquí para verte, ni para escucharte. Me hiciste muchísimo daño, y seguí sufriendote mucho

después. Ahora ha llegado el momento de que arregles lo que hiciste. Vas a escribir un libro sobre lo que me hiciste. Vas a publicarlo.

Jonás no es un punto, no es un plano. Es un vector, una línea de dirección que apunta al intestino de algo que se esconde.

No puedo escribir...

Si no lo haces iré a la policía y te denunciaré. Tu madre sabrá lo que has hecho. Vas a escribir lo que me hiciste y me vas a dedicar la novela. Si me gusta, no volverás a verme. Habrá pasado todo. Podrás olvidar lo que yo no voy a olvidar. (Ahora llora. Su frialdad deja que unas lágrimas furiosas se descongelen y ardan en el vértice de los ojos) Hasta mis amigos olvidarán que quieren matarte. Quiero que escribas eso, quiero que me dediques el libro. Eso he venido a decirte.

Jonás cierra los ojos. Escucha cómo ella cierra la puerta y cuando los abre ya se ha ido. Se queda de pie unos instantes antes de echarse de espaldas en la cama. Como ha pasado la noche en vela le apetece dormir. Irene le ha pedido que asista al entierro pero no lo hará. Cuando su madre abre la puerta del cuarto lo encuentra haciendo la maleta.

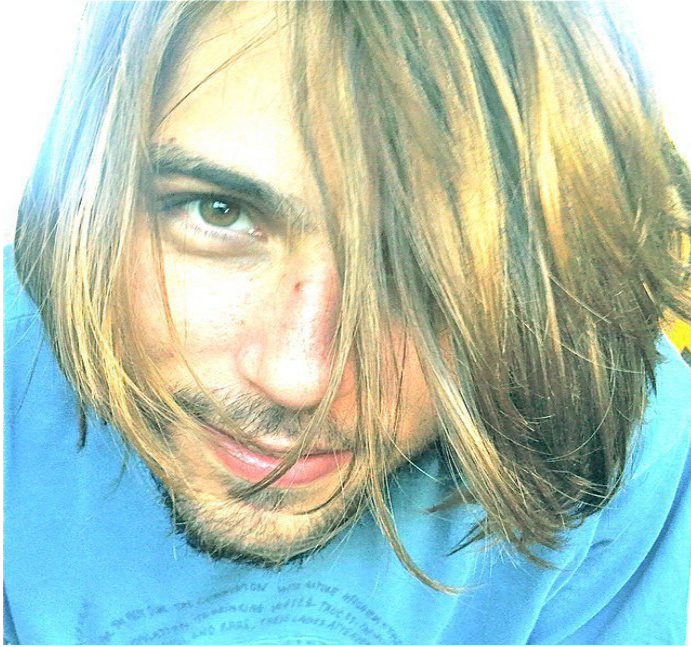
¿Te vas?

Jonás ni siquiera la mira. Sigue apretando su ropa en la maleta.

¿Quién es esa chica? ¿Una novia?

Jonás levanta la cabeza y mira a su madre. Más tarde se despiden y él abre la puerta de su casa para verla arder.





## **CUESTIONARIO PROUST - JUAN SOTO IVARS**

Tu virtud favorita. **La despreocupación.**

La cualidad preferida en una persona. **La locuacidad interesante.**

La cualidad que te define. **Soy tolerante.**

Qué aprecias más en un amigo. **Que aparezca y desaparezca en los momentos oportunos.**

Tu principal defecto. **Soy muy desordenado.**

Tu ocupación favorita. **Desordenar cosas.**

**Cuál es tu idea de felicidad. Estar drogado o ser subnormal o ser un gato persa con dueños bondadosos.**

**Cuál es tu idea de la desgracia. Tropezar con mi propio intestino y caer en una bañera de pescado podrido.**

**Si no fueras tú, ¿quién te gustaría ser? Cualquier persona apacible y lejos de las garras de la juventud.**

**Dónde te gustaría vivir. En un país pobre y de moral laxa.**

**Tu pájaro favorito. Una gaviota borracha subida a una grúa y pegando chillidos de madrugada en mitad del vecindario.**

**Tus autores de ensayo preferidos. Los que escriben sus ideas con aplomo y belleza literaria aunque piensen discutiblemente, como Nietzsche, Ortega y Vargas Llosa.**

**Tus poetas favoritos. Los que llenan un hueco que el lenguaje por sí solo no había conseguido ocupar, como Juan Carlos Suñén, Eugenio de Andrade y Salinas.**

**Tus héroes de ficción predilectos. Daniel Pearse, Cable Hogue, Popota y Cristo.**

**Tus heroínas de ficción predilectas. Annalee Pearse, Etheline Tenenbaum, Sally Bowles y Atenea.**

**Tus pintores y músicos favoritos. Mis pintores favoritos son Camarasa y Rubén Rodrigo, los músicos van de Monteverdi a Glass.**

**Tus héroes en la vida real. Juan Carlos I, Fats Waller y Jardiel Poncela.**

Tus heroínas en la vida real. **La infanta Leonor, Patricia Highsmith y mi madre.**

El personaje histórico que más detestas. **Rafael Alberti.**

Tu comida y bebida favoritas. **Depende de lo que lleve comido y depende de lo que lleve bebido.**

Tus nombres favoritos. **Isis, Astur y Celso.**

Lo que más odias. **Las anginas infectadas y la vomitona.**

El episodio militar que más admiras. **Meteoritos vs. Dinosaurios.**

La reforma que más admiras. **La que ha hecho Mourinho en el Real Madrid.**

El talento natural que te habría gustado tener. **Cocinar paellas de forma sexy.**

Cuál es tu estado de ánimo actual. **El estado de ánimo es el mayor enemigo de las relaciones humanas. Hay que despreciarlo.**

Con qué te muestras más tolerante. **Con los escritores rabiosos por seguir inéditos que insultan en internet a los que publican sus textos.**